

La historia que los oficiales
soviéticos trataron de suprimir

Vanya



Myrna Grant

Vanya

Iván (**Vanya**) Vasilievich Moiseyev fue reclutado para el ejército rojo en 1970. expresar la fe personal en Jesucristo era algo estrictamente prohibido, pero Vanya no pudo mantenerse en silencio. Disgustados por el testimonio de éste, los oficiales del ejército rojo lo sometieron a una serie de interrogatorios y torturas con el objeto de silenciarlo. Finalmente, sólo la muerte pudo cerrar su boca.

Este libro es una historia de fe y de persecución en una tierra donde el gobierno totalitario garantizó la libertad de culto en la constitución, y al mismo tiempo practicó la intolerancia religiosa. El relato y su medio ambiente han sido bien documentados por expertos en asuntos religiosos soviéticos, por investigadores en cuatro países y mediante las entrevistas personales de la autora con pastores y creyentes cristianos en Rusia.

Vanya todavía habla. Aunque situaciones en el mundo cambian, su testimonio es un ejemplo que dura para creyentes de todas las naciones.

Al mantenernos en silencio con respecto al mal, al enterrarlo profundamente dentro de nosotros, de tal modo que no aparezca por ninguna parte sobre la superficie, lo estamos implantando, y en el futuro se levanta multiplicado mil veces

Alexander Solzhenirsyn



LA VOZ DE LOS MÁRTIRES

Vanya

Vanya

Myrna Grant

La historia que los oficiales
soviéticos trataron de suprimir

Vanya

Spanish Edition

Copyright 2015 Voice Media

info@VM1.global

Web home: www.VM1.global

All rights reserved. No part of the publication may be reproduced, distributed or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic, or mechanical methods, without the prior written permission of the publisher, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other noncommercial uses permitted by copyright law. For permission requests, email the publisher, addressed “Attention: Permission Coordinator,” at the address above.

This publication **may not be sold, and is for free distribution** only.

Dedico esta obra, con gratitud y admiración, a mis hermanos y hermanas cristianos (algunos de los cuales estuvieron en prisiones soviéticas), que nunca la verán, pero que arriesgaron muchísimo para hacer circular la historia de Iván a través de la U.R.S.S. y del Occidente; y especialmente al joven soldado ruso que se puso en peligro para encontrarse conmigo un día lluvioso en una calle de Moscú, y quien al recibir un pequeño Nuevo Testamento, dijo: "Este es el regalo más preciado que usted pudiera darme."

“Al mantenernos en silencio con respecto al mal, al enterrarlo profundamente dentro de nosotros, de tal modo que no aparezca por ninguna parte sobre la superficie, lo estamos implantando, y en lo futuro se levanta multiplicado mil veces”.

Alexander Solzhenitsyn
The Gulag Archipelago



PREFACIO	11
INTRODUCCION	17
CAPITULO 1	23
CAPITULO 2	31
CAPITULO 3	39
CAPITULO 4	56
CAPITULO 5	67
CAPITULO 6	83
CAPITULO 7	97
CAPITULO 8	109
CAPITULO 9	125
CAPITULO 10	143
CAPITULO 11	159
CAPITULO 12	171
CAPITULO 13	185
CAPITULO 14	195
EPILOGO	205



El 16 de julio de 1972 murió un joven soldado en la Crimea. Era miembro de una iglesia, y su muerte fue violenta. Los detalles sobre cómo ocurrió y por qué se ofrecen en este libro conmovedor. En el Centro para el Estudio de la Religión y el Comunismo se conservan evidencias documentales que confirman los hechos que se narran en este libro.

La muerte de Vanya fue un evento extraordinario, y llamó la atención a miles, y probablemente a millones, de personas en todo el mundo, hacia la Unión Soviética y hacia su política en materia religiosa. El asesinato de este joven bautista no fue un evento de los que ocurren en la vida cotidiana. La comunidad de iglesias a que él perteneció lo coloca en la misma categoría del asesinato de Nikolai Khmara en una prisión de Siberia, el cual ocurrió en 1964. Los jóvenes bautistas en la U.R.S.S. componen poemas sobre estos dos mártires y los leen en los

cultos para animar a los creyentes en Cristo. Pero, aunque la muerte de Vanya Moiseyev no fue típica, puso de relieve una situación que demanda la preocupación de los cristianos y, en realidad, de toda la gente de bien en todas partes.

El hecho es que la hostilidad soviética hacia la religión no ha cambiado desde la revolución bolchevique. Las tácticas reales han oscilado entre la violenta e ilegal persecución y un planteamiento de propaganda más sutil. Pero la directiva soviética nunca ha abandonado su declarada meta de erradicar todas las supervivencias religiosas.

Esta militante política atea ha afectado a todas las iglesias en la Unión Soviética. En los primeros años, a partir de 1917, la antigua y bien establecida Iglesia Ortodoxa fue la que sufrió toda la fuerza del violento ataque ateo, mientras que los bautistas y otras organizaciones religiosas disfrutaban de una relativa libertad, que utilizaron al máximo. Pero no mucho después, a medida que Stalin tomaba las riendas del poder cada vez más firmemente en sus manos, todas las iglesias fueron sintiendo el viento frío.

Durante el terror de la década que comenzó en 1930, miles de cristianos y otras personas sufrieron y murieron en las purgas que realizó Stalin. Pero la Segunda Guerra Mundial cambió abruptamente la situación. El gobierno se halló en necesidad de un máximo de apoyo de parte del pueblo, a medida que el país sufría cada vez mayores pérdidas. Se hizo un llamado al patrio-

tismo ruso, y se estimuló a las iglesias para que reanimaran a sus miembros en pro de la causa nacional. Se hicieron ciertas concesiones en entrevistas privadas que Stalin concedió a ciertos dirigentes eclesiásticos, y éstas contribuyeron a una relajación de la presión y, ésta a su vez, a un renacimiento religioso que probablemente sorprendió a las autoridades.

Pero la nueva política no duró mucho. Tan pronto como pasó la crisis inmediata, volvieron a instaurarse los antiguos patrones de represión. Luego se levantó Khrushchev. A pesar de su imagen popular de "liberal", Khrushchev en efecto desató una maligna campaña contra la religión que duró desde 1959 hasta cuando él cayó del poder en 1964. Se considera que la mitad de las iglesias ortodoxas fueron cerradas en todo el país. Los bautistas también sufrieron en esta nueva represión.

Un aspecto de ésta fue la introducción de ciertos nuevos estatutos que, aunque fueron presentados por la dirección bautista a las iglesias, eran claramente el resultado de la presión estatal. Esta desdichada situación causó una aguda reacción entre los creyentes bautistas en todo el país. Se estableció un grupo de acción para promover un congreso a fin de arreglar las cosas. Esta meta no se logró y en 1965 la división en las filas bautistas llegó a ser final.

El grupo reformista que se dividió en 1965 existe aún, pero en una condición técnicamente ilegal. Se llama el Concilio de Iglesias de los Bautistas Cristianos Evangélicos. A este movimiento pertenecía Vanya Moiseyev. Los diri-

gentes de este grupo demandan una inflexible lealtad a Cristo, una continua renovación espiritual y la evangelización. También piden justicia para los creyentes cristianos soviéticos; apelan a la Constitución soviética y a los decretos originales de Lenin. Así los podemos ver dentro del contexto del amplio movimiento soviético en pro de los derechos humanos, al cual han contribuido mucho. En realidad se puede decir que ellos abrieron el camino para mucho de lo que habría de venir: la actividad sobre los derechos humanos en la U.R.S.S., que ha llegado hasta los grandes titulares de los periódicos en años recientes. Los bautistas fueron los primeros que, de un modo altamente organizado, produjeron documentos no oficiales, listas y aún periódicos regulares para hablar acerca de su vida y sus problemas. Los bautistas constituyen el único grupo de la Unión Soviética que ha producido listas regulares de sus miembros que están en prisión, y han dado increíble información detallada, incluyendo direcciones de centenares de campos de trabajos forzados. Estos datos han sido de incalculable valor para los investigadores de la moderna sociedad soviética. Los bautistas constituyen el único grupo disidente en la Unión Soviética que opera una imprenta clandestina. Su publicación se llama "El Cristiano", y ha estado operando por lo menos desde 1971, y probablemente desde antes.

Este es el ambiente general en el cual tiene que verse el asesinato de Vanya Moiseyev. Fue un acto brutal, que revela el temor y la ira de un pequeño número de hombres que están en autoridad. Y sin embargo, al mismo tiempo, fue

la manifestación de una hostilidad que es constante y que amenaza con irrumpir en cualquier tiempo con la misma violencia. Es de esperarse que las campañas antirreligiosas como las de Stalin y Khrushchev no vuelvan a producirse. Un factor que evitaría su repetición ciertamente sería la continua preocupación y positiva acción de todos los que leen este libro, para los cuales es importante el destino de los cristianos soviéticos en el día de hoy.

MICHAEL BOURDEAUX
Director del Centro para el Estudio
de la Religión y el Comunismo
Chislehurst, Ken, Inglaterra



Era un día feriado. Las multitudes salían de un circo. Los turistas de toda la Unión Soviética y de la Europa oriental, los niños con ojos fulgurantes, los estudiantes y las familias de la localidad habían salido a disfrutar de un rato de esparcimiento. Las fuentes de la plaza del circo esparcían dibujos refrescantes en medio de aquel calor del sur de Rusia. Pero a través de la multitud, un hombre aterrado caminaba rápidamente, buscando con sus ojos a los amigos americanos con los cuales había prometido encontrarse.

La noche anterior me había sentado en la única “casa de oración” que presta servicios a su ciudad de un millón de habitantes, y lo había escuchado predicar un sermón radiante sobre el poder de Dios. En su sermón había citado a David Livingstone y a Dostoevsky como ejemplos de consagración: hombres que todo lo habían arriesgado por su fe.

Ahora, menos de 24 horas después, estaba

siendo seguido muy de cerca por la KGB (policía secreta), y él lo sabía. Su mente se agitaba en una tormenta de ansiedad por lo que pudiera traer sobre su familia, su iglesia y sus amigos americanos: todo por causa de haber hecho un convenio clandestino, luego del culto en la iglesia, para encontrarse y hablar conmigo al día siguiente.

En la plaza, en esos momentos de temor, quedé inmersa con él en la sufriente subcultura del cristiano soviético. Yo también sentí el pánico. Las palabras que me dijo el pastor fueron frenéticas: "No puedo hablar. Me están siguiendo. Que Dios la bendiga. Adios". Inmediatamente huyó y se metió entre las multitudes. ¿Por qué? ¿Por qué la policía secreta debía preocuparse inmediatamente de que dos cristianos americanos y un pastor ruso hablaran en privado?

Ese fue el momento en que comprendí que el libro sobre Iván tenía que ser escrito. En una forma más intensa, la historia de él es la de todos los creyentes en Cristo que están en la Unión Soviética: ciudadanos bondadosos y humildes cuyas vidas son un caleidoscopio del temor, de la incertidumbre, de la cautela, del sacrificio, de un increíble valor, de la paciencia y del triunfo.

Algunas veces fue difícil dentro de Rusia averiguar algo acerca de Iván, porque la KGB estaba desarrollando una agresiva campaña para hallar y destruir los documentos que son la base de este libro, y para amenazar y arrestar a los creyentes cristianos que estuvieran transmitien-

do el relato. Pero a pesar del peligro, los creyentes sentían el deseo de hablar. A menudo, las lágrimas brotaban de los ojos de mujeres y hombres cuando decían: "Verno. Verno". ("Es verdad. Es verdad".) No encontré ninguna parte en ninguna ciudad en que pregunté donde no se conociera y se hubiera verificado la historia de Iván.

Un joven, ingeniero químico, de Omsk, Siberia, me contó que en su factoría había habido una reunión política de asistencia obligatoria, que había sido convocada para denunciar los "falsos rumores" acerca de la muerte de Iván y para ofrecer la declaración oficial sobre el asunto.

En la República de Grusia (Georgia) me senté en la banca de un parque con una madre de edad mediana que tenía los ojos rojos por tanto llorar. Temprano, había hecho yo los arreglos para encontrarme con ella, y ella estaba allí para cumplir con su cita, a pesar de su gran aflicción. La noche anterior, mientras ella estaba en la casa de oración, la policía secreta había inspeccionado su hogar. Habían estado buscando los documentos relacionados con Moiseyev, pero no hallaron ninguno. (Por sus manos habían pasado algunos sólo un día antes.) Como no los hallaron, en vez de los documentos, la policía se había llevado sus pocos papeles religiosos y pequeños pedazos de la Biblia. Mientras me contaba la historia de ella, tenía la voz apretadamente controlada, y al terminar rompió a llorar mientras repetía las palabras: "Es terrible. Es terrible".

En la Europa occidental obtuve más información acerca de Iván, de parte de un antiguo pastor que tuvo en su juventud en Moldavia. Como este pastor tenía algunos parientes cercanos en Alemania, a su familia se le permitió emigrar. También estaba presente un creyente de la iglesia de Iván que había asistido a su funeral. Todos ellos querían hablar acerca de la fe ferviente de Iván y dar la ayuda que pudieran para este libro. Cada uno hubiera podido narrar su propia historia de sufrimiento personal, si así lo hubiera querido.

El escritor ruso Alexander Solzhenitsyn continúa acaparando la atención del mundo en lo que respecta a la supresión de los derechos humanos básicos dentro de la U.R.S.S. El es uno de varios voceros famosos del actual movimiento disidente en la Unión Soviética, un grupo de acción compuesto por intelectuales, que defiende elocuentemente la libertad de pensamiento y expresión, y denuncia el sistema soviético de terror policíaco. Mientras escribo este libro, el gobierno soviético lo ha desterrado, luego de la publicación en París de su libro explosivo *The Gulag Archipelago* (*El archipiélago de Gulag*).

Lo que no se conoce bien en el mundo libre es que hay otro heroico movimiento de protesta en la Unión Soviética. Ha surgido de las filas de las reprimidas y sufrientes iglesias evangélicas de toda la U.R.S.S. Algunas iglesias locales protestan individualmente. Desde 1964 existe una organización en Moscú que mordazmente se llama "El Concilio de los Familiares de los Pri-

sioneros". Este grupo pide la libertad religiosa, y resueltamente protesta contra la discriminación, la persecución, los arrestos, y contra los asesinatos de cristianos que algunas veces ocurrió en la U.R.S.S.

En contraste con Solzhenitsyn, el concilio no tiene ninguna protección en forma de publicidad internacional. Sus dirigentes han sido persistentemente arrestados o desterrados. Nuevos dirigentes del mismo calibre valeroso han ocupado los puestos vacantes y sus actividades continúan.

A este concilio concurren los padres de Iván Vasilievich* Moiseyev en busca de ayuda. Mediante los esfuerzos de este movimiento la historia de él fue sacada con éxito hacia el Occidente. Hombres, mujeres y jóvenes dentro de esta agrupación arriesgaron su libertad y sus vidas para protestar por la muerte de Iván.

A la gente de buena voluntad de todo el mundo le repugna la negación de los derechos humanos básicos en una sociedad totalitaria. Pero eso no es suficiente. Tiene que haber una movilización revolucionaria, una marejada de fondo, un clamor en todos los niveles de la sociedad libre a favor de estas personas impotentes que están sujetas a la represión.

*Para los lectores que no conocen la nomenclatura rusa, los segundos nombres se forman agregando al primer nombre del padre la terminación *vich* para el masculino, y *ova* para el femenino. De modo que Iván Vasilievich significa Iván hijo de Vasilio (lo que no es distinto de la fórmula bíblica: David hijo de Isaí).

Aunque a algunos les parezca sin gracia, los rusos generalmente se llaman unos con otros utilizando los dos nombres, por ejemplo, Iván Vasilievich.

La historia de Vanya la he escrito recordando la Voz que le habló a Juan en la isla de Patmos diciendo: “Escribe las cosas que has visto”. Esa misma Voz dijo también: “. . . sed hacedores . . . y no tan solamente oidores”.



Joanna Constantinova no quería que llegara todavía el ataúd. Desde el 17, día en que llegó el telegrama del ejército, ella había temido la llegada de ese momento más que cualquier otra cosa. Lentamente volvió sus hinchados ojos hacia el lugar de la apiñada sala donde estaba de pie su esposo, Vasilio Trofimovich. Un grupo de hermanos de la casa de oración estaba con él, con rostros profundamente graves. Sólo la cara de su esposa estaba escondida, pues tenía la cabeza agudamente inclinada hacia el piso pintado.

Pero el momento había llegado. La camioneta que conducía el ataúd de Vanya desde la estación del ferrocarril se acercaba a la parada final del camino de costumbre que conducía a la casa. Inmóvil en aquel calor de julio, Joanna

**Los epígrafes que encabezan los capítulos en todo este libro son tradicionales proverbios rusos.*

pudo ver, a través de las cortinas de encaje, el vehículo de escolta que marchaba en pos de la camioneta. Tres hombres vestidos con el uniforme gris del ejército soviético se pusieron sofocadamente de pie junto a su vehículo Pobeda, mientras el ataúd era sacado con cuidado de la camioneta y puesto sobre los hombros de los hombres sudorosos que portarían el féretro. Su hijo Semyon los condujo a través del portón de madera hacia la casa.

Ante la presencia de los soldados, el terrible temor que tenía Joanna sobre lo que podría hacer, la abandonó. No habría lágrimas, ni desmayo al ver a su hijo muerto. Si se iban a presentar dificultades, ella necesitaría toda la voluntad que pudiera tener. Sus ojos se encontraron con los de su esposo. El también estaba listo. Una santa fortaleza parecía reposar sobre él.

Los dos oficiales y un soldado raso entraron torpemente en la sala, inclinando sus cabezas para poder pasar por debajo del marco de la puerta, desagradablemente conscientes de que no eran bien recibidos en aquella atmósfera repentinamente congestionada de la sala. La gente del pueblo se apartó de ellos, y abrió un estrecho sendero a través de la multitud que terminaba delante de la persona de Vasilio Trofimovich.

El ataúd avanzó, mantenido en alto por cuatro jóvenes que habían sido amigos de Vanya. Joanna se conmovió al ver el gran tamaño de la urna y el costoso destello de su metal. Su esposo se inclinó levemente mientras los jóvenes lo colocaban sobre la mesa que ella había preparado. La mayor parte de las mujeres

que estaban en la sala usaban sus pañolones negros colocados de tal modo que les cubriera las frentes. Unas pocas comenzaron a llorar, escondiendo sus caras en blancos pañuelos de modo que sus cabezas quedaban completamente cubiertas con tela.

Por primera vez notó Joanna que el ataúd había sido cerrado con soldadura y sellado con diversas insignias del ejército soviético. El oficial de mayor jerarquía, capitán Platonov, jefe de la Sección de Asuntos Especiales, se aclaró nerviosamente la garganta, e inclinándose nerviosamente hacia los padres, dijo: "En nombre de nuestro teniente coronel V. Malsin, y de los oficiales y soldados de la Unidad 61968T, presento a los padres y parientes y camaradas del soldado raso Iván* Vasilievich Moiseyev nuestras condolencias por la muerte trágica de este joven soldado soviético". Movi6 con dificultad sus ojos de cara en cara alrededor de la sala. Cada par de ojos le devolvi6 la mirada.

Cubierta con su pañol6n, Joanna movía entre sus dedos las cartas que Iván había enviado unos pocos días antes de su muerte. Como para proteger parte de su hijo de las mentiras de Platonov, ella apretaba las delgadas cartas contra sí misma, protegiéndolas con la palma de su mano de la mirada del capitán. Ella las había arreglado en un pequeño paquete según el orden en que las estampillas rojas habían sido mataselladas con tinta roja: 15 de junio de 1972; 30 de junio

*La pronunciación rusa de *Iván* es semejante a la castellana. De ahí el nombre familiar *Vanya*.

de 1972; 9 de julio de 1972; 14 de julio de 1972; 15 de julio de 1972. Ella sentía que estos datos gritaban contra su mano, en protesta por la hipocresía que se manifestaba ante el ataúd. ¡Condolencias! Los ojos le ardían.

—Por supuesto, exigiremos que el ataúd de mi hijo sea abierto—dijo Vasilio Trofimovich con voz firme.

—¡Pero eso no es necesario!—respondió Platonov con una voz más aguda que la que hubiera querido, y su tono brusco levantó algunas de las cabezas inclinadas que estaban en la parte de atrás del bochornoso salón—. El cuerpo de su hijo ya ha sido identificado en Kerch por usted mismo y por su hijo Semyon Vasilievich—. El capitán se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo doblado antes de continuar con voz suave—: Tan terrible accidente ha sido un gran golpe para usted y su esposa. Tienen que evitarse una aflicción mayor. La muerte por ahogamiento puede . . .desfigurar mucho a la persona—la voz se le hizo casi imperceptible.

Con la mano que le quedaba libre, Joanna se abrió paso hacia su marido:

—Camarada oficial . . . ¿qué?

—Platonov—le ayudó su esposo.

—Platonov. Como madre de Iván, insisto en que el ataúd sea abierto. Quiero ver a mi hijo. Y deseamos que sea sepultado con ropa de civil. Este es un derecho nuestro.

A través de la multitud se le pasó una palanca pata de cabra a Vasilio. Platonov se inclinó a conversar secretamente con sus dos compañeros. Luego de un momento, Vasilio acomodó la

punta de la palanca entre la tapa del ataúd y el cuerpo principal de él. El oficial especial lo detuvo con un movimiento de la mano.

—Lo lamento, camarada Moiseyev—le dijo—, otra responsabilidad nos exige que nos retiremos inmediatamente. Lo que usted está determinado a hacer es algo muy tonto.

Le echaron una mirada a Semyon, que estaba de pie junto a su padre, y luego los tres hombres, abriéndose paso a través de la multitud, desaparecieron.

Vasilio levantó otra vez la barra pata de cabra para colocarla entre la tapa y el ataúd, y la empujó. Mientras el ataúd crujía ocurrieron tantas cosas al mismo tiempo que Joanna se puso de pie, mirando con la boca abierta, incapaz de comprender qué era lo que estaba sucediendo. Como un loco, Semyon se lanzó sobre el ataúd, moviendo sus brazos sobre la tapa. Su voz expresaba una asfixiante protesta:

—¡Papá! ¡No! ¡Papá! ¡No! ¡No lo abras!

La palanca cayó al piso. Vasilio trató de apartar a su hijo mayor. La gente se iba apiñando hacia adelante para ver qué era lo que estaba causando la perturbación.

—¿Qué pasa!

—Semyon está peleando contra su padre.

—Peleando no. Sólo que no quiere dejarlo abrir el ataúd.

—¿Quién está peleando? No puedo ver.

—¿Qué vergüenza! ¡Su propio hermano!

Dos de los pastores que allí estaban con sus camisas sudadas debajo de los trajes negros, se movieron rápidamente hacia Semyon; cada uno

lo tomó de un brazo y tuvieron el éxito de retirarlo del ataúd. Unas pocas mujeres que estaban en la parte de atrás de la sala comenzaron a orar en alta voz. Sus aterradas peticiones se elevaban y decaían en un rápido torrente de emoción y lágrimas. Entretanto, Semyon luchó desesperadamente contra la restricción de los pastores, y regresó tambaleante hacia el ataúd. Con voz destemplada dijo: “¡Papá! ¡Papá! ¡Mamá! ¡Por favor! ¡Dejen a Vanya quieto! ¡No abran el ataúd!”

Joanna se quedó mirando a su hijo. En medio de la confusión, un gran cansancio se apoderó de ella. Hacía tiempo que ella se había sentido orgullosa por las ambiciones juveniles de Semyon, por los sueños que él tenía de avanzar más allá del agobiante trabajo de la granja colectiva, para formarse un lugar para sí mismo en los comités administrativos de la granja. Él había sido un trabajador incansable, y un día cuando él regresó de la escuela a la casa llevando puesta la bufanda roja de los Jóvenes Exploradores,* la *Virtualmente, todos los niños rusos pertenecen a los Jóvenes Exploradores, la organización del partido comunista para las edades comprendidas entre los 9 y los 14 años. Les ofrece campamentos, atletismo y enseñanza musical y cultural.

La organización del partido para las edades comprendidas entre los 15 y los 18 años se llama *Komsomol*. Esta continúa las actividades de los Jóvenes Exploradores, pero con intenso adoctrinamiento. Sus miembros tienen que ser ateos. La *Komsomol* es la introducción para que el joven llegue a ser miembro en pleno del partido.

desaprobación de la familia no pudo persuadirlo de que se la quitara. El había llegado a ser el Moiseyev con el cual se podía contar, pleno de confianza en sí mismo, confiado de lo futuro. Ahora, al ver el frenesí de temor que redujo a Semyon a implorar como un niño aterrado, ella pensó en todo. Todas las maravillosas ventajas que ofrecía la *Komsomol* lo habían llevado a esto: órdenes del partido para que les ayudara a ocultar el cuerpo de su hermano.

Los pastores estaban empujando a Semyon a través de la multitud, para sacarlo hacia un pequeño huerto de repollos y rosas que estaba descuidado. Hubo un renovado forcejeo en la puerta. Luego se cerró tranquilamente. Vasilio se apoyó otra vez en la palanca pata de cabra, y el leve y astilloso sonido de la presión atrajo la atención de los lugareños hacia el ataúd, que ya estaba iluminado por el sol tempranero de la tarde. Con mucho temor, la tapa fue levantada.

Los pastores pasaron en fila hacia adelante y le echaron una mirada vacilante al cuerpo. El pánico torció salvajemente a Joanna por dentro, al ver la apariencia de horror que se manifestaba en los rostros de ellos. Uno de los más ancianos, Fyodor Gorektoi, inclinó su blanca frente sobre el ataúd con sus ojos desviados. Las lágrimas le bajaron por su curtido rostro. Aterrada, Joanna se agarró de la mano de su hermana que estaba junto a ella. Esta la rodeó con su brazo y la llevó lentamente hacia el ataúd. Joanna oyó que su esposo estaba sollozando. Le parecía que el sonido de los sollozos estaba lejos. Su tembloroso cuerpo se movió hacia el cuerpo de su hijo,

pero todo lo que había dentro de ella parecía huir hacia atrás, salir de ella, salir de la sala, lejos de algo que ella no sería capaz de ver.

Ella obligó a sus ojos a mirar dentro del atáud, y se quedó perpleja mirando el cuerpo que allí estaba. ¡No era Vanya! Ella continuó mirando, afligida por el hecho de que no le llegaba ningún pulso de alivio. Era un soldado más viejo, con grandes mandíbulas y la cara horriblemente herida por ambos lados, como si hubiera sido el resultado de una pelea desesperada. La boca la tenía hinchada, algo herida, y la frente y ambos lados de la cabeza estaban amoratados y extrañamente abultados. Para quitarle los cabellos de la cara se le habían peinado de un modo similar al que acostumbraba Vanya. El corazón de la madre se tambaleó. Alguno que estaba cerca gimió terriblemente. De repente los ojos de ella se llenaron de lágrimas. Sí, ése era su Vanya. Se desplomó y comenzó otra vez a llorar.



2

*Espera en el Señor,
pero esfuérzate.*

Iván se hallaba lleno de gratitud a medida que avanzaba a través de las oscurecidas viñas bajo aquel cielo glacial de noviembre. Los himnos de la tarde volvieron a su mente y él medio cantó y medio expresó sus pensamientos a Dios.

“Gracias a Ti por los jóvenes, por la reunión de despedida, por el pan y las uvas y la miel. Por el fresco jugo de uvas de nuestro propio campo de Moldavia, por Boris y Vladimir, por Luba y Yakov, por Víctor y Svetlana. Gracias, Señor, por tu Palabra, por la predicación de Stefan y de Sasha. Por el cumpleaños de Elena Kuzminichna, que nos permitió realizar un culto”.

La madre, que lo miraba desde la pequeña ventana de su cocina, cubierta de hielo, siguió la marcha de él bajo la luz de la luna a través de los campos. “Me pregunto: ¿qué llegará a ser él en el ejército?” Se hablaba más a sí misma que

a su esposo, que estaba limpiándose los zapatos cerca del calentador de gas.

El dejó caer un zapato fuertemente sobre el piso y enderezó su espalda. “Hasta aquí nos ayudó Jehová”, dijo él citando un pasaje del Antiguo Testamento. Vasilio era un hombre que esperaba vivir tranquilamente y evitar problemas cuando le fuera posible. “Hemos tenido nuestros apuros, indudablemente”. Su esposa asintió con un movimiento de la cabeza, sin apartarla de la ventana. El estaba pensando en los días de Stalin. Vasilio había oído decir una vez a un turista en la ciudad que 10 millones de rusos habían sido asesinados en esos tiempos.

No pudo haber habido tantos muertos, sabía ella. Joanna suspiró. Su manera de ser no era la de estar atribulada. Vasilio la observó detenidamente cuando ella se movió hacia la estufa de ladrillos para agregar otro trozo de leña. “Sólo tiene 18 años”, se decía ella. “Y sólo tiene dos de ser creyente en Cristo. Va a ser duro para él”. Su pañolón se le cayó hacia atrás como el de una niñita. Extendió la mano para tomar la caja de té: “Estará deseando una bebida caliente”.

La voz de ella era baja, pero no estaba murmurando. Ese era un arte particularmente ruso, pensó Vasilio, esta manera de hablar tranquilamente. Aun en las familias, pero ciertamente también en lugares públicos y en el trabajo, uno habla suavemente y sin énfasis. Los moradores de Moldavia, como ellos, habían tenido que aprender ese modo.

Las cortinas se levantaron con alarma cuando Iván abrió la puerta y entró. Luego se quitó

los guantes de sus dedos enrojecidos.

Joanna podía leer en su sonrisa que había sido una noche maravillosa.

—¿Muchos jóvenes?—le preguntó ella mientras colocaba la tetera sobre la estufa.

—Todo el mundo. Hablaron Stefan y Sasha.

—¡Ah! ¡Stefan y Sasha hablaron!—se oyó la voz de Semyon que se escapó del dormitorio donde estaban durmiendo los niños pequeños en sus catres y camillas. A él le gustaba hacer que sus padres se sintieran un poco intranquilos. A ellos no les gustaba que él oyera conversaciones relacionadas con los creyentes cristianos. El hecho de que ellos simulaban que no les importaba eso lo divertía a él.

—¡Hola, Vanya! ¿Regresaste de tu culto secreto?—le preguntó a su hermano.

—Era el cumpleaños de Elena Kuzminichna, Semyon. Tú has debido ir.

—Y el hecho de que ésta es tu última noche antes de salir para pasar dos años en el ejército no tuvo ninguna relación con esta reunión. Estoy seguro que nadie le puso atención a eso.

—Estás invitado a tomar té, Semyon—dijo la madre, sirviendo los vasos con cierta irritación. ¿Iba a discutir Semyon la última noche que estaba Vanya en la casa?

—Por lo menos, Stefan habló—continuó Semyon—. ¡Eso tuvo que haber apartado los ojos de las muchachas de Iván Vasilievich durante algunos momentos!—Semyon se rio y un profundo rubor se apoderó de la cara de Iván.

—El va a ser un soldado de buena apariencia—dijo Joanna con una sonrisa—. Pero, ¿cómo po-

día entender Semyon lo relacionado con la predicación de la Palabra de Dios?

—También podría ser un taxista de buena apariencia—repuso Semyon—. No sé que van a hacer tus parroquianos mañana, cuando te hayas marchado. Casi puedo oír a todas las viejas cubiertas con pañolones, que van hacia la clínica llorando: “¿Dónde está el joven Vanya?”

—Si tú te manifiestas amable para con esas personas, pronto me olvidarán—contestó Vanya.

—¡“Amable”!—dijo Semyon, destacando esta palabra—. Esa no es una palabra bolchevique. ¡Bondad y amor! El amor es una reacción biológica. Todo el mundo lo sabe—. Le echó una mirada al lema adornado con flores que la madre tenía en la cocina—: “¿Dios es amor?” ¿Cómo puede tener un Dios que supuestamente es espíritu reacciones biológicas?”

—¿Tu amor hacia mamá es biológico?—preguntó Iván mientras colocaba su vaso de té vacío sobre la mesa pensativamente.

—Por supuesto. Hay un vínculo de dependencia por cuanto ella es mi madre. Lo mismo ocurre con respecto a papá.

—Y cuando te cases, ¿amarás a tu esposa?

—¡Ese es un amor más biológico aún!—respondió Semyon con la sonrisa de un pequeño triunfo—. Al principio, será atracción sexual; luego, espero que sea una amistad basada en el mutuo respeto.

Joanna sacudió el fuego tan vigorosamente que rojas ascuas cayeron en el humeante recipiente de las cenizas. Su esposo comenzó a limpiar la segunda bota.

—¿Y en cuanto a Moldavia?—preguntó Iván, mientras acercaba la silla hacia su hermano—. ¿Qué dices del amor que sientes hacia Moldavia? ¿Qué es eso?

Semyon echó su silla hacia atrás para tomar una posición de supremo pensamiento y la volvió a dejar caer con un golpe decisivo.

—Estoy tratando de decirte que no hallarás amabilidad ni amor en el ejército rojo. La vida no es una broma. No me importa si no me pones atención. Puedes estar ahí sentado y reírte, si te place. Pero no te reirás después de mañana.

La mirada de Iván incluyó a sus padres: —Por supuesto que reiré, Semyon. No es el gobierno el que insiste en que yo entre al ejército a cumplir mi servicio militar. Es el Señor el que me coloca allí. ¿Y me abandonará El? ¡No lo creo!

—No vale la pena discutir esto— dijo Semyon, intentando encogerse de hombros—. Estás determinado a meterte en dificultades. De modo que, ¡buenas noches!

Semyon recogió su manta y su almohada que se estaban calentando sobre una silla mediante el calor del calentador de gas, y se fue al pequeño portal donde dormía. Cuando llegó a la puerta volvió a mirar a su hermano y le dijo: “No es sólo que vas a hacer el papel del común tonto alegre hablando de Dios y orando todo el tiempo. Te lo digo: tales actividades no se permiten. Si no me escuchas, no tengo la culpa”. Los resortes de la camilla chirriaron repetidamente cuando él se sentó sobre ella y comenzó a quitarse las botas.

Vasilio Trofimovich rompió el intranquilo silencio. Su voz era tan baja que Joanna dejó de menear las ascuas para poderlo oír. “Tienes que hacer lo que Dios te indique, hijo. Eso lo sabemos. Si lo que Semyon dice es verdad . . . —su voz se le suspendió débilmente. Miró por un momento hacia las ardientes brazas que estaban en la caja de las cenizas—. Ojalá hubiera algún modo en que pudiera ayudarte—los ojos de él escrutaron la cara amable de su hijo—. Tu mamá y yo, toda la familia, y todos los hermanos en Cristo continuaremos orando por ti. Tú lo sabes”.

Joanna que había estado en cuclillas junto a la estufa, abandonó esa posición y, empujando las ascuas hacia un lado, fue y se sentó otra vez al lado de su esposo, mientras extendía su mano derecha para tomar una cesta de trabajos manuales. Una corriente de aire de la ventana sopló las finas cortinas que colgaban de la entrada, como si ellas estuvieran también tratando de oír la conversación entre el padre y el hijo.

Había cierta seguridad con respecto a Vanya en el sentido de que él no se correspondía con los de la edad de 18 años. Ella lo había visto con los hermanos cuando regresaban de sus períodos de trabajo en los campos de labor. Ellos se habían enfrentado a lo peor y habían hallado que eran capaces de soportarlo. Era como si el campo estuviera todavía dentro de ellos, y se movían de un modo diferente al de los demás hombres. Según un dicho vulgar, el único lugar donde se está libre es en la cárcel, porque ya

todo se ha perdido. Sin embargo, Vanya tenía esta libertad.

Era como si él nunca hubiera aprendido a ser cauteloso, a mirar hacia atrás antes de hablar, a tener mesura sobre quién pudiera estar cerca. Aun en las casas de oración que estaban inscritas, los creyentes eran víctimas de muchos temores. Un policía delator pudiera darse cuenta de que un creyente estuviera hablando mucho tiempo con un visitante. Un pastor pudiera hacer demasiadas visitas a los hogares. Pudiera predicar con demasiado entusiasmo o dejar de informar sobre cualquier irregularidad en la congregación. Entre las congregaciones no inscritas, como la de ellos, la discreción era, de una forma más completa, un modo de vida. Pero no lo era para Vanya.

Mientras echaba una mirada hacia el cuarto de Semyon, lo cual no podía dejar de hacer, Joanna apartó su cabeza de la luz que caía sobre su costura y se inclinó para oír la voz de su hijo. Aún en la sombra pudo ver la tranquila confianza que se manifestaba en el rostro de él.

—Una vez tuve un sueño—dijo él con voz muy suave—. Yo estaba observando con un ángel sobre una roca grande. Se levantó una gran tempestad. Yo sentí miedo, y vi que un barco daba tumbos en alta mar. La gente se estaba ahogando, y el ángel me dijo que saltara al mar y los salvara. Recuerdo que me metí al agua y de algún modo saqué a muchas personas a la playa. Las olas rugían. Cuando saqué a la última persona, me caí sin fuerza. Pero el ángel me

levantó y me volvió a colocar sobre la roca, y allí estuve a salvo otra vez.

Joanna deseaba saber qué estaba pensando su esposo. ¿Qué podría hacerse con los extraños relatos de Vanya? Pero Vasilio Trofimovich se quedó sentado en silencio, con su cabeza inclinada hacia su hijo como si todavía éste estuviera hablando. Vanya continuó:

—El Señor me ha dicho que hable de El dondequiera que esté, y que no guarde silencio. Esto confirma lo que dicen nuestros pastores cuando afirman que tenemos que dar testimonio del amor de Dios y no tener temor de las consecuencias. De esto habló Stefan esta noche: que todos debemos predicar el Evangelio dondequiera que nos encontremos: en la escuela, en el trabajo, dondequiera, siguiendo los ejemplos de los profetas y apóstoles.

Vasilio vaciló antes de hablar. Al fin volvió a mirar a su hijo con una sonrisa leve. Se inclinó hacia él y, luego de un prolongado abrazo, le dijo—: De modo que tienes que obedecer a Dios, Vanya. Nosotros haremos oración.

Aquella noche fue larga para Vasilio Trofimovich. Mientras que todos los muchachos dormían, Iván con la maleta ya lista detrás del catre que le servía de cama, Vasilio se arrodilló cerca de la estufa envuelto en una manta, luchando en oración a favor de su hijo.



Eran casi las dos de la mañana e Iván tenía la cabeza dominada por el sueño. En Odesa hacía más frío que en Moldavia. La nieve todavía no había formado una capa muy espesa, pero su superficie estaba congelada y resbaladiza. Esto lo sentían los reclutas que saltaban de los camiones del ejército que los habían llevado desde la estación del ferrocarril, en los cuales habían sentido un calor sofocante. Mientras resbalaban a medias y corrían a medias para mantenerse detrás de un carro de escolta que los dirigía hacia un conjunto de edificios que se levantaba adelante en la oscuridad, Iván trataba de comprender qué era aquella confusión de voces que llamaban desde diversos sitios en medio de la oscuridad.

“¡Aquí, rápidamente!” “El convoy está llegando con una hora de retraso. Hemos estado aquí esperando durante una hora”. “¡Atención! ¿Qué les pasa a todos ustedes, rezagados?”

¡Muévanse!” “¿Cómo les vamos a asignar camas a esta hora? ¡Me gustaría saberlo! Hay un reglamento que exige que todos los que lleguen por primera vez tienen que estar aquí antes de las diez de la noche”. “¿Qué quiere usted que haga, entonces? ¿Que se queden de pie afuera toda la noche?” “¿Quién es el encargado de darles la bienvenida?” “¿Dónde está Karetko?” “Alguno busque a Karetko. Ellos están aquí”.

Un oscuro personaje, cubierto con un gran sobretodo, con una bufanda que le envolvía casi hasta el extremo de su sombrero de oficial, desmañadamente subió unos pocos escalones de la escalera del edificio ante el cual el aterrado grupo se había detenido. Se dirigió a ellos con gritos destemplados. Debido a lo avanzado de la hora, vociferó, el saludo sería breve y los hombres serían despachados a sus cuarteles para que pasaran allí la noche. Los cuarteles eran los edificios grandes que estaban directamente de frente al cuadrilátero donde ellos se encontraban. Según ellos podían ver por las luces de los proyectores, los edificios eran de cinco pisos. En cada piso de cada edificio había seis dormitorios, en cada uno de los cuales se acomodaban 32 soldados. De modo que en cada piso había 192 hombres. Mientras iban en el tren, ellos habían recibido boletos en los cuales se indicaba el número del piso y del dormitorio. Estaban presentes los oficiales que dirigirían a los nuevos soldados a sus literas.

El oficial hizo una pausa repentina para aclararse la garganta, se puso a un lado la parte de la bufanda que le impedía y escupió sobre la nieve

de una manera enfática.

A las seis de la mañana despertarían al sonido del clarín. Tendrían cinco minutos para levantarse y arreglar sus camas. En ese momento recibirían ulteriores instrucciones. El destemplado personaje se movió hacia atrás hasta una puerta abierta que estaba allí.

Inmediatamente comenzó un frenético caleidoscopio de actividad. Brotaron oficiales por todas partes, empujando, gritando, esparciendo pequeños grupos de hombres en diferentes direcciones. Dentro de los cuarteles, los fatigados reclutas se abrían paso por entre las filas de literas bajo la luz intensa y molesta de bombillas solitarias colocadas en el techo. Los gritos de los oficiales los apuraban en la búsqueda de los números que correspondían a sus ajados boletos azules que tenían en la mano, así como muchos que van al cine a altas horas de la noche buscan sus asientos luego del intermedio que hay entre el primer acto y el segundo.

Acentos que le parecían extraños a Iván llenaban los dormitorios: lituanos que se hacían entender en ruso imperfecto, bielorrusos, el famoso acento moscovita que se mezclaba con el lenguaje más lento y suave del Norte. Y a cada momento el borrón de la fatiga meneaba todo aquel mosaico de literas, brazos, pies, risa y maldiciones, y lo convertía en un montón de irrealidad.

Por la mañana caía una nieve tenue. Pequeños copos le caían a Boris Yakovlevich Frolov en las pestañas y sobre el contorno del clarín cuando

levantó el instrumento para tocar la diana. Inflexiblemente lo apuntó hacia las ventanas de los terceros pisos de los cuartos donde él sabía que habían sido llevados los nuevos reclutas para pasar la noche. ¡Nunca es demasiado pronto para descubrir los rigores de la vida militar! Tomando una corriente de aire frío en sus pulmones lo hizo sonar.

Se pudo imaginar muy bien la escena dentro de aquellos dormitorios: la tímida premura para vestirse, para no quedarse atrás, para no distinguirse como lento o estúpido. Era el momento de comenzar la extrañeza por los nuevos uniformes, y el mutuo observarse y la fría caminata hacia el comedor para desayunar con pescado y té. Estaba sobre ellos el primer día de carreras desde el adiestramiento a la clase de orientación, y de allí a las comidas y a la gimnasia. El hombre volvió a tocar el clarín en dirección opuesta. A él sólo le faltaban 11 meses. Eso era algo por lo cual estaba agradecido. Ya los hombres de su propia unidad salían a la carrera de sus cuarteles, descubiertos hasta la cintura por cuanto iban a correr. Tendrían que correr una distancia de 15 kilómetros en la hora que quedaba antes del desayuno.

Boris Yakovlevich bajó su clarín y se marchó a paso de ganso hacia su cuartel. Tal vez en la práctica de tiro al blanco de ese día se guardaría una bala para sí mismo. Era una idea que persistía en él.

Lo importante, iba pensando Iván mientras se dirigía al comedor, *es hallar un lugar donde orar*. Ya lo estaban oprimiendo la multitud de

soldados, el ruido de los cuarteles, la dificultad de estar a solas. Aún los álamos, despojados de sus hojas por los cuales pasaba, formaban grupos espesos como si sospecharan que iban a sentirse solitarios.

El olor humeante del esturión saturaba todo aquel gran comedor cuando Iván se unió a una larga cola que se dirigía hacia las jarras de té que humeaban tentadoramente en medio de aquel frío. En su casa, a esa hora, él hubiera estado orando. Era fácil hacer arreglos para los ratos de oración en su hogar, aun en los días ocupados en que estuvo recibiendo el entrenamiento para conducir vehículos en el instituto. Había horas durante las cuales podía orar antes que saliera el tren hacia la ciudad. En el invierno, en una mañana como ésa, dos de los niños pequeños hubieran estado durmiendo sobre la estufa de la cocina, encorvados y agarrados los dos para mantenerse abrigados. Había sido agradable para él orar junto a ellos mientras dormían. La respiración normal de ellos no se perturbaba por causa de la suave voz que él empleaba en sus oraciones.

Tal vez después del desayuno él podría buscar un lugar tranquilo. Las bandejas de pescado ya estaban vacías, pero cada uno de los 30 soldados que estaban a la mesa todavía tenía hambre. Se pasaban los platos de pan negro para arriba y para abajo hasta que también quedaron vacíos. Un ordenanza se movió entre las filas de mesas con una gran tetera, inclinándola para vaciar una cantidad extra de bebida tibia en los vasos de metal que todavía no se habían levantado.

Un sentimiento de soledad le estrechaba la garganta a Iván. Era tal como lo esperaba, por supuesto, pero tal vez él había subestimado la enormidad de la tarea que tenía delante. Cada uno pareció quedar inmerso en su propio microcosmos: tragándose hasta la última gota del té, limpiando el plato con un arrugado pedacito de pan, trepando sobre la banca y balanceando hábilmente el plato y la taza, corriendo hacia la puerta, deteniéndose para charlar con alguno con el cual se había hecho amigo en el tren. Colas de soldados empujaban hacia adentro en la entrada mientras otros se abrían camino por en medio de ellos hacia aquella mañana glacial de noviembre. “Confíesame delante de los hombres, y yo te reconoceré delante de los ángeles de Dios”. Esa era, sin duda, la voz que tantas veces le había hablado en su espíritu. Iván puso su tenedor y su cuchara en la jarra sobre su plato y se levantó por encima de la banca para moverse con los demás hacia la puerta. Lo primero que tendría que hacer sería hallar un lugar donde poder orar.

El oficial administrativo, sargento Strelkov tenía una cara larga y tersa. Cuando estaba irritado, él mismo se succionaba las mejillas de tal modo que le quedaban cóncavas. Durante dos semanas él había estado tratando de que la nueva unidad estuviera en forma; habían sido dos semanas de preguntas invariables, de desorden y de interrupciones que detestaba. Un poco de barro helado se le pegó a una bota y él se la quitó impacientemente de un puntapié. Este nuevo

lote de soldados era un pobre grupo. Sus ojos, medio cerrados por el frío, cambiaron la mirada hacia el lugar de la temblorosa formación donde faltaba un hombre. Un movimiento se produjo cerca del borde del campo de adiestramiento, el cual captó su mirada. Observó impacientemente mientras el rezagado se acercaba en desesperada carrera. Era Moiseyev.

Llegó jadeante y tomó su lugar en la fila. Nadie se movió ni siquiera para echar una mirada de soslayo. Strelkov se sintió levemente satisfecho. Tal vez podría servir el incidente para dar una lección.

—Explique por qué ha llegado tarde, camarada soldado raso Moiseyev—le dijo. El porte disciplinado de Strelkov era testigo mudo del hecho de que él mismo no había llegado tarde ni una sola vez.

El pecho desnudo de Iván estaba jadeante por causa de la larga carrera que hizo a través del campo. Incómodamente se quedó mirando la forma severa del sargento mientras se le calmaba la respiración. Lentamente fue creciendo una tensión en la formación mientras la pregunta de Strelkov esperaba la respuesta.

—Lo siento, señor. Estaba orando, señor.

Strelkov se quedó mirándolo. En la grave expresión de Moiseyev no había ninguna indicación de que fuera payaso. Repentinamente alguien tosió en la fila. Strelkov lanzó una mirada feroz hacia los inmóviles hombres. ¿Pensaban ellos que él no sabía que se estaban ahogando de la risa?

Strelkov había estado suficiente tiempo en

el ejército y, por tanto sabía cómo manejar irregularidades: “Usted se adiestrará con la unidad, Moiseyev. Cuando hayamos completado los ejercicios, usted comparecerá ante mí”. Caminó hacia atrás para dar a la formación la orden de esparcirse los hombres a diferentes partes de campo para comenzar los ejercicios. En un instante los campos sintieron vida con los cuerpos que saltaban y trotaban y los brazos que fulguraban en las formaciones del ejercicio.

Iván anhelaba lanzarse a realizar la calistenia, para librarse de la culpa por haber llegado tarde y por haber abusado del maravilloso don que el Señor le había dado. ¡Cuán fácil le había sido hallar una oficina no usada para hacer allí oración! La anciana cubierta de pañolón que barría el piso le había asegurado que esa oficina no era utilizada antes de las diez de la mañana. Ella misma abría la puerta a las cinco cuando llegaba para limpiar. Desde ese momento, todas las mañanas, la alabanza había vuelto a envolver a Iván, y la tranquilidad de aquel lugar se había aposentado en su alma. Había una silla de cuero, de modo que él podía arrodillarse en el piso, colocar sus codos sobre el asiento y el generoso respaldo de la silla lo protegía de una ventana agrietada.

¡Pero olvidar el tiempo! ¡Llegar tarde para el entrenamiento! Con un renovado dolor de desconcerto oyó que Strelkov lo llamaba otra vez.

El ateísmo del sargento era de tercera generación. Su abuelo había sido uno de los primeros bolcheviques, había actuado como guardia marino en el acorazado *Aurora*, y había peleado en las calles de Leningrado durante la revolución.

Durante la Gran Guerra Patriótica, su padre había muerto a causa de las heridas y del hambre que soportó en los últimos días del sitio. La tarjeta del partido comunista había estado en el bolsillo de su padre cuando murió. Strelkov llevaba la tarjeta de su padre junto a la suya en la cartera.

El estaba perturbado por lo que llamaba la presencia de “remanentes burgueses” en el ejército. Se frotó los guantes y comenzó a andar, mientras con una sacudida de la cabeza le indicaba a Iván que lo siguiera.

—¿Qué es eso de orar, Moiseyev? ¿No estaba usted echando broma?

—No, Señor.

—¿Entonces, qué es lo que le pasa a usted?

—Nada, señor. Me siento bien.

—¿Es usted ortodoxo o feligrés?—Strelkov trató de recordar si ése era un día religioso para los ortodoxos. De vez en cuando se presentaban incidentes en días religiosos.

—No, señor. Soy bautista.

Eso era peor. Los bautistas* eran personas caprichosas y tercas. Cuando Strelkov estaba en

*En la U.R.S.S., la palabra *bautista* es un término general que significa *protestante*, en contraste con *feligrés*, que es el calificativo que se le da al que es miembro de la Iglesia Ortodoxa Rusa. Hay dos grupos de protestantes: uno que está inscrito oficialmente y se llama Asociación Unificada de Iglesias Cristianas Evangélicas Bautistas (AUCECB); y el otro que no está inscrito, es ilegal. Se llama Concilio de Iglesias Cristianas Evangélicas Bautistas (CCECB). Los Moiseyev pertenecen a una congregación del CCECB.

la Komsomol, había dirigido seminarios antirreligiosos en comunidades rurales. Los bautistas asistían, pero frecuentemente daban tan largas respuestas a las preguntas religiosas que era difícil engañarlos.

—Eso no se hace aquí, Moiseyev. La oración, la religión no se practican en el ejército rojo. Infortunadamente todavía se hallan supervivencias religiosas en cualquier parte de la vida soviética, pero esto es especialmente cierto en un joven que se está entrenando en el ejército de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas. Ciertamente usted tendrá que cambiar sus ideas.

Iván continuó caminando silenciosamente con el oficial, preguntándose si se esperaba una respuesta de él.

—Estoy seguro de que luego de que usted haga algunos amigos y comience a disfrutar de la vida militar un poco más, comprenderá la puerilidad de sus ideas religiosas. Fue sólo luego de que Rusia lanzó las cadenas del zar y de la iglesia cuando fue capaz de llegar a ser fuerte. Y el caso es igual para un hombre.

A pesar del gran sobretodo que tenía puesto, Strelkov estaba sintiendo frío. El tenía que estar adentro, en su escritorio. Miró a Iván. La piel de éste brillaba por el frío.

Strelkov permaneció de pie sobre la nieve, marcando allí su huella, mientras observaba a Iván que corría a través del campo hacia su unidad. A pesar de que Strelkov tenía botas largas que le llegaban hasta las rodillas, estaba sintiendo frío en los pies, y había perdido el té de la mañana. No había sido una entrevista satisfacto-

ria. Los demás hombres habían oído cuando Moiseyev dijo que estaba orando. Así que habría que notificarle la novedad al oficial de la Dirección Política.

La oficina de la *Polit-Ruk** estaba pobrememente iluminada. La tenue luz invernal que pugnaba por penetrar en la oficina era bloqueada en parte por las flácidas cortinas verdes que colgaban desalentadamente sobre el mugriento cristal. El oficial de la Dirección Política era el capitán Boris Zalivako, hombre fuerte como un martillo, pequeño y vigorosamente estructurado con inescrutables cejas tupidas. Un asunto de falta de puntualidad no le interesaba, pero lo que Strelkov le había narrado, si no era una miserable broma de Moiseyev, sí le interesaba.

Mientras esperaba que Moiseyev llegara, Strelkov tuvo dudas. Tal vez no ha debido tomar en serio lo que dijo Moiseyev. Deseaba no haber conversado con él. Tenía la esperanza de darle algún consejo, para ayudarlo. Pero bien pudo haber sido que Moiseyev lo había hecho pasar por una vergüenza. Por lo menos, los hombres que estaban en la formación podían dar testimonio de que Moiseyev dijo que había estado orando; éste no podría negarlo. ¿Cuántos en realidad lo habían oído? Strelkov trató de recordar quiénes habían estado suficientemente cerca para oír.

El capitán Zalivako se quedó mirando

*Abreviatura de *Politicheskoye-Rukovodstvo* (Dirección Política).

perezosamente a Moiseyev que se había cuadrado en el otro lado de la mesa. Tenía la gorra colocada en ángulo perfecto. Había saludado militarmente y con respeto. El interés de Zalivako se había avivado levemente por causa de la serenidad con que Moiseyev le hizo frente a la mirada de él. El joven estaba seguro de sí mismo, pero no había ninguna indicación de insolencia en su expresión.

Con un movimiento, Zalivako le indicó que se sentara.

—Usted no tiene apariencia de esa clase de soldado que llegaría tarde para un ejercicio. ¿Qué le pasa que no puede arreglárselas para presentarse a tiempo con el resto de su unidad?

—Siento mucho, camarada capitán, por haber llegado tarde. No volverá a suceder.

—No ha contestado usted mi pregunta. ¿Qué explicación da por haber llegado tarde?

—Se notó una estrechez en la voz de Zalivako. Le disgustaban las evasivas.

—Estaba orando, señor—la respuesta quedó en el aire, casi visible por causa de su extrañeza.

Strelkov respiró con profundo alivio. Había tenido razón al informar con respecto a Moiseyev. Todos sabían que la religión era una amenaza para el modo de vida soviético, en cualquier forma inocua en que pudiera aparecer. El mismo Lenín había dicho que la meta del Partido Comunista era la de liberar a las masas trabajadoras de la idea de la religión. Strelkov se desembarazó conspícuamente.

—¿A quién estaba usted orando?—le preguntó

Zalivako haciéndose sonar los dedos.

—A Dios, señor. Al Creador del universo, que ama a todos los hombres.

—A Dios—dijo Zalivako con los ojos cerrados y dando un profundo suspiro—. Se ha comprobado científicamente que no existe Dios. Nuestros científicos soviéticos han estudiado este asunto en forma completa y han verificado las enseñanzas del comunismo científico en el sentido de que no hay Dios. La idea de Dios fue inventada por el hombre primitivo para explicar condiciones económicas que no se podían entender en los tiempos primitivos.

—Eso es lo que enseñan los ateos, señor.

—Ese es el punto de vista correcto. Es la posición del gobierno comunista, de la Academia de Ciencias y de todas las demás instituciones de la vida soviética, incluyendo el Departamento de Defensa Soviético. Esta es la posición del pueblo soviético.

—Camarada oficial de la Dirección Política, yo sé que el ateísmo es nuestro punto de vista oficial. Pero la Biblia enseña que Dios hizo al hombre después de haber creado todo el universo. Esta es la fe cristiana.

Zalivako había estado escribiendo en la hoja de informe que tenía delante de él sobre el escritorio. Se detuvo un momento y le preguntó:

—¿Tiene usted la Biblia?

—No, Señor.

—La Biblia no es bien recibida en la Unión Soviética. Está llena de errores anticientíficos de todas clases. Promueve la pasividad y el servilis-

mo. En el ejército no se permite tener la Biblia. En efecto, no puedo entender por qué alguien leería tal libro.

—Ese libro cambia vidas, señor.

—El ejército cambia vidas, Moiseyev, y opiniones. Tal vez usted necesita ayuda para comprender esto. Esta es una verdad mucho más profunda que cualquier cosa que declara la Biblia.

—Estoy anhelante de servir en el ejército de la mejor manera que pueda.

Zalivako comenzó a enojarse. Era difícil tratar con los reclutas religiosos. Los creyentes eran engañosos. Exteriormente tenían apariencia de buenos ciudadanos, tranquilos y amantes de la paz, de personas inofensivas. Y bajo la cubierta de la virtud, esparcían sus falsas enseñanzas.

—Me satisface oírlo decir eso, Moiseyev. Tal declaración naturalmente significa que usted ha decidido sacar de usted mismo las ideas subversivas acerca de Dios, y entrar de lleno en el programa que se ha planificado para desarrollarlo a usted tan plenamente como sea posible como soldado soviético, incondicional en su lealtad al Estado. Lo felicito.

Strelkov miró admiradamente al capitán Zalivako. La *Polit-Ruk* sabía cómo manejar a los hombres. Pero Zalivako continuó, pasando por alto la angustia que se dibujaba en la cara de Moiseyev.

—Tomaré especial interés en su desarrollo político y en su participación en toda la gama de actividades políticas y militares que se requieren de usted.

Zalivako se levantó de su silla, observando intencionalmente a Moiseyev mientras esperaba la respuesta. El muchacho sería un tonto si no aprovechaba la salida que se le había ofrecido. Pero, en primer lugar, los creyentes eran necios. Hubiera deseado que el ruso de Moiseyev fuera mejor. Era tedioso oír su lenguaje vacilante.

—Como ciudadano soviético—comenzó a responder Iván—me satisface servir en el ejército y ayudar a construir el socialismo en cualquier forma que pueda. Pero hay otro país del cual soy ciudadano, ése es el Reino de Dios. Este es un reino que nunca puede ser una amenaza para el Estado soviético, por cuanto está dentro de los corazones de los creyentes, y las leyes de este reino son las del amor. No puedo renunciar a mi ciudadanía en este Reino, ni a mi lealtad al Rey, que es Dios. El está construyendo su Reino en todas partes, aun en la Unión Soviética, un Reino de perdón y de amor.

La voz de Zalivako comenzó a sacudirse al responder—: ¡En la Unión Soviética, Moiseyev, nos hemos librado de reinos y de reyes! Tal vez por su celo, usted ha olvidado ese hecho de algún modo. ¡Aquí sólo tenemos lugar para los que son leales al Estado soviético, y nada más!

Strelkov se sintió desinflado. Había esperado ver una demostración de cuán llanamente se podían manejar estos asuntos. Y para él era increíble que algún joven soviético hubiera podido ser tan absolutamente envenenado por la religión. Pero Zalivako no había terminado.

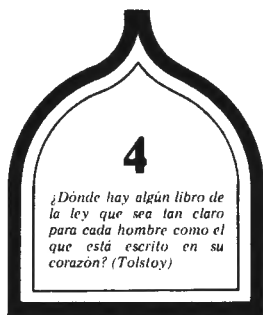
—Es evidente que usted rechaza la enseñanza, Moiseyev, y el consejo de sus superiores. Eso me preocupa. Necesita usted una lección. Puesto

que usted es amigo de orar de rodillas, le daré una oportunidad para que haga labor constructiva socialista en esa posición. Tendrá que lavar el salón de adiestramiento del cuartel y todos los corredores, trabajando de rodillas con un cepillo y un cubo lleno de agua. Trabajaré toda la noche. Tal vez un ejercicio de esta naturaleza, delante de sus camaradas, pueda ayudar a persuadirlo para que permita ser enseñado. Tendrá la oportunidad de considerar si desea seguir apegado a sus puntos de vista antisoviéticos. Puede retirarse.

Strelkov se cuadró vigorosamente para presentarle el saludo al capitán Zalivako. El asunto había llegado a una conclusión satisfactoria. Un buen sentimiento pasó brevemente entre los dos hombres cuando Moiseyev presentó el saludo y abandonó la oficina. Ese degradante trabajo le enseñaría a Moiseyev para qué eran las rodillas.

Antes que el pálido sol de diciembre hubiera trepado la mitad de su camino hacia el cenit del cielo congelado, las noticias de que había un creyente cristiano en la unidad habían pasado por toda la compañía. Las risas aparecían a medida que la historia se difundía de hombre a hombre, con sacudidas de cabezas o encogimiento de hombros en manifestación de diversión o desinterés. Rápidamente, sobre la primera información llegó la segunda: la Dirección Política había puesto a Moiseyev a fregar el enorme salón del cuartel con un pequeño cepillo de mano y un cubo de agua. Increíblemente, él estaba de buen humor, cantando y sonriendo mientras cumplía el trabajo, a pesar

de las contínuas interrupciones de oficiales que lo llamaban a sus oficinas para hostigarlo. A la hora del almuerzo, los soldados se aglomeraban en el salón de paso hacia los comedores, y lo veían trabajar, y oían los himnos tranquilos que él entonaba con un regocijo muy evidente. El era un misterio.



Kerch, el colorido y floreciente puerto marítimo de Ucrania que se proyecta directamente en el Mar Negro, era un excitante lugar para un joven soldado de viajes limitados. Iván forzó sus ojos mientras daba saltos a lo largo del camino en la parte de atrás del camión de transporte de tropas. A la distancia podía ver el chorro de humo abundante de las chimeneas de las fábricas de hierro y acero. Cerca, el olor del relumbrante mar y los chillidos de las gaviotas despertaron su entusiasmo por ver nuevas cosas. En una información preliminar se les había dicho a los soldados que ésta era una ciudad muy vieja. Había sido fundada por los griegos en el siglo VI, los cuales la llamaron Panticapeo. Los soldados debían observar la colina más alta de la ciudad, llamada Mitrídates. En ella todavía estaban los escombros ruinosos de una acrópolis griega.

El oficial les había informado a los jóvenes

que la acrópolis fue el asiento del "soviet" griego. Que les sería interesante saber que en Kerch, las gloriosas tradiciones soviéticas sobre la dignidad y la libertad humanas, que verdaderamente sólo habían empezado con la Revolución, ahora se estaban llevando adelante bajo la misma sombra de la acrópolis griega.

Iván había de reflexionar después que todo eso estaba perfectamente bien. Pero fue en su nueva base de Kerch donde sus pruebas comenzaron en serio.

Durante los primeros cinco días tuvo la libertad de unirse a los grupos de soldados que se movían apresuradamente en todas las direcciones, charlando tranquilamente, con sus maletines abultados con libros y papeles. Se sintió reanimado y libre de cuidados. A menudo, en ejercicios de aptitud, en las aulas de conferencia, en las sesiones de entrenamiento militar, él oraba: "Señor, permíteme sobresalir en esto. Permíteme ser un buen soldado para tu gloria".

Iván había esperado que luego de salir de Odesa cesaran los interrogatorios. Él estaba tan alegre de haberse ido de los primeros cuarteles como lo estaba Zalivako de que aquél se hubiera ido. Pero Zalivako había cumplido perfectamente su deber de enviar una alerta al *Polit-Ruk* de Kerch, sobre la presencia de un creyente cristiano en la Unidad 61968T. El soldado raso Moiseyev había admitido francamente que él oraba, que era un creyente bautista, y que asistiría a cultos de creyentes dondequiera que se le presentara la oportunidad. Obstinadamente había resistido el vigoroso adoctrinamiento y se

había negado a guardar silencio con respecto a sus creencias.

Casi no habían pasado dos semanas cuando los informes sobre la discusión en los cuarteles comenzaron a llegar a la oficina de la Dirección Política de Kerch. El punto cinco del decreto de Lenín les concedía a los miembros de religiones la libertad para celebrar sus ritos religiosos, pero no el derecho de propagar la religión, por cuanto infringía la libertad de otros ciudadanos. ¿Por qué no lo podía entender Moiseyev? Iván trató de explicarles a los oficiales de la Dirección Política que los hombres de su unidad le preguntaban a menudo acerca de Cristo. Si ellos querían saber algo con respecto a la salvación, ¿dónde estaba la ley que decía que él no podía contestar las preguntas de ellos? ¿Cómo podía él rechazarlos? Todos los creyentes tienen que ser testigos.

Y si no fuera un mandamiento de Cristo el de compartir el amor de El, ¿cómo sería posible esconder el gozo que sentía Iván en todo momento? Una hoja que caía del cielo glacial, era un toque de Dios. El súbito recuerdo de algún pasaje de la Escritura que se le había olvidado era la voz de Dios. Las ráfagas de viento le hablaban del poder de Dios, la Luna, de la belleza del Señor, la fortaleza de su propio cuerpo era la fortaleza de Dios que se derramaba en él.

El oficial subalterno de la Dirección Política, capitán Yarmak, era joven e inquieto. El deseaba vehementemente que se le presentara un desafío que le ayudara a surgir en la estructura

del partido. Si era difícil el caso de Moiseyev, ¡cuánto mejor para él! El éxito que tuviera con ese joven tendría una apariencia doblemente buena en su hoja de servicios. Yarmak tomaba sus responsabilidades en serio. Cada uno de los 1100 soldados de Kerch tenía que estar totalmente dedicado al Partido Comunista y a las enseñanzas del ateísmo científico. Sólo entonces podían estar seguros los militares de la total e inmediata obediencia que se requería de todo soldado soviético. Decididamente, él levantó los ojos de los papeles que tenía sobre el escritorio cuando Moiseyev fue llevado ante él. Se quedó mirándolo durante varios segundos antes de hablarle, cambiando su expresión para que fuera compatible con la dureza de su voz.

—¿Ha estado usted enfermo, Moiseyev?—se sintió satisfecho al ver la sorpresa en Moiseyev.

—No, señor, ni siquiera he visto nunca la parte de adentro de un hospital.

Yarmak cruzó los brazos dramáticamente. Los botones de bronce de su puño captaron la luz de un modo que le agradó. El progreso político era a menudo asunto de una ofensiva de impacto.

—Por fortuna está usted bien. Va a necesitar una fuerte constitución física para los próximos días; o un cambio en su manera de pensar, lo cual parece ser muy difícil para usted—hizo una pausa para dar mayor efecto. —En Odesa, usted manifestó una insana y rebelde actitud. Se ha tratado de persuadirlo a que renuncie a sus puntos de vista antisoviéticos y a que aumente su conocimiento militar y político. Pero usted

rechaza el consejo. Hasta que usted convenga en someterse a la autoridad de esta base y en obedecer las órdenes que se le den, estará recluido sin alimentos. Puede retirarse.

El cuarto al cual fue llevado Iván no era una celda, sino un sitio de detención que usaban los oficiales de la Dirección Política para hacer los interrogatorios y para reclusiones. Su mobiliario estaba constituido por un catre, cubierto con la manta de reglamento del ejército, una mesa, tres sillas y algunos manuales del ejército que estaban en un anaquel. En un rincón estaba una letrina inmunda junto a un grifo. La gran ventana estaba enrejada y la puerta doble trancada dos veces. El cuarto era muy frío, aunque estaba bañado con la pálida luz de la tarde avanzada.

Para Iván, ese cuarto era una capilla. Con gratitud se sentó en el catre. En su cabeza daban vueltas las caras de los oficiales disgustados de Odesa y de Kerch, que se esfumaban y se disolvían como las escenas de una película militar. ¡Qué bienaventuranza la de dormir y despertarse a orar!

Muchas veces antes, el Señor había llamado a Iván a que empleara períodos para el ayuno y la súplica. Iván se rió de esta broma santa. En tales ocasiones, él se había fortalecido y reavivado grandemente. El capitán Yarmak no hubiera podido darle un mejor regalo. Pleno de gratitud, Iván volvió la atención hacia el Señor, para buscarlo en oración y ayuno. El tiempo que él permaneciera en ayuno estaba en las manos de Dios, no en las de Yarmak.

La segunda noche despertó por causa del ruido de unas pisadas distantes y rítmicas. Se quedó acostado tratando de distinguir el sonido, cuando una llave abrió la cerradura. Una luz amarilla fulguró en el cuarto. Un oficial que Iván no conocía se puso de pie en la entrada. Sin encender la luz le habló al cuarto oscuro.

“Usted es solicitado en el salón de conferencias al final del vestíbulo. Venga en el acto”. El ruido de sus botas desapareció rápidamente en el largo corredor.

Iván luchó por despertarse plenamente cuando vio al grupo selecto de oficiales que lo esperaban para interrogarlo. Fijó sus ojos en el reloj eléctrico que estaba en la pared. Eran las dos y quince minutos de la mañana. La mayor parte de los oficiales estaban arrellanados informalmente en los asientos que había junto al escritorio, fumando y sorbiéndose el té de las jarras humeantes. Algunas veces hablaban tranquilamente, haciendo una pregunta y esperando la respuesta. Otras veces salían gritos repentinos de diferentes oficiales, en un fuego rápido de acusaciones y declaraciones.

¿No estaba él enfermo? ¿No había cambiado de actitud? Sus ideas eran imperialistas, reliquias del zarismo y del capitalismo. No podían ser toleradas en el ejército rojo. No necesitaba pensar que estaba sufriendo todo por causa de sus creencias. Estaba siendo disciplinado por evadir sus obligaciones para con el ejército. ¿Durante cuánto tiempo iba él a evadir sus responsabilidades para con sus camaradas y para con el Estado soviético? Suponiendo que

Dios existe, ¿podiera El entonces hacer un espacio demasiado pequeño para Sí mismo? ¿Por qué él intencionalmente se negaba el alimento? El estaba creando dudas con respecto a su estabilidad mental. ¿No comprendía él que el rechazo de la enseñanza marxista-leninista era el rechazo del sistema de vida soviético? Dios fue creado por el hombre para explicar el hambre y la enfermedad, y las condiciones económicas que él, por ser tan primitivo, no podía entender. La idea de Dios ya no era necesaria. Impedía el desarrollo del ciudadano socialista libre. Las personas que propagaban tales ideas eran enemigas del Estado soviético.

En cualquier momento durante su tiempo de ayuno, Iván fue llamado para sesiones de interrogatorio, algunas veces por la noche ante varios oficiales, otras ante oficiales de la Dirección Política, una o dos veces ante un oficial que comenzaba de una manera paternal y rápidamente continuaba con una gritería abusiva.

Pasarían cinco días para que la prueba llegara a su fin. La última mañana, en medio de un tumulto de voces argumentadoras y ruido de movimiento de equipo, fue rodada por el vestíbulo hacia la puerta del cuarto de reclusión, una vieja máquina de rayos X. Iván pudo oír una furiosa controversia que se formó en cuanto al tamaño de las puertas y si sería posible que ellas permitieran la entrada de la máquina. Al fin Iván fue empujado hacia el vestíbulo para tomarle una radiografía del sistema digestivo. El técnico, un judío de Estonia de nombre Myakaev, tarta-

jeaba echando saliva por causa de la frustración. Haberlo llevado a él de ese modo, claramente no era un asunto médico. Haberlo sacado al frío desde el hospital y esperar que la máquina trabajara adecuadamente luego de darle tumbos para arriba y para abajo sobre rampas y sobre pavimentos quebrados cubiertos de hielo era una negligencia criminal de propiedad socialista.

Un poco más tarde, el mismo día, entró el capitán Yarmak en el cuarto de reclusión, con la radiografía y una hoja de informe en la mano. Como si la pregunta no se hubiera hecho ya centenares de veces, se sentó tranquilamente en una de las sillas de madera, y mirando de cerca a Iván le dijo:

—Bueno, Moiseyev, ¿ha cambiado usted su manera de pensar? Ya han pasado cinco días sin comer.

A Iván le pareció que el capitán lucía más pequeño y que estaba más distante de lo que en realidad estaba la silla de él del catre de Iván. Este estaba cansado, pero trató de concentrarse en la pregunta de Yarmak y en su propia respuesta.

—Una noche estaba yo orando—comenzó—. Más bien sentía frío y deseaba dormir porque ya me había despertado dos veces esa noche. Pero estaba despierto y orando a Dios a favor de mi familia y de mis amigos, y por usted, capitán Yarmak, también.

Yarmak se puso de pie impacientemente y le echó una mirada a la nieve que caía fuera de las barras de hierro de la ventana.

—No era que estuviera especialmente cons-

ciente de que tenía hambre, sino que estaba muy cansado y ciertamente sentía frío. Mientras oraba, Dios de repente me tocó de un modo maravilloso. Me sentí abrigado y lleno como si me hubiera comido una comida grande y deliciosa. Pronto me quedé dormido. Cuando desperté, ya era la mañana y el sol irradiaba a través de la ventana. Un pajarillo estaba afuera cantando sobre el antepecho. Hay un pasaje de la Biblia que dice: “Invócame en el día de la angustia; Te libraré, y tú me honrarás”. Por el hecho de que Dios me ha librado, no tengo hambre ni me siento enfermo. ¿Cómo es posible que yo pueda cambiar mi manera de pensar? Usted puede mirarme y ver por sí mismo lo que Dios ha hecho.

Yarmak se quedó mirando el remolino que formaban los copos de nieve, con su mente hecha una agitación de ira. Como dirigente político, su posición dependía del éxito que tuviera con hombres como Moiseyev. Ya el coronel Malsin le había enviado una nota: “Permítale a Moiseyev comer. No quiero tener la culpa de que él muera de hambre por causa de usted”. Con una congelante dignidad, Yarmak abandonó el cuarto de reclusión.

Fue durante la carrera de larga distancia de la mañana cuando Iván se conoció con Sergio. Una densa niebla procedente del Mar Negro se había posado sobre el campo de entrenamiento oscureciendo los árboles desnudos que servían de señales para el ejercicio. Hasta que la unidad lograra la máxima distancia de 15 kilómetros

antes del desayuno, el trayecto iba siendo alargado cada día, forzando así a los hombres hasta sobrepasar los límites de su resistencia. A través de rígidos campos, bajando depresiones, saltando cunetas, medio escondidos en la niebla, los hombres corrían con una agonía creciente. Era como si el mismo paisaje estuviera gruñendo por el esfuerzo, como si los golpes de los pies escondidos estuvieran palpitando con latidos dolorosos bajo la costra de la nieve gélida.

Iván se demoraba, tratando de marcar el paso cuidadosamente y pasando por alto la terrible sed que azotaba su garganta. Gradualmente, él llegó a darse cuenta de que un soldado de otra unidad mantenía su paso junto a él. Ese soldado de repente gritó con un jadeo ronco: "El ha resucitado".

¿Qué había dicho él? Iván trató de hacer cuadrar frases con el ritmo de esas palabras. Tal vez "¿Habrá tempestad de nieve?"

Un viento suave estaba soplando sobre la humeante niebla. Iván volvió a mirar el rostro del soldado. Estaba gris por el esfuerzo, pero hizo el esfuerzo de sonreír. Y otra vez gritó: "Dije: *El ha resucitado*, hermano. ¡El ha resucitado!"

Eso fue como si la tierra congelada se hubiera levantado de atrás, e Iván se halló de pronto corriendo en un descenso en medio de una inundación de gozo. Con un grito que casi fue un alarido, él respondió a ese antiguo saludo oriental: "¡Verdaderamente ha resucitado! ¡Aleluya!" El abrazo tendría que esperar hasta más tarde.

El sitio que hallaron para encontrarse fue uno de los grandes garajes para vehículos del ejército

que flanqueaba la entrada frontal de la base. Era un antiguo edificio de piedra que una vez había sido utilizado para establo de caballos. Antes de eso y durante la guerra, según se decía, había sido un cuartel. Sus gruesos muros mantenían afuera lo peor del frío, y los amplios pasillos que tenía para aparcar vehículos constituían buenos senderos para caminar y orar. Ocasionalmente uno o dos soldados más se escurrían hacia el edificio para fumarse un cigarro donde no hubiera viento, pero en general, Iván y Sergio no tenían perturbaciones en los pocos minutos que podían hallar para estar juntos.

Tales reuniones eran infrecuentes en la marcha implacable de la vida militar. Pero el saber que Sergio estaba presente en la base era suficiente para darle valor. El hecho de haber hallado inconscientemente a un hermano tranquilizó a Iván con el sentimiento de que, al fin y al cabo, todo saldría bien. Con una conmoción desagradable recibió una orden para que compareciera ante el mayor Alexander Petrovich Gidenko en la *Polit-Ruk*.



El mayor Gidenko era un hombre de gran tamaño con un rostro leonino y una posición militar que ponía de relieve su altura. Cuando joven había sobresalido en atletismo. Los honores y premios que había ganado lo convirtieron en favorito de sus maestros y compañeros. Rusia había sido buena con él, y el hecho de que él había nacido en el mismo año de la Revolución le dio un sentido del destino que le había inspirado valor en sus difíciles estudios universitarios. Al salir de la universidad, había seguido la carrera militar. Como jefe de la Dirección Política seccional de Kerch, estaba determinado a que el problema de Moiseyev se resolviera antes que fuera necesario que el comisario de la *Polit-Ruk*, a nivel general de toda la *Crimea*, tuviera que intervenir en él.

Gidenko suspiró. Había estado en el ejército 32 años, y había visto llegar y salir a toda clase de hombres, pero nunca había entendido a los

religiozniks. Para él, ellos eran sólo criaturas indiferentes que se arrastraban alrededor de las gradas de atrás de la vida soviética. ¿Por qué no renunciaban a sus prácticas extrañas y entraban plenamente a la vida del Estado soviético, contribuyendo plenamente como debían y cosechando plenamente los beneficios?

La gran Guerra Patriótica había sido el clímax de la vida de Gidenko. Como joven soldado, en la batalla de Stalingrado, él se había quedado horrorizado mirando los cañones de las tropas fascistas a sólo cien metros de distancia. Se había apoderado de él la convicción de que no sobreviviría a la batalla. Las atrocidades nazis de que había sido testigo habían debilitado su voluntad de vivir; sentía que iba a quedar ciego de tanto ver la nieve y el resplandor del sol que se reflejaba en los uniformes blancos de sus camaradas. Bajo el cañoneo, él se había lanzado al cuartel del destacamento que estaba en la esquina de una fábrica bombardeada y se había unido al Partido Comunista. Había llevado la tarjeta de su partido a la batalla. La supervivencia de él sólo dependía de su sentido del destino. Había nacido y vivía para servir a Rusia.

Esa gente que se aferraba a la idea de Dios era incomprendible. Tal vez los viejos tenían mucho temor de cambiar, ¿pero cómo podía una persona joven tomar tal folklore en serio, aún en su forma más inocua? Moiseyev había sido educado apropiadamente en las escuelas socialistas. Se le había enseñado la depravación de la religión, la influencia decadente que el cristianismo había tenido sobre Rusia, con sus sacerdotes corrom-

pidos y sus feligreses terratenientes.

Un viento frío pasó azotando los campos de nieve y se extendió a muchos kilómetros más allá de la base. Gidenko suspiró otra vez.

El había tratado muchas veces con creyentes cristianos. La experiencia le había enseñado que la efectividad a menudo no era tanto un asunto de persuasión ni de reeducación política, aunque creía que se podían probar esos medios. A menudo era un asunto de disciplina.

“Cuando uno piensa en esto—le había dicho con una sonrisa apesadumbrada la noche anterior a su esposa, mientras se tomaba un plato de humeante sopa de repollo—a pesar de todos nuestros programas de ateísmo científico, sólo hemos tenido éxito en cambiar las opiniones de unos pocos creyentes cristianos. El castigo severo ha sido a menudo el único recurso. Bien pudiera yo cerrar la *Polit-Ruk* si tuviéramos que depender sólo del adoctrinamiento”.

Sin embargo, él tenía que ser responsable de Moiseyev ante el coronel Malsin, de una manera o de otra.

Fue una larga caminata la que tuvo que hacer Iván hasta la oficina del mayor Gidenko, y mientras caminaba a grandes trancos por las calles de la base, le daba gracias a Dios por ese buen tiempo para orar. Le llegó a la mente un versículo bíblico que su pequeño hermano Ilyusha le había enseñado a cantar en casa. Lo cantó suavemente, marcando el tiempo de la música con la marcha. “El gozo de Jehová es nuestra fortaleza. El gozo de Jehová es nuestra fortaleza. El

gozo de Jehová es nuestra fortaleza”. Su tono era alegre y cuadraba con la brillantez del sol que se reflejaba en la nieve.

El día era claro. Había algo que brillaba y centelleaba arriba en el cielo que tenía sobre su cabeza. “El gozo de Jehová es nuestra fortaleza”. El gozo lo inundaba. Los árboles del pequeño parque que estaba en la parte central de la base parecían cubiertos de polvo luminiscente celestial. Iván saludaba a cada árbol por el cual pasaba en el nombre de Jesús. La luz se reflejaba como el sol en un espejo. Levantó sus ojos en el mismo instante en que oyó una voz: “¡Vanya, Vanya!”

Un ángel estaba en frente y más arriba de él con tal brillantez y presencia que en medio del gozo le produjo terror, y las dos sensaciones se mantuvieron inmóviles en su corazón.

La voz era como un recuerdo, inequívoco, claro, y extrañamente desprovisto de palabras. “No temas”. A través de la forma transparente del ángel, Iván podía ver los árboles grandes en el otro lado del parque. Le parecía que se movía la forma del ángel. Mientras lo miraba, Iván poco a poco reasumió la marcha. El resplandor del ángel iluminó el parque mucho más brillantemente que el sol. Pero el ángel volvió a hablar.

“No temas. Vé. Estoy contigo”. Iván no halló palabras para responder. El gozo que sentía era como un fuego que ardía dentro de él. O tal vez el calor procedía de la luz del ángel. Posteriormente habría de preguntarse cómo pudo

haber llegado a la puerta del edificio del mayor Gidenko. Pero, cuando el resplandor palideció, el sentido de la presencia no se esfumó. Se dirigió inmediatamente a la oficina del mayor y tocó suavemente a la puerta. Gidenko le sonrió a Iván afablemente. El asunto sería más fácil de lo que él se había imaginado. ¿Qué le habría pasado a Yarmak? Si Gidenko no hubiera sabido la edad de Moiseyev, hubiera imaginado que tendría 16. El muchacho tenía una apariencia de campesino.

—Siéntese, hijo—con la mano bien abierta le indicó la silla de cuero que estaba al otro lado del escritorio. Estaba envuelto en una atmósfera de bondad.—Está usted muy lejos de Moldavia, Moiseyev.

—Sí, señor.

—Dentro de un año, usted tendrá licencia.

—Sí, señor.

—¿Le hace mucha falta su familia? ¿Su madre y su padre?

—Realmente, sí, señor.

—Recuerdo los primeros días que estuve en el ejército. Acostumbraba escribir a la casa todos los días. Ahora me parece que eso era ridículo. ¿Escribe usted mucho a su casa?

—No tanto como todos los días, señor. No tengo tiempo.

—¿No? ¿Por qué no?

—Por causa de los interrogatorios, señor. Gasto mucho tiempo sometido a los interrogatorios que me hace la Dirección Política.

—En cuanto a estos interrogatorios, ¿está usted aprendiendo a dar las respuestas correc-

tas? No me parece que usted tenga la apariencia de un pobre alumno.

—Algunas veces hay diferencia entre las respuestas correctas y las verdaderas. Algunas veces Dios no me permite dar las respuestas “correctas”.

—¿Verdad? ¿Y cuál es este Dios suyo?—tan pronto como Gidenko hizo esta pregunta, lo deploró. Moiseyev se había inclinado hacia adelante en su silla, con su rostro fulgurante por la oportunidad que se le presentaba.

—Señor, El es el Creador de todo el universo. El es un espíritu y ama al hombre grandemente . . .

—Sí, sí. Yo sé cuál es la enseñanza cristiana—Gidenko cambió su posición en la silla—¿Usted no puede dar las respuestas correctas por el hecho de que no son verdaderas? ¿No está usted de acuerdo con las enseñanzas del glorioso ejército rojo?

--No, señor.

—¿Pero no acepta usted los principios del ateísmo científico en que se basan íntegramente el Estado soviético y el poder militar del ejército?

—No puedo aceptar lo que sé que no es verdadero. Todo lo demás lo puedo aceptar con mucho gusto.

—No es posible probar la existencia de Dios. Aun las personas religiosas están de acuerdo con esto. Los sacerdotes y los pastores concuerdan en ello.

Iván podía oír que la cordialidad de la voz del

mayor estaba desapareciendo. Comenzó, pues, a orar en su espíritu antes de responder.

—Usted ve—presionó Gidenko su punto—que aun sus maestros no hablan como usted. No hablan de *conocer* a Dios.

—Señor, ellos se refieren a probar la existencia de Dios. No hay duda en cuanto a conocerlo. El está conmigo ahora mismo en este lugar. Antes de llegar aquí, El envió su ángel para que me animara.

Gidenko se quedó mirando intencionalmente a Iván. ¿Estaba el joven pretendiendo ser ingenuo? ¿Era la conducta de él un artificio para ser exonerado del servicio activo? Había en él una simplicidad. ¿Era intencional tal simplicidad?

—Moiseyev—le dijo levantándose sólidamente de la silla—hemos tenido hombres como usted en el ejército. Sin duda, siempre tendremos uno o dos.

Gidenko apartó sus ojos de la repentina mirada de complacencia que apareció en la cara de Iván. Gidenko estaba llegando a convenirse de que Moiseyev no era un *religioznik* peligroso, sino un muchacho que sentía nostalgia por el hogar y que estaba desesperado por que le concedieran una salida. El había visto a otros que jugaban el papel de Moiseyev. ¿Y no había pasado él cinco días sin comer, y aún pretendía que no tenía hambre? Gidenko había visto soldados que pretendían no comprender cuando el alimento se les servía. ¿Una visita al siquiatra había curado su pretendida enfermedad mental!

Pero no había dudas en cuanto a la cordura de Moiseyev. Era tan sencillo que no hubiera podido mentir bien.

—Lo siento, Moiseyev—habló otra vez Gidenko fatigadamente—que usted persista en su conducta irregular. No logrará nada para usted que no sea incomodidad. Sin embargo, creo que usted volverá a sus sentidos con un poco de disciplina, y será curado de sus ilusiones de ángeles y dioses que hablan. Ordenaré que usted permanezca de pie en la calle esta noche, después que se hayan tocado las señales de silencio, hasta que usted esté dispuesto a acudir a mí para presentar excusas por la necedad que ha estado haciendo circular en la base acerca de usted mismo y sus llamadas experiencias con Dios. Puesto que es probable que la temperatura baje a unos 25 grados centígrados bajo cero, para bien suyo, espero que prontamente convenga en portarse sensiblemente. Mañana, los dos haremos un plan para su reeducación política. Esto es todo.

Gidenko se sintió inexplicablemente irritado por el valor con que Moiseyev pareció haber recibido la orden. El había esperado que manifestara vacilación, reconsideración; pero la cara de Moiseyev estaba tranquila y sus hombros se veían cuadrados mientras caminaba con correcto paso hacia la puerta.

—¡Camarada soldado raso!—lo llamó Gidenko.

Iván volvió a mirar. Gidenko observó que estaba pálido. *Había entendido*, pues, la orden.

—Usted obedecerá mis instrucciones con uniforme de verano. Eso es todo.

El viejo caporal del servicio de intendencia se manifestó incrédulo cuando Iván hizo el pedido para que se le entregara un uniforme de verano. ¿No tenía la nieve ya más de 60 centímetros de espesor en los campos? Estudió con perplejidad la orden, frotándose la barba pensativamente con su mano arrugada. Por alguna razón, no parecía que la orden pudiera ser correcta. El no quería que le echaran la culpa de algo que saliera mal. ¿A quién se le ocurría usar un uniforme de verano en pleno invierno? ¿Para qué lo querían? La explicación que le dio Iván le produjo una expresión de artimaña en sus ojos marcados por las patas de gallo. Se le estaba echando una broma, y él también se las arreglaría por la vía rápida.

Una brusca verificación telefónica de la Dirección Política puso rápidamente los pantalones livianos, la camisa, la chaqueta y la gorra en las manos de Iván. El caporal guardó silencio mientras le entregaba los artículos a Iván con una grave sacudida de su blanca cabeza. Iván casi podía oír los pensamientos que se movían detrás de esos ojos compasivos. Esa iba a ser una noche amarga.

Mientras la luna se levantaba surgió un viento, que levantó polvo de nieve de las esquinas de los edificios, formando remolinos a través de las calles bien barridas. Ya hacía frío en los cuarteles cuando los soldados se desvistieron para dormir, encogiéndose en sus literas bajo las pesadas mantas para tomar calor.

Igor Alexandrovich Markov estaba recostado contra la pared, envuelto en su manta, fumán-

dose un cigarro. Como era de Georgia tenía los ojos negros luminosos, el cabello negro de su tierra y un temperamento moderado. Para él, Moiseyev era un misterio, y se quedó mirándolo curiosamente mientras se cambió el uniforme y se puso el de verano.

—Dígame otra vez, Moiseyev, qué es lo que está haciendo—. Las conversaciones en voz baja que había en las literas a una distancia en que se podía oír se calmaron. En la litera que estaba sobre la de Iván, Vladimir Yakovlevich Albutosió repentinamente para esconder la risa.

Iván ya se estaba cansando de contar su historia. La noticia sobre el nuevo castigo para Iván había corrido como reguero de pólvora por el comedor durante la cena. El soldado que estaba asignado para servir la sopa en la mesa se la había oído al caporal del servicio de intendencia, y distribuyó la noticia con cada plato de sopa de verduras. Iván había sido interrogado o amonestado por lo menos una docena de veces cuando salía del comedor luego de la cena. Y la respuesta que él daba parecía absurda:

—Cuando suenan las señales de silencio tengo que presentarme ante el oficial de servicio y quedarme de pie afuera en la calle.

El no les reclamaba a los hombres por el hecho de que se reían. Si la *Polit-Ruk* quería ponerlo a él como un ejemplo público, sus encargados estaban teniendo éxito. Ahora bien, los hombres que estaban escuchando la conversación entre Iván e Igor saltaron y se metieron en la conversación.

—¿Cuánto tiempo va a permanecer en el frío?

—Tendrá que rendirse. Morirá de frío.

—¿Por qué rehúsa quedarse callado con respecto a la religión?

—¿Por qué no puede creer y guardar silencio?

—En cinco minutos estará usted adentro.

—¡Iván!—levantó Igor la voz sobre todas las otras—. ¿Por qué? ¿Qué es lo que usted cree, por lo cual está dispuesto a hacer esto?

—Creo que Dios quiere que los hombres sepan que El existe, y que ama a los hombres, y que vino a este mundo en la Persona de Jesucristo, como un hombre verdadero. Casi estamos en Navidad. En este tiempo, los creyentes cristianos celebramos la venida de Cristo a Belén en forma de niño. En todo el mundo, los creyentes observan este gran evento que Dios hizo y le dan la gloria a Dios. Yo creo que El vino a morir por el pecado de todo hombre que quiera su perdón. Vino a morir por mí. Por usted también, Igor.

—Creo que no debemos estar escuchando esta conversación, camaradas—interrumpió en alta voz Demchenko, un entusiasta miembro de la *Komsomol* que estaba unas cuantas literas más abajo—. En primer lugar, yo no estoy interesado. Me sorprende que le llama la atención a alguno. ¡Especialmente al camarada Markov!

—¡Igor no está interesado!—dijo Vladimir Yakovlevich cuando se disolvió el grupo—. La conversación acerca de la Navidad tal vez esté bien para los bautistas, pero no para Igor.

¡A él le gustan mucho los cigarrillos y el vodka!

Hubo risas superficiales en las literas que de repente tuvieron que cortarse. A la distancia podían oírse las suaves notas del clarín. Inmediatamente se apagó la luz. Rápidamente Iván se dirigió a la puerta. Por la ventana, la luna brillante iluminaba el pasillo entre las literas por el cual pasaba. Hubo silencio detrás de él mientras llegó hasta las gradas y salió a la calle.

Al principio, el frío chocaba con estrépito en su cara con tal impacto que le dejaba la cabeza dolorida y los ojos llenos de lágrimas. Retrocedió del viento glacial que quemaba sus orejas. Sabía que había caras en las oscuras ventanas de los cuarteles que estaban mirando hacia la calle. La luna iluminó el camino y los bancos de nieve que estaban contra los edificios. Se puso rígido contra la corriente congelante mientras miraba su reloj. Eran las diez y un minuto.

Tendría un largo tiempo para orar. Comenzó vacilantemente un leve temor en él, el cual trató de apartar. ¿Cuánto tiempo *podría* resistir allí afuera? ¿Qué ocurriría si por causa del frío tuviera que rendirse? ¿Y qué si se congelaba hasta morir? ¿Lo dejarían morir por congelación? Trataba de concentrarse en la oración, pero el pánico le oprimía el pecho. ¿En cuánto tiempo llegaría a la muerte por congelación? ¿Sería una muerte rápida? ¿Qué ocurriría si estuviera *casi* congelado por la mañana, pero reviviera? El había oído que el dolor de los miembros congelados era horrible. ¿Qué si tuvieran que amputárselos? El tenía que sustraer la mente de

todo eso. Comenzó, pues, a cantar: “El gozo de Jehová es nuestra fortaleza. El gozo de Jehová es nuestra fortaleza”.

Repentinamente la gloria de la mañana volvió a visitarlo. Miró hacia el parque en el cuadro central, que estaba distante bajo la luz de la luna, pero era visible. Una luz angelical parecía estar sobre él. “No temas. ¡Yo estoy contigo!” ¡Las palabras del ángel! ¡Habían sido para esta noche! Aun el calor de esos momentos parecía establecerse de nuevo en él. Fervientemente Iván abrió su boca y suavemente comenzó a orar.

Eran las doce y media cuando su atención se distrajo por el crujido de unas pisadas sobre la nieve. Envueltos en sus sobretodos, tres oficiales se acercaban lentamente hacia él procedentes de los cuarteles.

Sus voces estaban roncas y casi disipadas por causa del viento.

—Bueno, Moiseyev, ¿ha reconsiderado? ¿Está dispuesto a entrar? ¿Ya ha pasado suficiente tiempo de pie aquí?

Aun a la luz de la luna, Iván podía ver que ellos lo estaban mirando con cierta medida de temor. ¿Sería posible que todavía tuviera calor?

—Gracias, camaradas oficiales. Me gustaría mucho entrar y acostarme a dormir. Pero no puedo convenir en permanecer en silencio con respecto a Dios.

—¿Entonces va a pasar aquí toda la noche?

En cada una de las caras de ellos se dibujó el temor.

—Preferiría no hacerlo. Pero no veo que alguna otra cosa sea posible, y Dios me está ayudando.

Iván se frotaba las manos con la yema de sus dedos mientras estaba cuadrado ante sus superiores. La emoción hizo que se le conmoviera la voz. Sus manos estaban frías, pero no más frías de lo que habían estado cuando se estaba visitando en el cuartel. Trató de mover los dedos de los pies. Se le movieron fácilmente sin ninguna incomodidad. Un sentimiento de asombro se apoderó de él. Emocionadamente miró a los oficiales. Comprendía que aunque tenían los sobretodos, tenían frío. Estaban pisotenido y dando plametazos con las manos, cambiando la posición de sus cuerpos, impacientes por regresar al calentador que estaba en el cuarto. Se sentiría de un modo diferente en una hora más tarde, masculló el oficial superior al retirarse. Iván no pudo resistir una sonrisa de curiosidad.

Pronto decayó el sentimiento de alivio y uno de quebrantamiento tomó su lugar. El no era mejor que ninguno de los jóvenes de la congregación en su tierra. Los padres de él habían sufrido en difíciles situaciones durante años. El conocía a pastores que habían sido interrogados, arrestados y aun enviados a campamentos para presos. Sin embargo, él era tocado vez tras vez por el poder directo y por la liberación de Dios. Algo en él lo apartaba de tan magníficas distinciones. El no quería ser especial, no merecía milagros ni misterios. El *debía* estarse congelando. El no era lo suficientemente bueno. Lágrimas calientes le brotaron de los ojos.

Hacia las tres de la mañana, él estaba durmiendo sobre sus pies. Sus oraciones de arrepentimiento fueron largas. Las intercesiones a favor de los creyentes que conocía las había hecho repetidamente. Había cantado villancicos de Navidad. Había orado por cada oficial que conocía o del cual supiera algo. Le había clamado a Dios a favor de los hombres de su unidad. Pero gradualmente, su mente parecía estar flotando en alguna parte fuera de su cabeza. El trataba de dominarse en la oración, pero ella lo eludía.

De repente, una voz cerca de su oído lo hizo sobresaltarse y despertar por completo. La voz del oficial superior de servicio le hablaba bondadosamente.

—Bien, Moiseyev, tiene que entrar—. La luna se había ocultado y el viento se había calmado, y en la oscuridad de la noche, Iván se esforzaba por verle la cara. El oficial vaciló, de pie todavía junto a Iván. La luz amarilla que procedía del cuartel se reflejó en la hoja de roble dorada que tenía como insignia en su sombrero. Le habló con una voz intensa— ¿Qué clase de persona es usted?

—¿Señor?

—¿Qué clase de persona es usted que no le molesta el frío?

—¡Ah! camarada—habló Iván también en voz suave—soy simplemente una persona como usted. Pero oré a Dios y me sentí abrigado.

El oficial dio la vuelta y comenzó a andar muy despacio de regreso al cuartel, tocando el brazo de Iván para que éste supiera que lo iba acompañando.

—Hábleme acerca de este Dios—le dijo.

El mayor Gidenko esta profundamente perturbado. El informe al coronel Malsin con respecto a Iván Moiseyev desafiaba la razón. Durante doce noches seguidas, él había estado de pie afuera con una temperatura por debajo de cero grados centígrados y vestido con uniforme de verano. Era imposible que no se congelara para que pidiera misericordia. La última noche, el mismo Gidenko había ido a verlo. Era cierto que su cara estaba azul por causa del frío y que había estado tambaleándose por causa de la fatiga. Las finas partículas de nieve que eran levantadas por el viento, habían llenado su cabello y su uniforme de tal modo que lucía aterradoramente como una estatua. Pero tenía compostura y no tenía tanto frío luego de cuatro horas como el que tenía Gidenko después de cinco minutos. ¿Sería posible que un joven pudiera soportar un frío de esa naturaleza sin sentirlo? Bueno, claro que era posible. Moiseyev lo había hecho durante dos semanas consecutivas. Gidenko se sintió más perturbado que lo que hubiera estado durante años. Recientemente no había dormido bien. Algo habría que escribir en el informe para Malsin y para el comisario distrital de la *Polit-Ruk*. Quedaba claro que el castigo no era efectivo. En toda la base se hablaba acerca de Moiseyev. Tendría que ordenar que se detuvieran estas vigiliias públicas.



Aunque las literas de reglamento sólo tenían 60 centímetros de ancho y eran duras, Iván se estiró entre las sábanas y debajo de una manta, y le dio gracias a Dios por ese lujo. Por primera vez se acostaba en una cama en 1971. No tendría que pasar horas bajo la nieve. No habría interrogatorios estando allí en la nieve ni en el despacho del oficial. No vería ocultarse la luna detrás del pequeño parque del área central. Aun antes que sonaran los clarines, Iván estaba dichosamente dormido.

Aunque sólo la había oído una vez, la Voz le era tan conocida que Iván despertó instantáneamente. "Vanya, ¡levántate!" En un segundo se puso sobre sus pies en medio de las literas contemplando la brillantez de cristal del ángel. Su mente trabajaba rápidamente. Estaba consciente de que ninguno de los soldados que dormían en las filas de literas se movía. Mecánicamente comenzó a ponerse los pantalones y a buscar a

tientas los zapatos, sin quitar sus ojos de la radiante bondad del ser que estaba delante de él. La mirada del ángel era tan llena de amor que Iván no sintió miedo. En un instante comenzaron a elevarse. Sin ningún esfuerzo se les abrió el techo raso, y luego, el techo del cuartel. Iván y el ángel volaron a través del tiempo y del espacio a otro mundo.

La hierba estaba alta y frondosa, y parecía extenderse hasta el mismo horizonte de ese planeta desconocido. Era de color verde y fresco. Atolondrado, Iván siguió al ángel, y después de lo que pareció ser un largo tiempo llegaron a un arroyo. Sus aguas eran tan claras como el cristal, de tal modo que Iván pudo ver el lecho del arroyo. La brillantez del agua le encandilaba los ojos. El ángel pasó sobre el arroyo sin ningún esfuerzo y, cuando Iván retrocedió, se devolvió a preguntarle.

—¿Por qué temes, Vanya?—La voz era tierna y no tenía prisa. Inexplicablemente un horror de serpientes había entrado en la mente de Iván.

—Serpientes—respondió. Al decir esta palabra, su mirada se movió a través de la alta hierba que estaba debajo de sus pies. La extrañeza de lo que estaba sucediendo se apoderó de él con un temor irracional.

Aunque el ángel estaba a distancia de él, Iván oyó su voz como si la radiante criatura estuviera de pie a su lado.

—No temas. Estás conmigo. Aquí no es como en la tierra. Aquí no hay serpientes.

Tan súbitamente como le había llegado, así

lo abandonó el temor, e Iván se movió fácilmente sobre el arroyo. En la brillantez de aquel mundo, todo detalle de las hojas de la hierba y de los pétalos de las flores se destacaba como si estuviera iluminado por un reflector. Las formas de la corteza de los árboles eran indescriptiblemente bellas. La extensión de las ramas era profundamente elegante, tan luminosa que parecía que la luz se derramara desde dentro de cada árbol. Instintivamente, Iván levantó sus ojos hacia el cielo, mirando en todas las direcciones. No había sol.

Cuando él volvió sus ojos hacia el ángel, la forma de otro ser estaba junto a él. Esta era más exaltada y al mismo tiempo, de algún modo, más amable en su fulgor que el mismo ángel. En cierto sentido, el ángel parecía hacer que se notara la diferencia. Iván reconoció que esta criatura era el apóstol Juan. Por medio del ángel, el apóstol se comunicó con Iván. Este se quedó transfigurado. Su mente absorbía cada palabra santa. Una serie de tres seres seguían al apóstol. De algún modo misterioso, Iván reconoció que eran David, Moisés y Daniel. Tan intensa era la concentración de Iván, y tan sobrecogedor su temor reverente y su gozo que cuando la última de estas formas desapareció, Iván sintió que iba a caer en un profundo sueño. Pero el ángel, que ahora estaba solo en medio de aquel fulgor de luz, le habló otra vez.

“Hemos viajado un largo trayecto y estás cansado. Ven y siéntate”.

El árbol bajo el cual se sentó Iván era grande y acogedor, y tenía una fragancia que, de algún

modo inexplicable, le hacía recordar los campos de vides de Moldavia. Si el ángel no le hubiera hablado otra vez, Iván se hubiera sentido satisfecho con estar allí sentado para siempre, percibiendo la fragancia del árbol y deleitando sus ojos con el paisaje en medio de aquella luz resplandeciente.

“Deseo mostrarte la ciudad celestial, la nueva Jerusalén. Pero si la ves tal como es, no podrás permanecer con el cuerpo que ahora tienes. Y todavía queda mucho trabajo para ti sobre la tierra”.

Pareció haber un gran silencio antes que el ángel continuara hablando.

“Volaremos a otro planeta y te mostraré la luz de dicha ciudad para que la conozcas, aún estando vivo en tu propio cuerpo terrenal, y sepas que ciertamente existe la nueva Jerusalén”.

En un instante volaron a otro planeta donde había altas montañas. Otra vez la gloria de la luz iluminaba todo detalle de aquel mundo. La mirada de Iván se posó sobre una corriente diamantina que bajaba de las laderas de las montañas hacia la neblina que surgía de los valles vívidamente verdes. Cuando hubieron llegado a un cañón muy profundo, el ángel e Iván descendieron hasta la profundidad.

El ángel parecía una llama de regocijo, la Voz más ceremoniosa y jubilosa que jamás hubiera oído Iván. “Vanya, mira hacia arriba y verás la luz de la nueva Jerusalén”. A la primera mirada, Iván retrocedió desmayado. La brillantez era tan intensa que, aunque sólo la había visto durante un segundo. Estaba convencido de que había

quedado ciego. El ángel le habló inmediatamente: "Nada te sucederá. Mira".

Ningún hombre que alguna vez hubiera sido rescatado del desierto bebió agua con más sed que aquella con la cual Iván bebía el resplandor de esa luz. Tan grande era su fuerza que podía sentirse, gustarse y oírse. La sensación que le producía no era sólo de sus ojos, sino de todo su ser. Iván hubiera podido llorar de pesar y desilusión cuando el ángel le dijo: "Ha llegado el momento de valor de regreso a la tierra".

En el momento en que los pies de Iván tocaron el piso junto a su litera, sucedieron tres cosas: el ángel desapareció, el clarín tocó la diana y las luces del dormitorio fueron encendidas. Mirando estúpidamente que su cama estaba bien arreglada y que él mismo estaba completamente vestido, Iván oyó una risa bondadosa en la litera que estaba detrás de él. Era Gregorio Fedorovich Chernykh, su vecino, que también era de Moldavia y tomó interés fraternal en su extraño conterráneo. Ahora Chernykh se estaba levantando expertamente de su litera y, mientras metía los pies en las perneras de los pantalones, le susurró con un tono de misterio:

—Vanya, ¿dónde estabas anoche?

Con un tremendo esfuerzo, Iván logró estabilizar sus pensamientos. El cuartel estaba lleno de vida. Los cuerpos se movían rápidamente y pasaban por su litera hacia la puerta. El humor bonachón, los gemidos de los soldados cansados, el paso rápido de los uniformes, todo parecía irreal. Intencionalmente volvió a mirar a Chernykh.

—¿Me quieres decir que no viste cuando me quité la ropa y me acosté anoche? Todos entramos al mismo tiempo.

—Te acostaste al mismo tiempo que yo—le respondió Chernykh mientras se abotonaba rápidamente la camisa—claro, y te quedaste dormido también. Pero no dormiste durante largo tiempo. Desperté a eso de las tres de la mañana y tu litera estaba vacía. Vanya, tú no estabas en ninguna parte en este dormitorio. ¿De todo el personal, realmente tú eras el único que estabas ausente sin licencia anoche?—le preguntó mientras tomaba su chaqueta y le brindaba una leve sonrisa.

¡No había estado soñando! ¡Había viajado con el ángel! La emoción sacudió a Iván como si fuera una corriente eléctrica. Se estaban moviendo apresuradamente hacia la puerta.

—Preguntémosle al oficial de guardia si alguno salió durante la noche—le dijo Iván con voz estremecida.

—Ciertamente nadie salió del dormitorio—contestó indignado el oficial—. ¡Continúen su camino! ¿Están ustedes tratando de que me arresten?

Iván y Gregorio Chernykh salieron al aire de la mañana, ambos en silencio. Finalmente, Chernykh rompió el silencio con una pregunta, e Iván comenzó a decirle lo del ángel.

Por la tarde, el relato de Iván ya se había difundido por toda la unidad. Nadie lo creía, pensó Chernykh con satisfacción. A pesar de la sinceridad de él, la realidad de sus relatos era imposible. Sin embargo, contenían un misterio

que los hacía sentir incómodos a todos. ¿Cómo sería posible que pasara cinco días sin comer y sin enfermarse? ¿Cómo podía un hombre permanecer de pie sobre la escarcha a temperaturas de debajo cero grados centígrados durante horas sin congelarse? Y si Iván Vasilievich no había salido del cuartel durante toda la noche, y sin embargo, no estaba en el dormitorio, ¿a dónde había ido?

Chernykh se tendió a lo largo en su litera. Las cuatro horas libres que le daban al mes eran demasiado preciosas para desperdiciarlas soñando despierto. Buscó un lápiz y un papel. Escribiría a su casa. Pero permaneció acostado boca arriba mirando hacia el techo raso.

Tal vez la Dirección Política llegaría al fondo del asunto. Durante un mes entero habían estado incesantemente interrogando a Iván, hasta que Gregorio se preguntaba si aquél podría permanecer cuerdo bajo tal presión. Para la mayoría de los hombres la vida militar tal como era constituía una prueba sin misericordia. Eran mantenidos en permanente carrera todo el día, desde la diana de las seis de la mañana hasta que sonaba la señal de silencio a las diez de la noche. Y cuando todos debieran estar durmiendo, entonces se oían las alarmas nocturnas de batalla. ¡Cuánto terror le tenían a la sirena que sonaba en las tempranas horas de la mañana, que los sacaba de sus camas y los empujaba, medio inconscientes, a un ataque simulado del enemigo en medio de la noche gélida! Chernykh tenía una cuenta que arreglar con el ejército por lo

que había ocurrido en la última alarma. La nieve había estado cayendo hasta formar una capa tan espesa que él no había podido ver el camino. Mientras forzaba los ojos para escudriñar a través de los remolinos de nieve se había precipitado en un pozo que estaba abierto. Gritando contra el viento y la nieve, y agarrándose de los lados del pozo para salvar la vida, Gregorio había logrado que un compañero soldado lo sacara de allí. Con el agua que se congelaba sobre su uniforme, las perneras de sus pantalones se endurecieron como cemento. Él había pasado por todas las maniobras luchando violentamente con el frío.

Pero nunca eran despertados sólo una vez en una noche. Sin poder hablar nada por el frío y el cansancio, los soldados caían en sus literas sólo para volverse a levantar más o menos una hora después para repetir ese tormento por completo. Gregorio había perdido la cuenta, pero a juzgar por las primeras anotaciones que hizo (había intentado llevar un registro de ellas para su familia cuando le permitieran la primera salida) dedujo que las alarmas habían sonado cada segunda o tercera noche. No era científico esperar que los hombres se entrenaran y estudiaran el día siguiente, habiendo dormido sólo tres o cuatro horas.

Gregorio no podía imaginarse cómo Iván Vasilievich soportaba estar bajo constantes interrogatorios, además de cumplir con el programa regular. El había visto que a Iván lo llamaban cuando estaba comiendo, cuando estaba en períodos de estudio, cuando estaba durmiendo. De día o de

noche, no importaba. Esas noches, la litera de Iván permanecía vacía.

Naturalmente, Iván se había metido en dificultades. Había habido demasiados incidentes, demasiados sucesos inexplicables. Tal vez Chernykh no estaba de acuerdo en que los bautistas eran enemigos del Estado. Pero era cierto que eran fanáticos y necios. Uno no discute con el ejército rojo. Era desesperado el pensar que pudiera resistir. Si un oficial decía que los repollos eran girasoles, tenían que ser girasoles.

En cierto sentido, tal vez todo se reducía a un asunto de obediencia. Tal vez ésa era la razón por la cual la Dirección Política estaba tratando en forma tan decisiva a Moiseyev. Al fin y al cabo, en una maniobra, ¿a dónde iría a parar cualquiera de ellos si no obedecía las órdenes? Chernykh se estiró otra vez en su litera. El papel y el lápiz que había buscado para escribir la carta todavía estaban osciosos sobre la gruesa manta. Él había oído decir a uno de los hombres de su unidad que el comisario general de la *Polit-Ruk* de la Crimea estaba vivistando al coronel Malsin. Se comentaba que Moiseyev sería enviado al centro de reclusión militar de Sverdlovsk en los Urales. Con la determinación de sacar esto de su mente, Chernykh tomó el lápiz en la mano. No tenía nada que ver con él personalmente. Ciertamente no se relacionaba con el hecho de que él les hubiera contado a los hombres el relato de Iván con respecto de ir a otro planeta con un ángel. Iván hablaba francamente con cualquiera acerca de Dios o de sus

ángeles. Escribiendo furiosamente, Chernykh trató de olvidar. Al anochecer el día anterior, caminando de regreso a los cuarteles, procedente del campo de entrenamiento, él había tenido miedo de mirar profundamente hacia el cielo de la noche.

Hacía tiempo que el paisaje le había aislado en el invierno. El tren traqueteaba de lado a lado a lo largo de los rieles cubiertos de hielo. Campos, bosques, pequeños lagos, cañadas, pasaban por la puerta corrediza medio abierta del vagón que se usaba para los prisioneros militares. Las bancas de madera estaban amontonadas en forma de anaqueles por los lados y en el centro de este coche. Allí los prisioneros se sentaban o se acostaban a dormir, en aquella oscuridad sin aire, algunos altercando, otros charlando, la mayor parte inmersos en sus propios pensamientos amargos.

Iván permaneció cerca de la puerta parcialmente abierta, respirando aire frío y pasando por alto los argumentos que se levantaban de vez en cuando con respecto a que la puerta permaneciera abierta. Una sensación de profunda paz saturaba el paso de la tierra que se alejaba de sus ojos a manera de corriente como en un sueño. El vigilante, un soldado raso de una base de las afueras de Moscú, se recostó sobre las temblorosas paredes del vagón, con su fusil suelto sobre el hombro y cabeceando de sueño. Las ondas de irritabilidad que se levantaban de entre la multitud de prisioneros se reducían a la nada, y se desvanecían. Iván se sentía suspen-

dido entre la mezcla de soldados que estaban detrás de él en el coche y la remota campiña.

Su mente repasó los intentos que había hecho para demostrar su determinación de ser un buen soldado. En las sesiones políticas en que había estado se había propuesto explicar que la Biblia les enseña a los creyentes en Cristo a amar a su patria en que viven, a respetar a las autoridades y a tratarlas como se debe.

En vez de tener éxito, sus esfuerzos habían dado como resultado que lo sacaran de su litera en medio de la noche y lo llevaran por carreteras congeladas al tren de prisión con destino a Sverdlovsk, una prisión militar situada a dos mil kilómetros en dirección a Siberia.

Ya habían dejado los llanos de la Rusia central y se dirigían hacia el este. Iván observaba las oscuras curvas azules que surgían de las montañas cubiertas de nieve a la hora del crepúsculo. Sólo dos días antes había sido llevado ante el comisario de la región, mayor Andrei Dolotov, de Simferopol. Los ojos de forma de almendra de Dolotov se habían manifestado sombríos cuando vieron a Iván. Para ser un oficial de tan alto rango, parecía extrañamente pasivo y lento. Se había manifestado de cierto modo secreto y retraído que le daba a su abultado cuerpo la apariencia de una pared. Su manera de hablar era sosegada y no indicaba ninguna emoción.

El se había sorprendido extrañamente de que Iván hubiera estado en el ejército rojo casi durante dos meses y todavía no se hubiera adaptado a la vida militar. Había repasado todos los

informes con respecto a Iván. Se había hecho todo esfuerzo para rehabilitarlo, para darle la oportunidad de cambiar sus puntos de vista, para que se reformara políticamente, pero se había negado a cooperar. Su expediente contenía quejas de Odesa, de la Dirección Política de Kerch y de los oficiales y hombres de la propia unidad de Moiseyev. Había habido el problema de que Moiseyev estaba difundiendo sus ideas subversivas entre los demás soldados, de modo que se estaban contaminando con tan indeseable ideología. Esto, por supuesto, era una indirecta violación de las órdenes de los oficiales de la Dirección Política. Dolotov estaba curioso de saber la razón por la cual Moiseyev no quería obedecer.

Su voz era tan sosegada que Iván no estaba seguro de que había terminado de hablar, y vaciló un momento. Había una opresión en aquel lugar que hacía difícil pensar. De repente sintió Iván que necesitaba aire. Con un gran esfuerzo oró brevemente y aspiró. Sus pensamientos se aclararon de repente al dirigirse a Dolotov.

—Camarada comisario, la Biblia enseña que los creyentes debemos obedecer a las autoridades que están puestas sobre nosotros. Mi más profundo deseo es hacer esto. Pero la Biblia enseña, además, que nuestro supremo Señor es Dios. Su autoridad demanda completa obediencia y entrega de parte de nosotros. Le ruego a usted que comprenda que tengo dos lealtades: mi lealtad al Estado y mi lealtad a Dios. Si se me ordenara hacer algo que me hiciera desobede-

cer a Dios, entonces estoy obligado a poner en primer lugar mi lealtad a El.

Un oscuro temblor momentáneo de cambio pasó por el rostro del comisario. Luego pareció que reflexionaba en una idea antes de hablar.

—Usted está atado y encadenado a esas ideas bautistas. Muy bien. Tal vez le serviría de ayuda para experimentar la seriedad de su posición si tuviera que probar una prisión real. Es probable que tal procedimiento sea más efectivo que todo el programa de reeducación de Kerch. Luego veremos si no cambia usted su historia.

Iván no podía imaginarse por qué el comisario había escogido un lugar tan apartado. Había prisiones cerca en el Mar Negro. Tal vez la prueba de un largo viaje en el crudo invierno era parte de la estrategia.

Iván inhaló profundamente. Por alguna razón había cambiado el aire que entraba por la puerta del tren. Parecía más pesado y con una acritud química. Detrás de él en el coche, había un alboroto. Los hombres comenzaron a recoger sus cosas más cerca de él. Un viejo hizo una cuerda de la parte interna de una tosca manta y hábilmente comenzó a hacer un atado con la manta. Un fornido cosaco terminó de limpiar la nieve derretida que oscilaba en el piso al frente del pequeño calentador. Un sargento barbudo maldijo cuando el tren se tambaleó repentinamente. Dos jóvenes soldados, con los ojos endurecidos por la ira, estaban juntos de pie. A la distancia, casi derritiéndose en el profundo crepúsculo, Iván pudo ver una selva de chimeneas que lanza-

ban nubes negras hacia el cielo. Aquí y allá, lenguas de fuego anaranjado parecían penetrar los cielos.

El viejo se acurrucó detrás de Iván en la puerta, fijando la mirada hacia adelante del tren hasta donde le era posible. “*¡Sverdlovsk, la Ciudad situada sobre un Monte!*” Sus palabras tenían el acento a manera de pregunta que es característico de Odesa. “*Trabajador o guerrero. Bueno, ahí tendré que ser las dos cosas, y usted también, camarada*”. El vigilante despertó de su sopor, empujó al soldado viejo con brusquedad de la puerta y él mismo se colocó detrás de Iván sin hacer ningún comentario.

La locomotora comenzó a frenar. Tambalearse el tren matraqueaba y saltaba sobre los cambios de vía. Los hombres se apiñaban tan estrechamente como se atrevieron para abrir la puerta, esforzándose por ver la ciudad, deseosos de que terminara el tedio de aquel largo viaje. Una pálida estrella titilaba sobre una larga fila de pinos que se elevaba al lado de la línea férrea. Iván se quedó observando su bondadosa luz. Su mente se conmovió al recordar un fragmento bíblico que su padre amaba: “Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad”.



Su celda era muy pequeña, fría y sin luz. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad pudo ver una litera al lado de una pared, y sólo suficiente espacio en la celda para que pudiera extender completamente el brazo y tocar el lado opuesto. La puerta de la celda tenía una pequeña ventana en la parte de arriba por medio de la cual los guardias introducían las luces de sus linternas durante la noche. Le dolían los huesos por falta de actividad. Con mucho dolor se quitó las botas y, sin quitarse las medias, puso los pies contra la húmeda pared de cemento. Después del constante vaivén del tren, el matraqueo de las ruedas y el murmullo de las voces de los prisioneros, la celda parecía como un sepulcro con su tranquilidad y su silencio mortales. Iván se acostó en el frío. Su cansancio no había sido aliviado por el sueño. Las palabras que había dicho el viejo le volvieron a la mente como las ruedas del tren: “guerrero y obrero”. Su

mente se movió hacia la experiencia que había tenido en el planeta celestial con el ángel. “Todavía tienes mucho trabajo que cumplir”, le había dicho el ángel. *Guerrero y obrero*. El temor al frío parecía estar sobre su litera como una delgada sábana de hielo muy cerca de él en la oscuridad. ¿Qué clase de trabajo tenía adelante? ¿Qué guerra? El temor, como si estuviera suspendido por cuerdas, parecía deslizarse un poco más cerca de su cara. “En Dios solamente está acallada mi alma; de él viene mi salvación. El solamente es mi roca y mi salvación; es mi refugio, no resbalaré mucho”.

La sala de interrogatorios de la prisión estaba en un edificio de madera situado a unos pocos pasos del bloque de celdas en que se hallaba Iván. Era un espacioso salón que tenía pisos de madera hundidos y un aparato de calefacción pintado que cubría toda la longitud del salón y que le hizo recordar a Iván, de repente, el kindergarten de su granja colectiva de Moldavia. Algunos helechos situados al término del salón decoraban unos pocos escalones que conducían a una plataforma muy pequeña sobre la cual estaba colocado un cuadro de Lenín. Iván se imaginó que aquel salón se usaba también para eventos culturales.

Un oficial de la prisión se sentó detrás de una mesa de conferencias que estaba cubierta con una tela color púrpura y situada en un lado de la sala. Otros cuatro hombres vestidos con trajes corrientes se sentaron en una mesa cercana. Pero el que habló fue el oficial. Tenía en sus manos los documentos de Iván.

Era loable el hecho de que Moiseyev hubiera hecho el juramento de lealtad al ejército rojo. Era algo que los bautistas a menudo se negaban a hacer. Moiseyev había comenzado bien, pero rápidamente había demostrado ser un agitador, que rechazaba la corrección, que estaba determinado a seguir aferrado a sus credos y a rechazar las enseñanzas socialistas soviéticas, tratando de persuadir a otros para que hicieran lo mismo. Su lealtad al ejército rojo estaba cuestionada, y su actitud hacia la autoridad se enredaba con la vida militar. A pesar de los dedicados esfuerzos por parte de sus superiores para la reeducación de Moiseyev, éste había despreciado toda esa ayuda y había creado incidente tras incidente con su deseo de interrumpir. Las muchas oportunidades que se le habían concedido para cambiar sus puntos de vista constituían un ejemplo de la clemencia del Estado Soviético. No había duda de que ya existían muchas evidencias contra él.

¿Sabía él que podía ser sometido a juicio y ser sentenciado a siete años de prisión? Se le podría aplicar el Artículo 142 del Código Criminal, puesto que francamente había admitido que era miembro de un grupo bautista no admitido. También estaban los artículos 181 y 182 relacionados con el hecho de dar falso testimonio. Se había establecido que gran parte de su conversación se componía de mentiras absolutas e imposibles y que varias veces se había perjurado. El Artículo 190, párrafo primero, era importante. En las cartas que había escrito, había distribuido intencionalmente literatura

que contenía falsas declaraciones que difamaban al Estado Soviético y al ejército rojo. Se habían copiado las cartas que él había enviado a su familia, y ellas constituían prueba positiva. En lo relacionado con el Artículo 58, párrafo 10, que se relaciona con la agitación antisoviética, su situación estaba muy seriamente comprometida. Ya se hallaba dentro de las paredes de la prisión. Sin embargo, se le estaba dando otra oportunidad, para que la aprovechara, de reeducarse en Sverdlovsk. Si se negaba a cooperar, se le aplicarían medidas persuasivas.

Iván habló lentamente, concentrándose en sus palabras a medida que se le iban formando. A menudo le era difícil no poder hablar en su lenguaje nativo de Moldavia. Las construcciones sintácticas rusas y las desinencias se le desvanecían de la memoria cuando se hallaba cansado o cuando más las necesitaba.

—No he hecho nada contra el Estado Soviético. He deseado cumplir tranquilamente mi responsabilidad en el ejército y al mismo tiempo adorar y alabar a Dios. En cuanto a las perturbaciones, son los militares las que las hacen, no yo. En cuanto a quedarme aquí durante siete años, me quedaré, si así es la voluntad de Dios. Si no es su voluntad, mañana mismo seré enviado de regreso a mi base. De esto estoy convencido.

La nueva celda a la cual fue enviado era un pequeño cubículo como una jaula de un metro y cuarto cuadrado. Ocupaba la mayor parte del piso una pequeña banca similar a las que se usan para que se sienten los niños en algunas escuelas.

Como la primera celda, ésta era muy fría y no tenía luz. Durante dos días, Iván se agazapó dolorosamente en la banqueta. El tiempo lo envolvía como una sábana negra, que sólo se abría para introducir el pan y el café claro y sacar el cubo de las aguas negras.

Una o dos veces, al despertar con un pánico sofocante después de dormir un tiempo, el sentido de la presencia de Cristo que tenía Iván era tan tangible y tranquilizador que lloró de alegría, mientras sentía la escalofriante agonía en sus acalambrados y torpes miembros.

Un fuerte dolor sufrieron sus músculos cuando al fin fue sacado de la celda y se le hizo estar de pie en la luz brillante del corredor. Un guardia le dio un golpe con el cañón de una ametralladora, lanzándolo hacia el intenso frío de afuera y hacia el edificio de los interrogatorios. La misma autoridad de la prisión estaba detrás de la mesa, acariciando con la mano un látigo para perros que se había colocado a su cinto.

— ¡Así que está fuera de su cueva y respirando buen aire socialista! Parece que usted no pasó los últimos dos días rogando que lo pusieran en libertad. Eso quiere decir que ha tenido tiempo de pensar. Tal vez está usted dispuesto ahora a quitarse la venda que se puso sobre sus propios ojos y a entrar realmente en el mundo soviético.

Iván sentía que las pestañas de sus ojos ardían con la pálida luz del sol. Trató de controlar un sentimiento irracional de que si hablaba, su voz

sería tan débil que no podría oírse. La cara del oficial resplandecía ante él. A Iván le llegaron las palabras poco a poco.

—Hay un versículo bíblico que dice que los creyentes están escondidos con Cristo en Dios. Ese es el mundo real y en ese mundo estoy.

Al oír la respuesta de Iván, el oficial se quedó mudo mirándolo durante un largo minuto. Agarrando luego el látigo dio un golpe con él sobre la mesa de conferencias en forma dramática. Y le siguió dando golpes vez tras vez como si estuviera azotando a una bestia, sin quitar los ojos ni un momento de la cara de Iván.

Cuando Iván era niño, en la granja colectiva, había visto a un trabajador borracho que golpeaba a un buey. El animal, uncido al yugo y atado en un corral, no tenía ninguna escapatoria. La sangre había corrido hacia abajo por las piernas y había caído gota a gota desde la carne herida por el látigo del trabajador al barro. Un cambio en la mente de Iván lo llenó de repente de horror.

—¡Este es el mundo real!—gritaba el oficial, avanzando hacia Iván, mientras mantenía la mano arriba sacudiendo el látigo—. ¿Usted se imagina que Dios puede esconderlo de lo que tiene delante? Veremos cómo se siente usted cuando su Dios no lo salve de la realidad que yo escogeré para usted.

Por un momento, Iván se preparó para recibir el latigazo que esperaba. Pero el oficial retrocedió abruptamente. Sus pasos sonaban como balas a través del salón. En un instante aparecieron dos guardias, que llevaron delante de ellos,

a empujones, a Iván hasta la prisión.

Iván vaciló de temor ante la pequeña puerta que un guardia le abrió mientras le decía: “¡Adentro, adentro!” El guardia le dio un golpe con el rifle a Iván por la parte de atrás con lo cual lo hizo deslizar hacia adentro de la pequeña celda. Al instante se cerró la puerta de un estrépito y se le pasó el cerrojo. El agua le salpicaba las botas y bajaba por las paredes. Una luz mortecina colgaba dentro de una caja de bajo techo raso, parcialmente oscurecida por el enmarañamiento de tubos cubiertos de hielo. El agua comenzó a salir rápidamente de cada uno de los tubos, goteando de los puntos de soldadura; salía en chorro de las uniones, y corría lentamente hacia un sumidero cubierto de hielo en el rincón de la celda. Casi inmediatamente descubrió Iván que era imposible estar de pie en alguna parte donde no lo alcanzaran las gotas de agua helada. El agua le duchó el abrigo y, cuando se acurrucó dentro de su ropa, le corrió de la nuca hacia abajo. Se apoderó entonces de él el impulso de golpear el hielo blando de la puerta con la mano. En minutos comenzó a moverse violentamente. “Ten misericordia de mí, oh Dios, ten misericordia de mí; porque en ti ha confiado mi alma, y en la sombra de tus alas me ampararé hasta que pasen los quebrantos. Clamaré al Dios Altísimo, al Dios que me favorece. El enviará desde los cielos, y me salvará”. A través de la cortina rasgada de agua se sorprendió al ver los ojos inmóviles de un guardia que lo observaba desde la mirilla de la puerta. “Mis huidas tú has contado; pon mis

lágrimas en tu redoma; ¿no están ellas en tu libro? Serán luego vueltos atrás mis enemigos, el día en que yo clamare; esto sé, que Dios está por mí”.

Presionándose a sí mismo contra un rincón de la celda, con su espalda hacia el aguacero, Iván descubrió que podía evitar la mayor parte del agua. Vez tras vez repitió las palabras del salmo que parecían proceder de su lado, de alrededor de toda la celda. Al mismo tiempo, su mente, independiente en cierto modo de los textos bíblicos que él estaba medio gritando, se hallaba en una tormenta en busca de escape.

Al pasar el tiempo, la frenética sacudida de su cuerpo decayó y se convirtió en un terrible dolor que comenzaba a extenderse a partir de cada coyuntura de su cuerpo y hacia la espalda y la cabeza. Sus pies, que estaban apretados en esas botas empapadas, se hallaban en un dolor agónico que lo obligó a tirarse al piso de la celda. Medio arrodillado en medio del hielo y el agua, comenzó a imaginar que él era una gran catedral ortodoxa con sus conjuntos de velas ardientes de llama oscilante ante imágenes ricamente concebidas. Muchas personas estaban adorando alrededor, y la gloria de la música y de la alabanza llenó la catedral. El servicio religioso era largo, muy largo.

Esta vez la sala del interrogatorio estaba dentro del mismo bloque en que se hallaba la prisión: era un gran salón de piedra en el cual había un humeante fuego ardiente cerca del escritorio. Iván yacía en un catre al final del

salón, lejos del fuego. Un calentador eléctrico despedía intenso calor sobre el piso detrás de él. No tenía ninguna idea sobre cómo había sido llevado al catre ni cuánto tiempo había estado allí. Cuando comenzó a despertar le comenzó a llegar el olor de ropa chamuscada. Sofocadamente él mismo se levantó. Una ventana alta con reja, paredes secas, unos pocos oficiales de la prisión alrededor del fuego fue lo primero que vio en ese momento y luego se desvaneció por cuanto él cayó hacia atrás. Un guardia que estaba de pie detrás de él le dio un tironazo violento para que se quedara sentado, mientras maldecía por el peso de muerto que tenía el cuerpo de Iván.

No parecía importante lo que el oficial estaba diciendo, pero Iván trató de oír. Este se sentía terriblemente enfermo. “Recibirá su ración de pan y café. Hemos decidido devolverlo a su base en Kerch, en conformidad con las normas que están establecidas para la juventud soviética. Esas son nuestras órdenes. Usted ha probado ser un obstinado, Moiseyev, pero creo que le hemos demostrado que usted no va a hacer lo que le venga en gana. Tan pronto como usted indique su voluntad de reformarse, consideraremos eso como suficiente progreso para liberarlo de aquí y buscar la manera de que usted reasuma su período de entrenamiento, tal como es el propósito militar y su obligación para con la Unión Soviética”.

Una jarra con café claro fue colocada en una mesa que estaba al lado del catre de Iván. Un delgado plato de latón con pan le servía de

inestable tapa. Con oración, Iván levantó la taza hacia sus labios, respirando el vapor del café. Nunca le había parecido tan sagrado el simbólico vino de la Cena del Señor como esta taza. Las palabras de Cristo fluyeron a su mente: “Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada”. Con un sentimiento de amor, Iván dejó vacía la jarra. Reverentemente partió un pedazo de pan. “Tomad, comed; esto es mi cuerpo”.

—Aquí tenemos algunos papeles, Mosiseyev, que usted tendrá que firmar—continuó el oficial—. Ellos indican su voluntad para cooperar completamente con el coronel Malsin, comandante de su base de Kerch, y de obedecer completamente cualquier orden procedente de cualquiera de los oficiales de cualquier departamento durante la duración de su servicio en el ejército rojo. Cuando termine de comer se necesita su firma en todos estos papeles para comenzar el proceso de su liberación.

En los días siguientes Iván estuvo aún más hundido en el mundo de las pesadillas de la prisión. “Lo están enviando al *cuarto de los congelados*—le había susurrado un viejo guardia—ríndase, no podrá vivir”. ¿Cuántas horas *podría* vivir él, se preguntaba Iván, en una celda de refrigeración? En el momento en que se trancó la puerta, una tenue nieve cubrió las paredes y el techo raso de la celda. A medida que el tiempo pasaba, su temor aumentaba. Comenzó a sentir dolor y la puerta todavía permanecía cerrada. Algunos pasajes de la

Escritura que conocía de memoria, los recuerdos del hogar y el hecho de que conocía aquel lugar lleno de luz al cual iría finalmente lo tranquilizaron. Gradualmente el temor y el dolor cedieron y él comenzó a dormitarse. Profundamente agradecido se acostó en el piso de la celda.

Al principio, él había pensado que la presión y las sacudidas que sentía eran un sueño. El era un cosmonauta vagando a la deriva en el espacio congelado. Pero el traje de presión era real, y también los gritos que le llegaban a los oídos: “¿Se va a rendir? ¿Va a cambiar sus creencias?” Estos gritos lo hicieron volver en sí. Se estaba asfixiando. No podía respirar. En el espacio había ángeles que aparecían y desaparecían con su fulgor. “Pues a sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos”. Si *exploto, explotaré hasta el cielo*. Iván sintió que la presión fue aumentada y trató de ayudar al traje. Trató de romper a través de la angustia y la sofocación y partir hacia aquel exuberante lugar donde había estado con el ángel. “¿Cambiará usted sus creencias? Detendremos la presión. Cambie, o estará aquí durante siete años”. El no sabía que ellos podían oír la voz de él. Pero, jadeante, pronunció unas palabras con tremendo esfuerzo. “Si es la voluntad de Dios, estaré aquí. Si no . . . mañana me habré ido . . .”

El oficial de la prisión estrujó la cajetilla vacía de cigarrillos Belomor, la lanzó al cesto de los papeles que estaba junto a su escritorio y torpemente buscó más cigarrillos en la gaveta. Encen-

dió uno e inhaló con concentración. No tenía ulteriores instrucciones sobre cómo proceder. Como soldado, Moiseyev debía ser acusado ante un tribunal militar y juzgado por él. Era posible mantenerlo indefinidamente en Sverdlovsk, por supuesto, pero no tenía órdenes en ese sentido. Técnicamente, el comité de la prisión había cumplido su responsabilidad. Durante doce días, Moiseyev había estado expuesto a las más acabadas técnicas de interrogatorios y reeducación. No se podía hacer otra cosa que enviarlo a Kerch en una caja. Moiseyev tendría un largo e incómodo viaje por tren de regreso a Kerch, durante el cual se recuperaría y pensaría en su porvenir. Que los comisarios de Kerch y de Odesa se preocuparan en cuanto a lo que se debía hacer con él. No se podrían quejar de que las técnicas de Sverdlovsk no habían sido vigorosamente aplicadas. Sverdlovsk se lavaba las manos en lo relativo a Moiseyev.

Un pajarillo que aterrizaba en la límpida nieve del antepecho de su ventana captó la mirada del oficial. El animalito picoteó las migajas que el oficial había puesto allí día tras día. Cada año había menos pájaros, desde el tiempo en que la nueva industria se había establecido allí. El oficial se quedó observando el pajarillo ansiosamente. El cielo estaba sucio. La nieve estaba sucia. Todo en esos días estaba sucio.



El fin de aquel invierno fue irrazonablemente cálido para Kerch. Círculos de encaje de nieve liviana caían todavía perezosamente en las madrugadas, pero el rigor del entrenamiento se hacía un poco más llevadero en las temperaturas más benignas. La *Polit-Ruk* le había advertido a Iván que no dijera nada acerca de la asignación que se le había encomendado en Sverdlovsk. Esa era una orden fácil de obedecer, puesto que a cada momento tenía que estar cumpliendo el agitado programa de ponerse al día con su unidad en los estudios militares y políticos. Además, se le había dado la asignación de ser el conductor personal del coronel Malsin. Esto significaba que le llegaban llamadas repentinas e imprevisibles para que fuera a prestar esos servicios. De vez en cuando, cuando estaba sentado en clase con los demás soldados, el mundo apresurado de Iván parecía bajar el ritmo y com-

binarse momentáneamente con un programa integral apacible.

Los horrores de Sverdlovsk sólo los contó una vez, a Sergio en tranquilos murmullos a través de la mesa de ajedrez. Los alfiles, los peones y los caballos nunca se movieron tan erráticamente como cuando Iván y su amigo Sergio se sentaron en un rincón oscuro del cuarto de descanso. Versículos bíblicos y frases de estímulo salían de cada uno de ellos para su compañero casi imperceptiblemente en medio de las oleadas de risa y humor que se oían por todo el salón.

Al llegar la primavera, Iván comenzó a notar que algo maravilloso estaba sucediendo. Aun en días cuando era imposible apartar tiempo para la oración, en forma creciente él estaba experimentando un sentido sobrecogedor de la presencia del Señor. El amor ardía como una de aquellas velas que alumbran las imágenes, dentro de él. El estaba asombrado al ver que ninguna ráfaga de injusticia proveniente de afuera podía hacer que se apagara. Aun esa noche, corriendo hacia la conferencia sobre ateísmo científico, no sentía impaciencia. Estaba cansado; le dolían sus músculos. Pero, gracias a Dios, estaba bien preparado en su corazón.

No habría habido necesidad de apuro. Los soldados estaban apiñados en torno al calentador, en frente del salón de clases, echando broma al ver las rojas bobinas eléctricas. Iván se sentó y reposó su cabeza sobre el brazo de su pupitre. Su compañero de litera, Vladimir Albu,

se dio cuenta de que él estaba en esa condición, y no se sorprendió de que se pudiera dormir en medio de tanto vocerío. El reloj de la pared indicaba que habían pasado varios minutos de la hora indicada. El instructor todavía no había llegado.

Los hombres, aunque no querían separarse del calentador, definitivamente comenzaron a ocupar sus asientos, preocupados sin embargo, de que fueran hallados en el puesto que no les correspondía en caso de que, al fin y al cabo, algún oficial llegara repentinamente. El tiempo siguió pasando. De repente a Vladimir se le ocurrió una idea. “¡Hagamos nuestra propia conferencia! Realicemos un debate político”.

Sólo despertó un leve interés. Ese sería un modo de matar el tiempo. Nadie se atrevía a salir del salón sin una orden.

“Nuestro camarada Iván Vasilievich ha tomado algunas veces una posición contraria a las teorías de esta clase. Sin embargo, nunca hemos oído su posición plenamente expuesta. Debemos debatir esta cuestión: “¿Cuál es la diferencia entre el Dios de Iván y nuestro dios (que según él afirma es el Estado)?”

Iván había estado orando antes que comenzara la clase. Ahora, con una elevación de espíritu, convino en realizar el debate. Algunos de los hombres sacaron cigarrillos y voltearon las sillas hacia él. Se sentía intensidad en el salón de clase.

—Bien, Iván— comenzó Vladimir—. ¿Quién es su Dios?

—Mi Dios— comenzó Iván, y el placer que sin-

tió por lo que parecía como una oportunidad para predicarle a su clase había de ser de corta vida— es poderoso y todopoderoso.

—Un momento Moiseyev—se oyó en medio del salón la voz de un sargento de Armenia que tosió sobre su cigarrillo e hizo sonar los zapatos impacientemente contra el piso. Además, gruñ... con exageración—. ¿Su Dios es *todopoderoso*?

—Sí.

—¿Puede hacer cualquier cosa?

—Sí.

El repentino desafío que apareció en los ojos del sargento era inequívoco. Los soldados se quedaron mirándolo con regocijo.

—¡Si su Dios es todopoderoso y puede hacer cualquier cosa, pruébelo!

Murmullos de asentimiento se produjeron en todas partes del salón. La vida de Iván había despertado preguntas perturbadoras en muchas mentes. El sargento habló en alta voz:

—Si su Dios puede hacer cualquier cosa, que me dé una licencia para ir mañana a mi casa. ¡Entonces creeré en El!

—¡Bastante bien!— exclamó Vladimir. Eso era algo científico. Negro y blanco. Sí o no. Era raro conseguir una licencia. No habría nada inconcluso ni misterioso en un debate de esta naturaleza.

Las respuestas al desafío surgieron inmediatamente.

—Sí, Iván Vasilievich. Yo te he oído. Hasta ahora, todo lo que has dicho suena como cuentos de hadas. Pero si tu Dios le concede una licencia a Pyotr Alexandrovich Prokhorov,

entonces creeremos que hay un Dios en el cielo.

— ¡Correcto! Si tu Dios hace eso, creeremos que El es un Dios viviente y que puede hacer cualquier cosa.

— ¡Tienen toda la razón! ¡Que tu Dios se pruebe a Sí mismo! Entonces hasta nosotros creeremos.

Mientras miraba a los hombres excitados, Iván oraba fervientemente en su espíritu. Los soldados esperaban, gradualmente calmados, por la honesta lucha que parecían ver en el rostro de Iván.

¡Señor! ¿Puede proceder de ti esto? ¿Permitirás Tú que te timenten los hombres? ¿Está bien, Señor, lo que ellos piden?

— ¡Vamos, Iván Vasilievich! ¡Demuestre la existencia de su Dios! El sargento se movió inquietamente en su silla. De algún modo, el desafío estaba siendo tomado demasiado seriamente.

Súbitamente Iván se acordó del debate que hubo en el Antiguo Testamento entre los profetas de Baal y Elías. Con una nueva tranquilidad interna, le pidió a Dios que lo dirigiera. Inequívocamente oyó en su conciencia las palabras: “Diles que lo haré”.

Todos los ojos del salón estaban pendientes de que Iván respondiera. La voz de él tenía una seguridad que asombró a los hombres. Volviendo a mirar al sargento habló en forma suficientemente clara para que todos pudieran oír fácilmente la respuesta.

—Mañana, dice el Señor, usted recibirá una licencia para ir a su hogar. Ahora, usted tiene

que hacer lo que yo le diga. Tire su cigarrillo— el sargento obedeció—. Y ahora, saque la cajetilla del bolsillo.

Con un elaborado encogimiento de hombros, Prokhorov sacó el paquete de cigarrillos. Luego se levantó lentamente de su pupitre, caminó lentamente hacia el calentador y dejó caer la cajetilla detrás del enrejado rojo. En un momento salió la llama y ardió brillantemente.

Por primera vez notó Iván que una larga fila de soldados se había acomodado a los dos lados de la puerta del salón de conferencias. Las filas se esparcían alrededor por las paredes del salón. Una quietud como una bruma invisible parecía saturar el aire. Finalmente se deshizo el hechizo por el arribo de varios oficiales jadeantes. La clase de la noche comenzó.

Sólo después que hubieron sonado las señales de silencio fue cuando Iván pudo volver a hablar con el sargento. Lo halló acostado en su litera, sin poder dormir, mirando el titilar de las estrellas que podía ver a través de una ventana cercana. La seguridad de la respuesta de Iván lo había puesto nervioso. Durante la primera parte de la noche no había podido pensar en ninguna otra cosa. Era absurdo, pero lo cierto era que una y otra vez se hallaba en un estado de agitación. ¡El medio creía que algo pudiera suceder en la mañana!

—Tengo mucho que hablar con usted, camarada—. La voz de Iván era sólo un susurro. Prokhorov se quedó acostado, recostado sobre un codo y con la manta echada sobre el hombro.

—¿Por qué no está usted durmiendo, Moiseyev?

—Porque tengo mucho que hablar con usted acerca de este asunto—contestó Iván con una sonrisa—. Puesto que usted llegará a ser un creyente en Cristo a partir de mañana, hay muchas cosas que tengo que decirle.

—Está usted loco, Moiseyev. ¿Por qué no vuelve a acostarse? Va a sentir frío.

Pyotr Prokhorov miró de soslayo y nerviosamente a Iván en medio de la oscuridad. Le llegó a la mente el hecho de que Moiseyev se había quedado de pie toda la noche en diciembre, a temperaturas inferiores a cero. Quiso quedar plenamente convencido de que Iván había llevado su manta y de que estaba envuelto en ella al sentarse en el borde de la litera de Prokhorov.

—¿Usted dijo que creería en Dios, si El le concede una licencia para ir a su hogar mañana?

—Por supuesto, muchos dijimos que creeríamos.

—Pero es para usted, Pyotr Alexandrovich, que Dios va a hacer este milagro. Tengo que decirle lo que enseña la Biblia.

A pesar del sentimiento de preocupación, Prokhorov le puso mucho interés a lo que le dijo Moiseyev. Nunca antes había oído tales ideas expresadas con absoluta convicción. Las enseñanzas de la Biblia eran un mundo completamente diferente a los iconos y de los extravagantes relatos que le habían contado acerca de las Escrituras cristianas. ¿Sería posible que la

vacuidad que él sentía dentro de sí, que hacía tiempo había aceptado como parte de la condición humana, fuera un anhelo de Dios, tal como lo decía Moiseyev? ¡Si Dios existe!

—¿Hay una casa de oración en su ciudad?

—¿Dice usted, para ancianas?—preguntó el sargento en modo divertido—. De todos modos, creo que no hay.

—No sólo asisten las ancianas. Van también muchos hombres. Muchos jóvenes. Ellos podrán ayudarle. Puedo averiguar los nombres de algunos creyentes cristianos en su ciudad, para dárselos a usted, pero eso tomaría tiempo. Los hermanos de Kerch los conocerán.

—¿Hay personas que creen como usted en Kerch? ¿Y en mi ciudad?

—¡Por supuesto!—dijo Iván, haciendo rechinar de repente los dientes—. Y usted les va a causar gran gozo cuando les diga lo que el Señor ha hecho. ¡Qué alabanzas elevarán a Dios! ¡Qué bienvenida la que le van a dar!

Prokhorov se sintió intensamente preocupado.

—En las reuniones de creyentes habrá algunos que tendrán Biblias. Por lo menos uno de los pastores la tendrá. Probablemente la tengan la mayoría. Alguien, alguna vez, le prestará a usted las Escrituras para que las lea personalmente, y le explicará dónde debe comenzar. Siento mucho que no tengo una Biblia para prestarle. Por el momento, usted tendrá que creer que lo que le digo es cierto. Quiero decirle todo lo que me sea posible de lo que dice la Biblia. Tenemos que discutir lo relativo al mundo y al hombre, y lo relacionado con el pecado y con el plan de Dios para la salvación.

La noche siguió transcurriendo mientras el monólogo susurrado le dio paso a una discusión. Dos horas antes de sonar la diana, Prokhorov se puso de pie y se estiró tranquilamente mientras Iván terminaba una oración.

—Moiseyev, mi cabeza está llena de ideas. Tal vez no vuelva a dormir. Pero gracias, camarada. Se acerca la mañana.

Cuando sonó el clarín, Iván se levantó inmediatamente con una emoción de expectación. Ese sería un día maravilloso. En primer lugar, deseaba que llegara la orden de la mañana para la carrera de larga distancia. Tal vez podría hallar a Sergio y contarle acerca de lo que había ocurrido con Prokhorov, y lo que el Señor había prometido hacer. Pero inesperadamente, no habría adiestramiento en la mañana para Iván. La entrega de pan que había debido producirse durante la noche en los cuarteles no se había cumplido. Iván tendría que salir para Kerch a buscar la provisión de pan que se necesitaba para el desayuno. Iván trepó a la cabina de un pequeño camión. Cantaba mientras encendía el motor.

Cuando regresó a la base, casi una hora después, se sorprendió de ver una pequeña conmoción cerca de los garages donde estaban estacionados los camiones. Curiosamente saltó del camión y corrió hacia la multitud de soldados que se arremolinaban hacia la puerta. Eran hombres de su propia unidad.

Gritos emocionados rompieron el aire.

“¡Iván Vasilievich, el camarada Prokhorov

acaba de salir con licencia para su hogar! ¡Prokhorov se ha marchado! ¡Hemos estado esperándolo para decírselo!”

Los soldados rodearon ansiosamente a Iván.

Un general o un coronel había llamado directamente desde los cuarteles generales de Odesa a la base, con la orden de que se le diera licencia a Prokhorov inmediatamente para ir a su hogar. Diez minutos luego del llamado, el hombre había partido, corriendo y saltando como un loco, saltando en la parte de atrás de un camión de correo que estaba de salida hacia la estación del ferrocarril.

Vladimir se abrió camino hacia el frente del grupo y agarró a Iván por el brazo: “Cuando los oficiales vieron que nos reíamos y nos alegrábamos, salieron. Les contamos lo que sucedió anoche en la conferencia política. ¡Hubieras visto la cara que pusieron cuando les dijimos que todo había resultado tal como tú lo habías dicho, Vanya! El mayor Gidenko salió a ver lo que estaba sucediendo, y cuando oyó lo ocurrido, envió a algunos soldados a la estación ferroviaria para que devolvieran a Prokhorov. Salieron cuando caía una llovizna de nieve derretida, resbalando todo el trayecto hasta las puertas. Cuando llegaron a la estación sólo vieron la última parte del tren que desaparecía en la distancia. ¡Prokhorov se había ido!”

El mayor Gidenko sólo tuvo un momento de impaciencia cuando vio la escena del regreso de Moiseyev a la base, a través de un binóculo, desde la ventana de su oficina. Menos mal que

había pedido que Moiseyev le fuera traído inmediatamente. Con satisfacción, observó que Iván se apartaba del grupo excitado y que los soldados se dispersaron a su trabajo. Gidenko había asumido que luego de la prisión en Sverdlovsk, Moiseyev había entrado en juicio. Gidenko había enviado un comunicado al comisario Dolotov en Simfernopol, para garantizarle que el asunto estaba en manos responsables. Sin embargo, ahí se había presentado otro disturbio. Moiseyev estaba logrando cierta clase de fama en su unidad. Era un buen soldado, y popular, y los hombres estaban interesados en él y en los puntos de vista bautistas. Era imposible entrenar a una unidad para la efectividad militar y política con estos continuos incidentes. Había algo completamente inexplicable con respecto a Moiseyev. El coronel Malsin, actuando en representación del comisario Dolotov, había sugerido a Gidenko que llegara al fondo del asunto, o que arreglara una transferencia para Moiseyev a otra unidad en que no fuera conocido.

Pero en esta situación estaba envuelto más de lo que podía verse a simple vista. Moiseyev tenía que haber tenido contactos en Odesa para poder saber lo relativo a la licencia de Prokhorov. Gidenko se sintió deprimido. Estas dificultades le estaban consumiendo mucho tiempo y ahora envolvían a un alarmante número de hombres. Había perdido la confianza en que el problema de Moiseyev sería fácilmente resuelto. El asunto de Prokhorov era otro problema. Este había sido un hombre políticamente

íntegro. Algún perturbador había inventado la historia de que Prokhorov se había declarado creyente en Cristo. Eso se podría aclarar cuando regresara.

Lástima que el coronel Malsin había decido meterse en el problema. Había suficientes personas capaces en la *Polit-Ruk* para manejar a diez Moiseyevs. Pero Malsin era particularmente sensible con respecto a los asuntos religiosos. Gidenko se levantó y le presentó el saludo a Malsin, cuando la pequeña figura de éste entró en la oficina. Infortunadamente, Malsin no dejaría estas cosas en manos de otros.

—Si no fuera por la popularidad de que goza con sus compañeros, yo podría dejar que otro lo tuviera a su cuidado—le dijo Malsin con voz aguda y acusadora a Gidenko—. El es un excelente chofer, créamelo. Yo lo observo cuidadosamente. Siempre llega a tiempo. El vehículo está en perfectas condiciones. Siempre está sobrio. Siempre es correcto en todo sentido. Incluso ha ganado puntos de mérito de varios oficiales. ¡Puntos de mérito, y sólo tiene seis o siete meses en el ejército!

Era un largo tiempo, pensó Gidenko, para que un joven desafiara la autoridad del ejército rojo. Era difícil explicarlo.

—Antes de esto he visto la forma como actúan los bautistas. Son tercos y disimulados—continuó Malsin—y reservados. Pero ellos se esfuerzan por tener una buena hoja de servicios. Ellos saben más—o piensan que saben—con respecto a las leyes de nuestro país que todos los abogados políticos en conjunto.

—Técnicamente, según la ley—respondió Gidenko—Moiseyev no ha cometido un acto criminal. Sin duda, él está enterado de eso.

Gidenko abrió la ventana de la oficina para permitir que entrara algo de aire fresco. La primavera era una bella estación del año en Kerch: llegaba temprano y permanecía hasta tarde. Respiró profundamente y deseó que llegara Moiseyev.

—¡Necedad! Usted me tendría a mí cuestionando la competencia de usted, Gidenko. Yo pudiera arrestar a Moiseyev en este mismo minuto como agitador. En primer lugar, hay leyes, creo, contra la actividad antisoviética y la propagación religiosa. Moiseyev es culpable de haberlas quebrantado en ambos sentidos. Y hasta donde va esto, hay ocasiones, como usted bien lo sabe, cuando algunas leyes tienen que ponerse a un lado y uno tiene la obligación de actuar “administrativamente”.

—Infortunadamente—contestó Gidenko indicando el disgusto por tener que debatir con el coronel—a Moiseyev no se le puede tratar calladamente. El ha llegado a ser el centro de la atención. Los hombres de su unidad no deben interpretar nuestras acciones como antirreligiosas, coronel. Y en cuanto a que sus acciones sean antisoviéticas, eso es claro para nosotros, por supuesto. Pudiera no ser tan claro para los soldados. El asunto en conjunto no es un problema simple.

Malsin le arrugó irritadamente la frente a Gidenko mientras encendía un cigarrillo. El caso no había sido manejado correctamente desde

el principio. ¡Cinco días en ayuno! ¡Unas pocas horas sobre la nieve! Tiempo suficiente para que él se formara una historia fantástica sobre los ángeles. Eso era todo. Y ahora otro incidente en el cual otra vez está metido Moiseyev y en el cual Dios tiene el papel dominante. La cara de Malsin se iluminó momentáneamente, en la oficina poco clara en que se encontraban, por la llama del fósforo.

—Hay una explicación científica para la licencia que le fue concedida a Prokhorov, si podemos averiguar los hechos. No hay misterios en este mundo. Sólo hay ignorancia.

Hubo un breve toque en la puerta. Era Iván que llegaba escoltado a la oficina. La puerta se cerró rápidamente.

Malsin aspiró profundamente. El joven era bastante bien parecido, con rasgos bien marcados y ojos claros y firmes. Su expresión era atenta, pero había algo en ella que a Malsin no le gustó.

—Moiseyev, iré directamente al grano. Soy el coronel Malsin, comandante supremo de toda la base. Tengo una razón para sospechar que usted está practicando una actividad subversiva, anti-soviética. Para poder haber sabido acerca de la orden que sólo esta mañana llegó a la base, para que se le diera licencia de ir a su hogar al sargento Pyotr Alexandrovich Prokhorov, usted hubiera tenido que hacer arreglos con cómplices en Odesa.

Gidenko le dio vuelta a la silla y echó una mirada indiferente por la ventana. Cuatro pisos más abajo y en frente de su edificio, pudo ver

que pasaban algunos soldados de vez en cuando y echaban una mirada. De modo que ya se había corrido la información de que Moiseyev estaba siendo interrogado una vez más.

—Se ha determinado que usted ha estado intentando arrastrar hacia sus fantasías religiosas a tantos soldados como le sea posible de aquellos que no tienen un concepto de la vida vigorosamente materialista y socialista. Usted ha estado tratando en todos los modos posibles de apartarlos de las actividades productivas, y del entrenamiento comunista y del trabajo creador. Como comandante suyo, le ordeno que desista inmediatamente de todo eso, y que confiese plenamente sus actividades subversivas.

El mayor Gidenko giró lentamente para mirar hacia adentro. Moiseyev no se había acobardado. No dijo nada.

—Primero que todo—continuó Malsin con una voz más irritada—¿cómo supo usted que la licencia de Prokhorov era inminente? Aquí en Kerch no se nos había adelantado absolutamente nada al respecto. Le exijo que dé una explicación completa.

—Camarada coronel—la voz de Iván era firme y clara—yo no sabía nada sobre el hecho de que le sería concedida licencia al sargento Prokhorov. Dios me dijo que El le daría la licencia para demostrarle la existencia de El. Y Dios lo hizo así.

Malsin se levantó repentina y furiosamente. En forma más clara, como si Iván no lo hubiera oído, le repitió la pregunta.

Gidenko deseaba tener algo para tomar. El asunto iba a llevar un largo tiempo.

La mañana le dio paso a la primera parte de la tarde, interrumpida por la furia y las amenazas, cuestionarios elaborados e intrincados, siguiendo trayectorias que le eran muy conocidas a Gidenko. La energía de Malsin parecía enorme; sin embargo, Moiseyev respondía tranquilamente, esperando algunas veces tanto para dar sus respuestas que Gidenko se preguntaba si tal vez estuviera enfermo. Con toda seguridad, puesto que no había tomado desayuno ni almuerzo, el joven se desgastaría. Gidenko deseaba que sucediera eso: la sesión parecía interminable. Y él mismo la hubiera manejado mejor.

De repente, la voz débil de Malsin excusó a Moiseyev para que se retirara a su unidad. Cuando la puerta se cerró detrás de él, Malsin habló con los dientes apretados y con el rostro pálido de ira: “¡Y él come el pan soviético!”



La incertidumbre había estado en el aire durante todo el verano. Iván había oído el rumor de que él iba a ser enviado a otra unidad. El comprendió que Malsin estaba determinado a deshacerse de él. Pero la primavera del fragante puerto marítimo le dio paso a las glorias del verano y a la primera parte del otoño, y Moiseyev todavía permanecía en Kerch, impulsado a través de los días calientes y de las noches por un programa que no le dejaba tiempo para especulaciones. El trataba de sobresalir en todo: en las clases políticas, en la práctica de tiro al blanco, en la calistenia, en la mecánica avanzada, en sus horas que dedicaba a conducir el vehículo, en los adiestramientos nocturnos, en las maniobras en los campos. Cada una de éstas era una oportunidad para darle la gloria a Dios.

Pero en la última parte de una tarde, algo más sobre la transferencia se había colado. El había ido corriendo al correo de la base, a despachar

una carta a su hogar, antes de entrar a clase, cuando oyó que se mencionaba su nombre en un pequeño grupo de soldados que estaban de pie a la puerta del comedor de los oficiales.

—¿Qué *ha hecho* Moiseyev?—preguntaba Vladimir Yakolevich—. ¿No es cierto que nuestra constitución garantiza libertad de conciencia a cualquiera? ¿Es contrario a la ley ser creyente cristiano? ¿Cuál es la ley que él quebranta para que frecuentemente lo estén interrogando?

Iván no pudo oír la respuesta del oficial, ni la lacónica contestación del oficial de la Dirección Política.

Un fornido ucraniano se acercó al centro del grupo:— ¿Por qué tienen que sacarlo de aquí? ¿Qué ha hecho para que sea transferido de nuestra unidad?

El oficial comenzó a responder otra vez, pero la respuesta se perdió para Iván, pues en ese momento empujaba la pesada puerta para entrar al correo. Su mano estaba tambaleante al seleccionar sus pequeñas *kopekas* para comprar una estampilla. Cualquier incidente era excusa suficiente para que el oficial político iniciara otra serie de interrogatorios. El coronel Malsin o el mayor Gidenko se pondrían furiosos si se les informaba que los hombres estaban defendiendo a Iván.

Varios conjuntos de carriles hechos por los neumáticos de los vehículos conducían hacia abajo al salón de conferencias. Habían sido formados antes por la pequeña camioneta que entregaba la leña para los hornos de la cocina. El polvo yacía en los carriles y cubría sus botas

mientras caminaba. En todo el mundo, suponía él, había mujeres y hombres que vivían libremente como cristianos y daban testimonio de Cristo Jesús. Sus ojos escudriñaron los exuberantes campos que estaban a la distancia. Acostumbraban a llamarlos "La Santa Rusia", pensaba él. Pero de ahí no pasaban.

Unas pocas hojas daban vueltas en el aire de la tarde, sacudiéndose contra el suelo y salpicándolo de oro. Aunque sus días eran muy inciertos, el Señor sí era cierto. La ayuda de El nunca le faltaría. *¡Alabado seas Tú, alabado seas, alabado, altísimo Dios! ¡Tú eres Dios supremamente santo, digno, maravilloso y poderoso! ¡Príncipe de paz!* Iván levantó su rostro lleno de gozo hacia el cielo del atardecer. Llamas de fuego iluminaban los cielos tan brillantemente que las pocas estrellas tempranas se desvanecían instantáneamente con el fulgor.

Iván se recostó aterrado contra el tronco de un árbol de una pequeña arboleda que estaba en el recodo del camino. El cielo parecía estar derramando fuego; sin embargo, los torrentes de fuego no llegaban cerca de la tierra. Las ondas de calor y de dulzura derritieron su temor, mientras él transfigurado miraba el cielo. Gradualmente vio que aparecieron algunas letras en medio de las llamas. Tan sobrecogedor era el espectáculo que Iván se quedó mirando incomprensiblemente la escena. Sintió que algo de adentro le decía: *¡Lee!*

Como niño que aprende a deletrear, él miró a cada letra individualmente. Poco a poco le penetró en la mente el mensaje: *Ya pridú skoro*

(“Yo vendré pronto”). De algún modo, esas palabras se le hicieron vivas incomprensiblemente. Parecían saltar con el gozo que brotaba del corazón de Iván. Una y otra vez, las palabras se repetían en una danza de celebración.

Con una carrera de desesperación, Iván comprendió que la visión estaba desapareciendo. Las llamas regresaron a la oscuridad del cielo. De repente habían desaparecido. Tal vez sólo fue un momento que él estuvo allí, hasta que un compañero de clase que pasaba lo agarró por el brazo.

“Vamos, Moiseyev. Este no es tiempo para soñar despierto. Vamos a llegar tarde a nuestra conferencia”.

Ciegamente, Iván volvió en sí y lo siguió. Un sentimiento de que su corazón se estaba estallando no le permitió hablar. Su compañero siguió charlando mientras caminaban. Iván trató de concentrarse, de mover la cabeza, para entrar normalmente al salón, para tomar su asiento con compostura. Como los demás, él tomaba apuntes, tratando de mantenerse al nivel de la rápida intervención del instructor. Al fin de la conferencia, como todos los demás, él cerraba su maletín y corría hacia la clase siguiente, y posteriormente hacia los ejercicios de la noche, hacia el cuarto y hacia la cama. Cuando la alarma de batalla sonó en medio de la noche calurosa, él todavía estaba despierto, inmerso en un gozo y un anhelo que le hacía imposible quedarse dormido. A través del ejercicio de la noche, y del segundo ejercicio que venía pisándole los talones al primero, y a través de las restantes horas de la

noche, él siguió orando y deseando que el ángel no le hubiera dicho en aquel planeta que todavía tenía mucho trabajo que cumplir en la tierra.

La primera luz de la mañana que sacó a Iván de la cama todavía alabando a Dios, cayó irritablemente sobre el coronel Malsin. Tosía fatigadamente mientras trataba de sentarse en la cama y recordar por qué ese día le era desagradable. Podía oír que en la cocina su esposa estaba preparando el desayuno y hablándole suavemente a su hijo. El olor del pescado impregnó el aire. Pudo oír cuando se estaba colocando el agua para el té en el samovar.

¡Ah! Ese día se le había asignado a la Unidad 61968T el destacamento para la cosecha en Zhostena. Le correspondía, pues, a la unidad de Moiseyev. A Malsin no le gustaban los asuntos no terminados. El problema con Moiseyev consistía en que éste había tenido éxito en ganar tantos amigos en la unidad. No era difícil entenderlo. El era bastante bien parecido, trabajaba eficazmente, le ayudaba a cualquiera. Por supuesto, todo eso constituía su técnica para difundir sus enseñanzas. Pero Gidenko tenía razón. Legalmente no había hecho nada malo. Y Moiseyev era muy hábil para atraerse la atención de todos los que pudiera.

Malsin agitó su vaso de té. Su esposa, Galina, lo observaba pensativamente.

—Tengo un problema—le dijo finalmente a su esposa—. Es el de dejar ir a Moiseyev con su unidad a la cosecha. Debiera haberlo transferido a otra unidad donde no fuera conocido.

Los pasos hubieran podido darse privada y rápidamente.

—Eso me tiene nerviosa—respondió ella—. Todas esas historias extrañas con respecto a ese joven. Tú dices que tienen explicaciones científicas, pero. . . —La voz de ella se desvaneció mientras volvía sus ojos a mirar al cielo brillante de la mañana.

Malsin se tomó el té tan rápidamente que se quemó la lengua: —¿Qué estas diciendo, Lena? ¿Tú, que eres una profesora soviética, y dudas que la ciencia pueda explicarlo todo? Me parece muy extraño. Entiendo que tu tarea es precisamente la de educar a los jóvenes estudiantes en el espíritu del marxismo-leninismo.

Impulsivamente, su esposa se inclinó sobre la mesa hacia él. Sus cabellos ligeramente grises los tenía teñidos a la moderna, y una hebra amarilla le caía sobre la mejilla. Sus amplios ojos azules miraron de repente festivamente.

—Volodia, no te disgustes conmigo. ¿No te *fatiga* algunas veces este materialismo científico? ¡Claro que tiene que fatigarte!

Malsin lanzó una mirada por encima de su hombro hacia su hijo que estaba vistiéndose en el dormitorio mientras su esposa continuaba.

—¿No te has maravillado alguna vez de que algunas de las mejores personas que hay en nuestro país—las que mejor trabajan, las más honestas—son bautistas como Moiseyev?

—¡Lo que me maravilla es que una mujer de tu educación y posición pueda hablar de este modo!—le respondió. Malsin se puso furioso al

pensar en que su esposa no tratara de calmar el inquieto gemido que él tenía. La misma idea de Dios es una explicación para una variedad de fenómenos que todavía no se entienden. O, lo que es peor, *Dios* es simplemente una palabra que se ha usado en la historia de nuestro país durante siglos para confirmar la injusticia y sostener la crueldad y la hipocresía. Tú conoces bien estas cosas.

La lengua quemada le ardería todo el día. Atestando el maletín con sus papeles, pasó por alto el plato de pescado que su esposa le había puesto sobre la mesa. Este cáncer de la religión tiene que ser extirpado de nuestra sociedad, si el comunismo ha de triunfar plenamente. ¿Cómo pueden avanzar todos los ciudadanos hacia el siglo XXI, si algunos de ellos están todavía encadenados a los prejuicios religiosos que no han podido dominarse? ¿Dónde está entonces el nuevo hombre soviético?

—Pero, Volodia—dijo Galina, luego de vacilar antes de hablar—se nos dice que la lucha contra la religión sólo requiere armas ideológicas, puesto que las tácticas compulsivas aumentan el fervor religioso. ¿No estás pensando en tácticas compulsivas para el joven Moiseyev?—Un recuerdo perturbó la cara de ella.

—Cuando tengo que responder a una profesora—respondió Malsin con impaciencia—con respecto a mis tácticas militares o políticas tengo que unirme a la fila de muchachos que contestan tu interrogatorio junto a tu escritorio.

Pensó que era un crédito para él no tirar la puerta.

En los campos de cosecha, viviendo en carpas y bajo el inmenso cielo ucraniano, las semanas pasaban para Iván demasiado rápidamente. Muchos de los otros soldados, especialmente los de las ciudades, se habían cansado del pesado trabajo de la cosecha y de la soledad del campo. A ellos no les caían bien los labradores de las granjas del Estado, con su lenguaje simple y sus manos embarradas. Al comenzar las noches, estos soldados bostezaban inquietamente, leyendo o jugando ajedrez y esperando que la cosecha pronto estuviera recogida.

Pero para Iván, la cosecha era como estar en su propia casa. La granja colectiva donde trabajaban sus padres no era tan grande como ésta, ni la cosecha era similar. Pero el sentir el sol de la tarde caliginosa sobre la espalda, el olor de la tierra, el sonido de las voces que iban y venían al aire libre, algunas veces lo hacía olvidar dónde se encontraba, y muchas veces se enderezaba esperando que alguno de sus hermanos o la querida madre estuvieran trabajando cerca de él.

Ese había sido un buen tiempo para el descanso y el esparcimiento espiritual, que se había ido demasiado pronto, pensó Iván. Se sentó a observar el remolcador que estaba delante de él arrastrando su propio vehículo Zil-164 cuyo eje impulsor se había echado a perder. El convoy de los camiones del ejército, lleno de tierra y de soldados que regresaban, serpenteaba sobre las curvas de las colinas del campo, al anochecer, rumbo a Kerch.

De repente, la apacibilidad de los pensa-

mientos de Iván se disipó por causa de un ruido fuerte que se oía debajo del camión. El tocó la bocina para llamar la atención de Fyodor Tarusov, quien conducía el remolcador. Estaban aproximándose a la cima de la montaña. Fyodor estacionó los dos pesados vehículos a la orilla de la carretera y saltó, junto con Alexis Kuprin.

—¿La unión universal?— trato de adivinar Alexis.

Mientras Iván saltaba al frío campestre de la noche, le contestó con un movimiento afirmativo de la cabeza: —Deme la linterna y la caja de herramientas. Simplemente la desconectaré. Hágame el favor de poner el freno de emergencia. ¿Quiere?

Un perro aullaba en alguna parte a la distancia. Un buho ululaba. Era una noche sin estrellas. Fyodor le echó una mirada al reloj y gruñó: “Las diez de la noche. No lograremos dormir nada”.

Aun con la escasa luz de la linterna Iván pudo ver que sí era la unión universal la que se había echado a perder. Con un gruñido que le produjo el esfuerzo en aquel pequeño espacio, finalmente logró meterse debajo. Buscó en la caja de herramientas una llave, y luego se las arregló para separar la unión. En el momento en que él palpó la caja de cambios del vehículo comprendió que Alexis no había puesto el freno de emergencia. Con una violenta arremetida trató de salirse rodando de debajo del camión mientras éste se movía hacia adelante. Iván dejó escapar un grito desesperado: “¡Retroceso!”

Lo extraño en los siguientes minutos fue que

Iván estaba consciente de todo: de la rueda de atrás que lo estaba apretando sobre el hombro y el pecho, del horror en la cara de Fyodor, de la agitación del motor del remolcador a medida que Alexis trataba repetidamente de hacer que éste retrocediera. El olor a caucho desgastado y aceite llenaba las fosas nasales, mientras él seguía en aquella intensa oscuridad debajo del camión. De soslayo podía ver la linterna que se había rodado hacia la carretera. Sobre la pequeña esfera de su luz comenzaron a volar los insectos. El dolor estaba penetrando rápidamente por el pecho, deteniendo la libre respiración. Iván estaba perfectamente consciente de que Alexis no podría hacer que el camión retrocediera. Con toda seguridad, pronto estaría con el ángel. “¡Jesús! ¡Jesús!”

Con leve traqueteo, el motor rugió y los seis pares de ruedas rodaron hacia atrás. El mismo Iván se salió de debajo del camión, y cayó desmayado en la carretera sobre su brazo y su pecho destrozados.

Cuando él abrió los ojos, le parecía que una sábana de dolor estaba ardiendo sobre él. Al fin logró ver a un pequeño grupo de médicos junto a su cama, y más allá de ellos, una pared blanca y una estrecha ventana con cortinas onduladas de algodón blanco. Trató de hablar, pero su boca estaba reseca de fiebre.

Uno de los médicos se inclinó hacia él con interés, tratando de leer la pregunta que había en sus ojos. Era una doctora que le habló con voz bondadosa: “Iván Vasilievich, usted ha sido transferido al Hospital Militar de Simfernopol”.

La expresión de ella permaneció sin cambio cuando le sacó el termómetro de debajo del brazo.

Una enfermera comenzó a lavarle la cara con agua fresca. El trató de chupar la humedad del paño cuando le tocó los labios. Sonriente, ella le sostuvo un vaso de agua para que tomara. Parecía que el más leve movimiento le producía una inundación de dolor. La más leve respiración le demandaba un enorme esfuerzo. Los ojos de él siguieron mirando la mano de ella mientras colocaba el vaso sobre una pequeña mesa que estaba junto a la cama. El brazo derecho de él yacía fuera de las sábanas. El lo miraba asombrado. Toda la mano y la muñeca y la parte del brazo que él podía ver, que no estaba cubierta con vendas, tenían un color negro pardusco. Parecía que no estuvieran unidas a su cuerpo. Era imposible para él intentar hacer el más pequeño movimiento con los dedos hinchados de la mano. Sin embargo, en medio del dolor, podía extender la mano izquierda y tocarse la muñeca derecha y la parte de atrás de esa mano: estaba fría como el hielo. El resto de su cuerpo lo tenía ardiente.

Con la ayuda de la enfermera, que lo puso en una posición medio sentado, sediento, tomó ávidamente más agua. Se daba cuenta de que estaba en un pabellón grande. Algunos de los pacientes parecían muy enfermos y les habían atado botellas que les administraban suero gota a gota, y tubos, y máquinas vibratoras. Algunos estaban dormidos. Otros estaban convalesciendo, y como ancianos encorvados se bajaban de la

cama a la silla y con cuidado se sentaban a leer. Unos pocos observaban a Iván intencionalmente.

La enfermera se retiró, llevando consigo la jofaina y el paño que había empleado para lavarle la cara a Iván. Este cerró los ojos y comenzó a orar.

A la hora de la cena, un cirujano se presentó para decirle a Iván que habría que practicarle una intervención quirúrgica por la mañana. Que habían enviado un especialista para que realizara la operación. Su brazo derecho que estaba tan aterradoramente frío le iba a ser amputado. Habría que quitarle parte de su estrujado pulmón.

Iván observó que el médico salió del pabellón, deteniéndose ocasionalmente al lado de algunas camas mientras avanzaba fatigadamente hacia el corredor. Su bata blanca se movía de un paciente a otro, haciendo una pausa, dando una breve indicación afirmativa con un movimiento de la cabeza, con la parte de atrás de sus hombros doblada por la fatiga. Cuando él se hubo ido, los pacientes volvieron a sus luchas privadas con depresión, o dolor, o soledad. Por la mente de Iván pasó una desesperada determinación de rechazar las palabras del cirujano. Su corazón palpitaba contra el pulmón herido. Comenzó a sentir horror con el pensamiento de que su cuerpo carecería de un brazo. "Con mi voz clamaré a Jehová; con mi voz pediré a Jehová misericordia. Delante de él expondré mi queja; delante de él manifestaré mi angustia.

Cuando mi espíritu se angustiaba dentro de mí, tú conociste mi senda. Clamé a ti, oh Jehová; Dije: Tú eres mi esperanza, y mi porción en la tierra de los vivientes. Escucha mi clamor, porque estoy muy afligido”.

De algún modo, Iván debía bajarse de la cama. Sentía que estaba cayendo en una aflicción en la cual no podía orar ni tener esperanza. En un apuro de angustia hizo el esfuerzo de acercarse al borde de la cama y bajó las piernas por un lado. Se tambaleó desatinadamente en busca de equilibrio, pues el dolor le había oscurecido los ojos y no veía nada en el salón. La desesperación le dio respiración.

Todos los ojos de los que estaban en el salón estaban fijos en él con temor y asombro. “Con mi voz clamo a Jehová; con mi voz pido a Jehová misericordia. Delante de él expongo mi queja; delante de él manifiesto mi angustia. Cuando mi espíritu se angustiaba dentro de mí, tú conociste mi senda . . . Clamo a ti, oh Jehová; Dije: Tú eres mi esperanza, y mi porción en la tierra de los vivientes. Escucha mi clamor, porque estoy muy afligido”.

Una enfermera que pasaba se detuvo en la entrada y luego penetró en el salón lentamente.

“Saca mi alma de la cárcel, para que alabe tu nombre . . . Porque tú me serás propicio”.

La enfermera le puso la mano debajo del codo y lo guió hacia la cama.

Un gran gozo parecía conmover el cuerpo de él. Iván sonrió súbitamente. “Tú *me serás propicio*”.

Mientras recordaba a la enfermera que le había lavado la cara, se sumergió en una bendita oscuridad.

Eran las seis de la mañana cuando despertó. Durante unos momentos, Iván se quedó acostado sin movimiento, tratando de retener la dulce claridad de un sueño. Gradualmente llegó a estar consciente de que estaba acostado boca arriba y no doblado sobre su lado no herido. Su respiración era tranquila. Con cautela respiró profundamente. Sus brazos los tenía doblados sobre su cabeza y podía mirar el vestíbulo, aunque todavía el sueño lo envolvía. Tranquilamente comenzó a darle alabanza al Señor por el gran alivio de este sueño. Con cuidado movió su brazo derecho de detrás de la cabeza y lo puso a un lado. Estaba perfectamente sano. Las uñas las tenía rosadas, la carne todavía un poco curtida como consecuencia de su trabajo en la recolección de la cosecha. Con ambos brazos se levantó y se sentó, y se bajó de la cama. Sonriendo maravillado por la realidad del sueño, le dio unos golpes leves a la almohada y al borde de la cama. Festivamente, levantó un brazo por sobre la cabeza, luego, el otro. Con las manos puestas en la cintura hizo unas pocas genuflexiones profundas.

Con una suprema felicidad se arrodilló a orar allí mismo donde terminaba la cama. Suavemente susurró alabanzas: "Alaba, oh alma mía, a Jehová. Alabaré a Jehová en mi vida; cantaré salmos a mi Dios mientras viva. Jehová abre los ojos a los ciegos; Jehová levanta a los caídos; Jehová ama a los justos. Alabado sea el Señor".

Casualmente, el hombre de la cama del lado comenzó a gemir. Uno que estaba en el otro lado del pabellón estaba luchando para alcanzar un vaso de agua. La luz del día dibujaba el cielo color pizarra en la ventana.

La semejanza del sueño con la vida real divertió a Iván. Con un suspiro soñoliento se trepó a la cama. Se imaginó que estaba flotando en un delicioso sueño.

La enfermera del día sacó mecánicamente el termómetro de la gaveta de la mesa de Iván. El abrió los ojos y la miró soñolientamente. Ella mantuvo el termómetro suspendido en el aire mientras miraba a Iván con temor. En un instante se marchó.

Unos rápidos pasos en el vestíbulo lo hicieron despertar la segunda vez. El cirujano estaba de pie junto a la enfermera. Otros cuantos médicos corrían apresuradamente hacia el salón. Todo el mundo parecía estar sobresaltado.

Iván se sentó para ponerse a la defensiva. ¿Qué estaba sucediendo? De repente una gloria lo envolvió. ¡Estaba sentado! Se quedó mirando sus manos que las tenía delante de sí. Las ataduras estaban con las vendas sobre la cama. Extasiado, comenzó a respirar profundamente. Se frotó las manos, luego las separó maravillado.

El doctor estaba aterrado. Trató de rebuscar algunas palabras. La enfermera se retiró un poco de la cama.

Finalmente, con una voz quebrantada, habló el médico:

—¿Me permite tomerle la temperatura, cama-

rada Moiseyev?—Iván estaba inundado de felicidad.

—Por supuesto, camarada doctor, que no necesito que se me tome la temperatura.

El cirujano continuó mirándolo. Finalmente colocó la medicina sobre la mesa. Vacilantemente, levantándole la manga de la bata que se usaba en el hospital, le examinó el brazo, volviendo sus ojos cada rato hacia el fulgor de la cara de Iván.

—Comprendí—habló Iván—que usted no podría sanarme y acudí a mi Médico celestial, el cual me sanó anoche.

Iván notó que la enfermera tenía la cara pálida y que se había unido a un pequeño grupo de empleados que estaban pasmados.

—¡Mire!—continuó Iván con desdén, tirando la cobija sobre la cama y poniéndose de pie en el piso—. Anoche yo estaba muy enfermo. Mi temperatura era muy alta.

La enfermera comenzó a temblar mientras asentía con la cabeza.

—Ahora le mostraré lo que mi Dios puede hacer—dijo Iván, entregándole el termómetro al doctor, el cual lo sacudió y lo colocó bajo la lengua de Iván. Algunos de los pacientes del pabellón estaban reuniéndose en torno a la cama. Otros se llamaban suavemente de una cama a otra, para tratar de saber o de informar lo que estaba ocurriendo.

El médico le quitó el termómetro. —La temperatura es normal, Moiseyev. Obviamente. Sin embargo, sírvase volver a su cama.

Para Iván fue difícil cumplir esta orden. El

quería saltar, gritar, llenar el salón de alabanzas a Dios. Cuando el pequeño grupo del personal del hospital se hubo retirado definitivamente, él se enderezó y, recostado sobre un codo, comenzó a decirles a todos los que estaban en aquel electrificado pabellón lo que Dios había hecho mientras él dormía.



10

*Lo que entra
con la leche sólo
sale con el alma.*

El teniente coronel Malsin cerró de un golpe el libro de informes sobre el escritorio. Nunca antes había recibido una llamada telefónica tan exasperadamente. El cirujano general de Simfernopol era un idiota incompetente. El día anterior le había informado que a Iván Moiseyev había que practicarle una intervención quirúrgica fundamental. ¡Magnífico! Que le amputaran el brazo si no podían salvárselo. Moiseyev estará lejos de su unidad durante un tiempo muy prolongado. Por supuesto, él entendía eso. La condición de Moiseyev era crítica, ciertamente crítica. El asunto estaba arreglado. Malsin admitió para sí mismo que había sido aliviado al no tener a Moiseyev de regreso en Kerch. Parecía que el destino estaba en favor de Malsin. Moiseyev estaría impedido, tal vez sería licenciado del ejército. De cualquier modo, ya no sería más problema para Kerch.

Pero ahora, el cirujano general telefonea un

informe descabellado. No habría necesidad de operación. Varios cirujanos habían examinado a Iván Moiseyev y habían comprobado que había sido milagrosamente sanado. ¡Un hombre de ciencia echando saliva con respecto a milagros! Y el paciente que el día anterior estaba críticamente enfermo ya había sido dado de alta en el hospital y estaba en un autobús de regreso a su unidad. ¡Un hombre de ciencia! Malsin se encargaría de que este hombre de ciencia fuera acusado. Obviamente tal hombre era inestable e incapaz. Malsin ciertamente recomendaría que lo examinara un siquiatra.

La voz del cirujano le había parecido temblorosa por teléfono. Malsin trató de descartar el tono de sinceridad que había en sus palabras. “Coronel, por primera vez en mi vida veo que realmente existe Dios. ¡El sanó a Moiseyev! Este está en perfectas condiciones. ¡Aun con varios meses de trabajo no hubiera podido yo hacer nada como eso!

A Malsin le disgustó que el científico tratara de ocultar la incompetencia. Si había cometido un horrible error en el diagnóstico, mucho mejor admitirlo y atenerse a las consecuencias. Con una satisfacción repulsiva, Malsin escribió el informe sobre el hecho de que Moiseyev había sido dado de alta por los médicos. Todas las palabras que el cirujano del ejército había dicho con respecto a milagros y a Dios serían enviadas a Moscú. Tocó la campana del escritorio para llamar al secretario a fin de que escribiera a máquina el informe.

Malsin respiró profundamente mientras se

servía su vodka. La Dirección Política estaría dispuesta para hablar con Moiseyev tan pronto como regresara.

La mayor parte del viaje de regreso a Kerch lo pasó Iván sentado orando y alabando a Dios en su espíritu, observando el campo en las postrimerías de noviembre que pasaba rápidamente envuelto en una helada neblina gris. Cualquier día comenzaría a nevar. Los agricultores que estaban lejos en los campos daban un saludo de camaradería al autobús cuando pasaba. Pequeños pueblos como el de Iván parecían agazaparse sobre la tierra fría en busca de calor. Los niños pequeños, con sus gruesas ropas abrigadas, se ponían de pie sobre los charcos congelados a considerar el misterio del autobús, mientras sus abuelitas se inclinaban pacientemente para hablarles al oído. Todo esto le encantaba a Iván: el pueblo, el inmenso firmamento, los campos hasta donde podía verlos, los trabajadores que lanzaban los últimos guacales. Se sentó erguido contra la ventana del vehículo, orgulloso de ser parte de esa corriente de vida que era la Unión Soviética

“A menudo me ha acontecido—les había escrito una vez a sus padres—que luego de una poderosa manifestación del poder de Dios sobre mí, Satanás se aíra y trata de hacer lo mejor que pueda para causarme mal”. Ahora, cuando estaba a pocas horas de Kerch, trató de preparar su corazón para lo que pudiera esperarlo en la base. Pero lo repentino y vicioso de los ataques desde el momento de su llegada lo conmovió.

El comisario Dolotov, del cuartel general de Crimea, había dado la orden: "Moiseyev tiene que ser quebrantado". El jefe de la *Polit-Ruk* y el jefe militar de Kerch tendrían que responderle por Moiseyev. Ya Moiseyev había pasado un año en el servicio militar y todavía era un público creyente religioso. No debía haber posteriores incidentes ni problemas procedentes de los hombres de la unidad de Iván. El mal manejo del caso haría que tanto Gidenko como Malsin fueran arruinados.

No bien acababa de desempacar Iván cuando fue llamado primero ante un oficial de la Dirección Política, luego, ante el otro. Se le investigó, se le preguntó, se le reconvino. Se lo llamaba a interrogatorios cuando estaba en clase, durante las comidas, y a menudo en medio de la noche.

Se sabía que en la vida civil, él había tomado parte en las actividades ilegales de una iglesia que no estaba inscrita. Era un hecho conocido que él había estado empeñado en una obra subversiva en el ejército. ¿Cuántos soldados soviéticos habían sido arrastrados ya hacia el remolino de sus fantasías, apartados de sus actividades constructivas hacia conversaciones y actividades secretas? El podía ser sentenciado en cualquier momento a siete años o más de trabajos correctivos en el campo, por agitación antisoviética, según el Artículo 58, párrafo 10, del código criminal. El era indiferente a las demandas de trabajo militar. Frecuentemente parecía estar ausente de las clases y de los ejercicios de entrenamiento. Habían muchas hojas de quejas contra él de parte de los oficiales supe-

riores. El era insubordinado. La KGB (policía secreta) estaba haciendo investigaciones con respecto a él. Sería necesario hacerle un examen siquiátrico, un examen médico y un examen político. ¿Si hay Dios, por qué nadie cree en El? ¿Puede él citar las declaraciones de Marx, Engels y Lenín con respecto a Dios? ¿Será posible de que esté sordo?

Los gritos podían continuar durante horas. Iván trató de no poner atención. No era necesario por cuanto las preguntas muy frecuentemente eran retóricas. Cuando le exigían respuestas, repetidamente lo hacían en forma tan violenta, a menudo con un golpe en la espalda o en la cabeza “para despertarlo”, que podía pasar un largo intervalo en el cual Iván se concentraba a orar.

“¿Qué es lo que pasa que usted está retirado; no toma parte en las actividades culturales? ¿Por qué los hombres de otras unidades de la base algunas veces acuden a usted a hacerle preguntas? ¿Quiénes son estos hombres? ¿Admite usted que trata de convertir a otros hacia su religión? ¿Entiende usted que tal actividad está prohibida por la ley? Su continua desobediencia se entiende como un loco deseo de suicidio... Usted se halla en un delirio religioso cuando habla de ángeles y de sanidades. ¿No es verdad que tales cosas están absolutamente contra la filosofía del comunismo científico de Lenín? Lo que usted dice acerca de la insignificancia de la vida sin Dios, ¿no es una simple desintegración de la conciencia? ¿Cuáles son los amigos que usted tiene en Odesa?

¿Cuándo ha estado usted en Odesa? Hay inconsecuencias en centenares de respuestas suyas. ¿No tiene usted un mandamiento que le ordena no mentir? ¿Qué dice usted de su lealtad al Estado soviético? ¿No ha quebrantado usted su juramento de lealtad al ejército? ¿Por qué los ateos no engañamos a nadie, pero ustedes los creyentes engañan al Estado con cultos secretos y publicaciones ilegales? Ustedes están fuera de armonía con la sociedad . . .

“Sólo son los enemigos potenciales los que niegan la filosofía marxista. Usted no puede ser considerado como un ciudadano soviético. Usted se ha unido a una gente corrompida contra la cual el Estado tiene que luchar y pelear. Estamos estableciendo el comunismo en el ejército, más que en cualquier otro aspecto de la vida soviética. ¿Cómo puede usted insistir en que es un soldado leal y, sin embargo, buscar por medio de sus creencias socavar el sistema filosófico científico del ejército y de nuestros estados soviéticos?”

Había algunas horas en que el mismo Malsin se unía a los interrogatorios de Gidenko. En esas oportunidades, aquél mismo dirigía el interrogatorio, con su voz apretada por la frustración. Moiseyev era insubordinado, rehusaba la instrucción, rechazaba el consejo, continuaba creyendo y enseñando un fanático punto de vista individualizado, con el propósito de socavar la estabilidad y el funcionamiento de su unidad y de su división en el ejército soviético.

De repente despedían a Iván. De algún modo, volvía al salón de clases, o ingresaba en medio de

una sesión de entrenamiento militar, o de un ejercicio en que tenía que ponerse al día, tomar parte en las pruebas, responder a interrogatorios. Si resultaba incapaz de hacer lo que se le requería, se le anotaría una queja, e Iván observaría impotentemente que el instructor anotaría una vez más su nombre en la lista de los evasores.

El invierno ya parecía desvanecerse para dar paso a la primavera de 1972, como una borrosa pesadilla de movimiento lento. Iván sabía que la fatiga, el frío y la incertidumbre lo estaban agotando. Habría cortos períodos de sosiego en los cuales los días podrían pasar normalmente en la rutina del ejército, antes que las reuniones, y las entrevistas y los interrogatorios comenzaran de nuevo. Iván derramó su corazón delante de Dios.

El había descubierto que la puerta del depósito de su dormitorio era una puerta de emergencia y que permanecía destrancada toda la noche. Una ventana en la pared más lejana del estrecho depósito se abría hacia una puerta de emergencia al lado del edificio y que conducía hacia la calle. Con la ventana abierta para recibir las brisas del Mar Negro, y con una silla sobre la cual colocaba sus codos para orar de rodillas, Iván pasaba horas de las noches apacibles. En el profundo silencio de ese sitio había un hondo sosiego sanador. Percheros de uniformes fantasmales amortiguaban el murmullo de sus oraciones y lágrimas y el susurro de himnos, impidiendo que los soldados que dormían en el dormitorio se despertaran”.

Algunas veces lo invadía la nostalgia por el

hogar, a medida que los campos que rodeaban la base adquirían el verde de la primavera. Había noches en que Iván se sentía muy desanimado para orar. A menudo parecía que, por causa de la hora avanzada de la noche, sus respuestas a los jefes políticos y a los abogados llegaban a ser confusas. En los rostros de ellos, él veía que lo habían atrapado en alguna afirmación que les agradaba. Su mente divagaba grandemente en los interrogatorios, retornaba a Moldavia y al pequeño pueblo de sus padres y a la granja colectiva.

Esa noche, desde la ventana del depósito, él podía ver que la luna navegaba a través del firmamento en una corriente de nubes. La misma luna se elevaría sobre las viñas de Volontirovka. Iván está desilusionado. Al día siguiente tendría que comparecer en la oficina de Malsin antes del desayuno. “¡Señor Jesús, Jesús!” La tranquilidad de aquel sitio se hacía más profunda. “¡Jesús, no sé cuánto voy a soportar!” Había puesto la cabeza sobre sus brazos en la silla de madera. Algunas veces dormitaba esperando que la mano del Señor se manifestara. Una gentil melodía le arrullaba la mente, y él permitió que lo adormeciera en aquella brisa levemente abrigada que penetraba por la ventana abierta. Su brazo doblado le tapaba un poco el oído. Por tanto, volvió suavemente la cabeza hacia el cántico. Un destello de luz llegó a las pestañas sobre sus ojos cerrados. La música se hizo más dulce.

Una conmoción que le era familiar lo hizo ponerse de pie y correr hacia la ventana. El ne-

gro cielo oriental estaba iluminado con una hueste angelical. Sus mantos translúcidos parecían hechos de luces resplandecientes de diferentes colores y sus rostros estaban iluminados con una ardiente belleza. Parecían estarse moviendo, pero su posición en el firmamento nunca cambiaba mientras su canto aumentaba y se expandía en medio de la noche.

*A los confines tristes de la tierra,
Doquiera el hombre esté,
Llega la verdad del Evangelio
En torrentes de pura y poderosa fe.*

Luego de un largo rato, la luz de ellos se desvaneció. El cielo se puso menos oscuro y lentamente se cambió hacia un gris de perla. Se acercaba la mañana. Con lágrimas de arrepentimiento y felicidad, Iván se arrodilló para expresar alabanza y admiración. Una profunda quietud saturó el depósito. Todavía no cantaba ningún pájaro. Una voz inequívoca habló a su mente: "Te digo esto para consuelo de tu alma. Mañana no serás interrogado. Pronto saldrás de aquí".

Malsin se puso furioso por el hecho de que Moiseyev había salido de la base a cumplir una asignación como chofer. El había firmado una orden para que no se le permitiera salir. Malsin no podía tolerar un error craso en que una orden pudiera perderse como la tarea de un muchacho de escuela. La orden tendría que hallarse, y cualquiera que resultara responsable sería castigado. La parte de afuera de su oficina se había

convertido en una escena de alboroto. Los secretarios sacaban pilas de papeles de las gavetas y apartaban a los mecanógrafos militares de sus máquinas para revisar los cestos de papeles.

“¿Ha visto usted la orden?”—“¿No fue ayer por la tarde cuando fue enviada al sargento de la unidad?”—“Como usted sabe, a mí no se me entregó. ¡No tengo nada que ver con eso!”

Una caja de alambre que estaba llena de papeles se volvió, y se esparcieron como un tembloroso álamo en medio de una tormenta de viento. Más golpes aquí y allá, y más exclamaciones. Una puerta de la oficina externa se cerró de un golpe. La orden se había perdido definitivamente.

Iván pensaba que era muy bueno estar afuera en la carretera libre, con las vastas expansiones de campos esparcidas en torno a él. El camión se desplazaba fácilmente sobre la carretera asfaltada, con su carga de pan acomodada en la parte de atrás y dos veces cerrada con candado. Un grueso borde de ciruelos silvestres bordeaba esa parte de la carretera. Iván lo miraba frecuentemente, gozándose al ver los pajarillos que se lanzaban y salían de la espesura del follaje. El oficial subalterno que iba sentado en la cabina al lado de Iván era un soldado profesional, un agradable ucraniano que se las había arreglado para comprar un melón del huerto exuberante de una cocina cuando pasaron por una pequeña aldea. Se lo iba comiendo haciendo ruido, quitándole la corteza a la fruta con el filo de una navaja de bolsillo. De vez en cuando pasaban

algunas carretas de madera tiradas pesadamente por caballos uncidos al yugo.

Sin ninguna advertencia, Iván oyó una voz interna, o pensó que la había oído: “Vanya, reduce la velocidad”. El miró rápidamente hacia el velocímetro. Tenía la aguja firme donde indicaba 60 kilómetros por hora. El ucraniano continuó comiéndose el melón. El jugo le bajaba por el mentón y caía entre sus piernas.

¡Imposible que Dios le estuviera diciendo que bajara la velocidad! Iban a una velocidad muy moderada. Ya habían salido de la parte en que había precipicios y espesuras de alisos de apariencia fresca seguían un largo sendero que conducía inexplicablemente hacia el centro de un campo y luego desaparecían. “Vanya, reduce la velocidad”.

Sus ojos se levantaron hacia el espejo retrovisor. Atrás, así como adelante, la carretera recta estaba vacía. Vadim Harmansky lanzó la cáscara de su melón y se secó la boca con la parte de atrás de la manga. Cerró la navaja y la colocó en el bolsillo, para lo cual se elevó un poco sobre su asiento.

Algo que se daba golpes sobre la carretera atrajo la vista de Iván. Harmansky exclamó con asombro: “¡Camarada, ése es uno de los panes nuestros!” Otro objeto de color castaño también rodaba.

Dios nos está deteniendo. Con un rayo de comprensión, Iván acercó inmediatamente el vehículo a la orilla de la carretera y lo detuvo. El oficial saltó de la cabina y corrió hacia la parte de atrás del vehículo. “¡Mire esto, camarada, la

aldabilla está todavía cerrada y trancada con llave!” Miró hacia atrás por encima del hombro y vio que los panes salpicaban la carretera hasta donde podía ver. Rápidamente destrancó la cerradura. Los dos soldados se quedaron admirados. La mitad de la carga se había caído y estaba esparcida sobre la carretera.

Harmansky se frotó la nuca perplejamente.

—Vanya, dígame. Usted y yo, los dos juntos, trancamos estas puertas—movió la cabeza como para aclarar sus imaginaciones. Las cerraduras están en su puesto, pero el pan está en la carretera. He estado trabajando en este camión durante seis años, y nunca había sucedido nada como esto. Es imposible que estas puertas se abran solas. Y los dos las cerramos, lo recuerdo.

—¡Yo también lo recuerdo!—dijo Iván. El también estaba perplejo. Se inclinó a recoger un pan. —Mientras avanzábamos, Dios me dijo que redujera la velocidad, pero no me pareció que había razón para ello, y no obedecí. El Señor volvió a hablar otra vez a mi espíritu y entonces tampoco obedecí. Ahora El ha hecho que me detenga.

—Hay fábulas como ésa en las Escrituras. Mi abuela me las contaba cuando yo era niño—dijo el oficial mientras se levantaba la gorra y se rasaba la cabeza, e Iván retrocedía un poco y daba la vuelta para regresar a recoger el pan. Un autobús *Ikarus*, atestado de vacacionistas procedentes del Mar Negro, pasó rápidamente. —Mi padre fue un judío religioso. Todos los viernes por la noche iba a la sinagoga de Kiev y, cuando él falleció, mi abuela me contaba histo-

rias los sábados a la luz de las velas. Una vez me contó acerca de un sueño que se narra en las Escrituras, en que un gran pan de cebada llegó dando tumbos a un campamento del ejército de Madián. ¡El pan echó abajo completamente una carpa! Ella me explicó que eso significaba que habría una victoria para el general hebreo.

Harmansky sonrió mientras saltaba del camión a la carretera a recoger más panes. Mientras cerraba la puerta de la cabina y el camión retrocedía lentamente sobre su ruta, él siguió preguntando:

—¿Pero qué significado tiene el que Dios haga salir la mitad de una carga de pan por la puerta de atrás del camión? —sonrió tímidamente, pero mantenía fijos sus ojos sombríos sobre Iván.

—Por alguna razón, Dios quiso que redujéramos la velocidad. No sé cual sea la razón. Cuando no le obedecí, El hizo que el pan se escapara para hacernos detener. No sé por qué.

La tarea de recoger los panes, uno por uno, estaba consumiéndoles mucho tiempo en la tranquila carretera.

—¡Tal vez El lo hizo para castigarlo a usted!— le gritó Harmansky desde el otro lado de la carretera a Iván. A la vez le apareció una sonrisa forzada. —La próxima vez voy a pedir que den un chofer distinto.

Pronto volvieron a emprender la marcha, con el pan negro trancado con seguridad atrás. Harmansky reanudó la conversación: —Ustedes los bautistas son un grupo extraño, Vanya. Parece no importarles lo que les suceda. Tal vez yo crea en Dios algunas veces. Supongo que

muchas personas creen, un poco. ¿Pero cuál es el propósito de hacer la vida miserable cuando uno corre a transmitirle eso a las autoridades?

—En nuestro país tenemos libertad de conciencia— contestó lentamente Iván—. Nuestra Constitución dice que la gente puede estar libre para creer o no creer, según le parezca, y para practicar la religión o no practicarla. No debiera haber, pues, la necesidad de esconder el hecho de que uno cree, camarada.

—¡Usted está hablando acerca de leyes!— respondió el oficial mientras encendía impacientemente un cigarrillo—. ¿No comprende que al Comité de Seguridad Pública* no le importan un comino las leyes? —bajó la voz, aunque ésa no era su costumbre. —Estas cosas no se las digo yo a cualquiera, Vanya, pero usted es muy apreciado. Muchos lo conocen y han oído todo lo que usted dice acerca de Dios. No es secreto entre los soldados comunes que algunos han cambiado su manera de pensar con respecto al ateísmo por causa de usted y de lo que ellos han visto en su vida. Ahora, ellos también están bajo sospecha— levantó su mano para indicar advertencia cuando vio que Iván estaba a punto de responder—. En cuanto a mí, quiero poder decir, si se me pregunta, que usted nunca me habló a mí sobre religión. Así que, por favor, no eche a perder ese propósito.

El oficial se cambió de la posición cansada en que estaba y puso su espalda contra la puerta de la cabina: —Pero le digo, la KGB ha estado con

*KGB

Malsin y la *Polit-Ruk* haciendo preguntas con respecto a usted. Usted es un buen muchacho. No estoy diciendo que puedo explicar las cosas que le han sucedido. Yo trato de no saber acerca de ellas o de no pensar en lo que sé de ellas. Pero todos comprenden que usted es una buena persona. ¿No puede usted elegir un modo de vida en el cual quede por fuera de las aflicciones? ¿Qué utilidad tiene usted para alguno, encerrado durante horas y días con las autoridades, y cuando lo sacan de la cama, o cuando lo llaman para interrogatorios todo el tiempo? Algún día su vida será destruida y cualquier bien que pudiera haber hecho se perderá. Con toda seguridad, usted ha pensado que pudiera ser arrestado. Es asunto suyo, por supuesto, si quiere malgastar así la vida.

Harmansky fue arrastrando la voz ante el horror de la escena que se aproximaba delante de ellos en la carretera. El autobús *Ikarus* que había pasado cuando ellos estaban recogiendo el pan yacía retorcido en la zanja al lado de la carretera. Los cuerpos estaban esparcidos en todas las direcciones. Algunos estaban atrapados en una grúa volcada con la cual aparentemente había chocado el autobús. Varios carros de pasajeros estaban también aplastados en lo que parecía haber sido una colisión en cadena. El cuerpo de un anciano colgaba grotescamente de un parabrisas destruido. Los carros de la policía y las ambulancias estaban comenzando a llegar. Había carreras hacia atrás y hacia adelante en medio del reguero de vidrios rotos, que estaban resbaladizos por haberse mezclado con sangre.

Terribles gemidos llegaban procedentes de todas las direcciones.

Iván y Harmansky se quedaron pálidos sentados en la cabina del camión.

—Si no nos hubiéramos detenido a recoger el pan—dijo Harmansky con voz apagada—aquí estaríamos metidos en este accidente. Hubiéramos podido perecer. Dios le salvó la vida—las lágrimas le brotaron de los ojos. Sus manos que se movían tanto estaban firmemente puestas contra el tablero de instrumentos del camión.

—Dios salvó *nuestras* vidas—habló Iván con dificultad. Su voz estaba llena de emoción. —El no sólo me ama a mí. El ama a todos. Y lo ama a usted, camarada.

Súbitamente, Harmansky inclinó la frente sobre las manos y comenzó a llorar.



11

*Todo grillo conoce su
propio fogón.*

Malsin escupió el pedazo de uña que se acababa de arrancar con los dientes y se chupó la punta del dedo que le quedó descubierta. Sus manos estaban adoloridas. El estaba enfermo de fumar excesivamente, y delante de él sobre el escritorio estaba otra vez abierto el expediente de Iván Moiseyev. Sin embargo, habría que hacer otro informe. Esta vez sobre la perturbación causada por Moiseyev y el camarada oficial Harmansky en su regreso a la base con el camión del pan. Ya había muchísimos incidentes, registrados, no explicados, no corregidos.

Claramente, no habría fin para estos incidentes. ¿Qué debía escribir? “La rutina normal de la base fue perturbada la semana pasada por informes en el sentido de que Iván Moiseyev y Vadim Harmansky dijeron que Dios había impulsado el pan del ejército para que se saliera del vehículo que estaba trancado con llave hacia la carretera, con la finalidad de dete-

nerlos para que así no estuvieran envueltos en un serio accidente". El mismo Malsin había investigado entre el grupo de soldados que se formó en torno al camión en que se hacía la entrega del pan. Harmansky había estado llorando cuando relató el suceso. Obviamente, él había sufrido un colapso nervioso. Un nuevo pensamiento perturbó a Malsin. Tal vez él ha debido arrestar a Harmansky por negligencia. Era muy obviamente un caso de irresponsabilidad, por cuanto él no había trancado con llave la puerta de atrás del camión. Se encogió de hombros. Ya el hombre estaba en consulta siquiátrica. Mejor dejar las cosas así.

¿Pero por qué tenía que ocurrir esto con Moiseyev? Siempre Moiseyev.

La Oficina de Asuntos Especiales había verificado lo relativo al accidente del autobús, y esto agregó más excitación en la base. Moiseyev había sido un genio al ser capaz de explotar esta situación con el fin de afirmar que Dios había hecho un milagro más.

A pesar de todos los procedimientos de reeducación, Moiseyev continuaba propagando sus puntos de vista. Malsin se había sentido satisfecho al comprobar que, por lo menos, Moiseyev había asistido a una congregación no inscrita en Moldavia. Probablemente pudiera hacerse una acusación criminal basada en ese hecho, pero ése ya era un asunto pasado. El programa deliberado de desobediencia de Iván era el que consumía a Malsin día y noche. Repetidamente se le había ordenado guardar silencio con respecto a sus creencias religiosas. Los oficiales militares y los

de la Dirección Política habían trabajado con él en toda forma legal posible. Y también en otras formas.

Una brisa de mayo, procedente de la ventana que estaba abierta, esparció la ceniza del cigarro sobre los papeles que tenía en el escritorio. Malsin continuó mirando la pila de informes acerca de Moiseyev, sin preocuparse por quitar de encima las cenizas.

La situación estaba llegando a ser desconcertantemente difícil de manejar. Tenía bajo su mano el informe del hospital militar de Simfernopol con su sello oficial. Los doscientos hombres que estaban en el convoy, al regresar de la cosecha en el otoño anterior, afirmaban creer que alguna clase de sanidad sobrenatural había curado las heridas de Moiseyev. Sin duda, ellos estaban siendo influidos por relatos que se filtraban de la oficina del cirujano general. El recuerdo de la voz quebrantada del cirujano por teléfono todavía irritaba a Malsin. “ ¡Por primera vez en mi vida comprendo que realmente existe un Dios!” ¿Qué clase de médicos tenían en Simfernopol? No eran gente de ciencia. ¡Malsin no llevaría allí ni siquiera a un animal! Encendió otro cigarrillo. Por fortuna, los hombres que estaban en el convoy habían sido de muchas unidades de diversas ciudades. ¿Qué hubiera ocurrido si el convoy hubiera sido íntegramente de Kerch? ¡Doscientos hombres que regresaban a la base con relatos irracionales sobre milagros!

Todos los sucesos tenían causas naturales. El hecho de que Moiseyev hubiera permanecido de

pie sobre la nieve: tal vez tenía alguna habilidad innata para resistir el frío. En la guerra se había sabido que algunos hombres habían sido capaces de realizar hazañas sobrehumanas. El heroísmo, en vez de ser intrepidez, algunas veces llegó a ser asunto de que un hombre no oyera una orden o que fuera demasiado estúpido para entender una estrategia. Algunas veces era un accidente genético el que hacía que un hombre aventajara momentáneamente a sus compañeros como, por ejemplo, el daltonismo o la corta estatura en las trincheras. Tal vez lo de Moiseyev se pudiera explicar genéticamente. Ciertamente, él había resistido un frío increíble, y la presión en las sesiones de reeducación en la prisión de Sverdlovsk, es decir, si los informes que se le habían enviado de Sverdlovsk podían creerse. El cigarrillo del Malsin se quemó hasta el cabo. Lo tiró impacientemente en el rebosado cenicero.

No había duda de que a Moiseyev habría que someterlo a un juicio formal. Durante 18 increíbles meses, él había desafiado abiertamente al ejército rojo y les había hecho resistencia a los más dedicados esfuerzos políticos para su reeducación. La insistencia de él en que no había quebrantado ningunas leyes soviéticas, sino que estaba sufriendo por ser creyente en Cristo, era una calumnia directa contra el Estado soviético y contra el orden social. Esa era también una razón suficiente para arrestarlo. La Constitución de la U.R.S.S. garantizaba la libertad de conciencia a todos los ciudadanos soviéticos. La persecución religiosa no ocurría en la Unión Soviética.

Malsin estaba cansado. Había estado durmiendo muy poco. El caso le era inconveniente, pero una acusación tendría que hacerse contra Moiseyev, contra sus actividades ilegales, contra su pública predicación de la religión y contra el desafío que le presentaba a la realidad soviética. Dolotov había dicho claramente que una persona que tuviera tales conceptos nunca podría salir del ejército rojo. El le había recordado a Malsin que una de las funciones del servicio militar era la de purificar a la sociedad de movimientos impulsivos que actúan contra los intereses de las clases trabajadoras. Se nombraría un tribunal. Como sólo le quedaban seis meses de servicio a Moiseyev, tendría que ser juzgado, sentenciado y sacado de allí, mucho tiempo antes que se presentara el asunto de su licenciamiento. Malsin hizo sonar la pequeña campana de su escritorio. Luego de algunos momentos, la puerta de la oficina se abrió lentamente, y el soldado raso que estaba en guardia miró hacia adentro.

Malsin se aclaró la garganta impacientemente. No le gustó el hecho de que el soldado raso era de la unidad de Moiseyev.

—Tráigame a Iván Moiseyev. Quiero que venga a mi oficina inmediatamente.

La puerta se cerró rápidamente, y luego se volvió a abrir. El soldado lo miró con incertidumbre: —Lo siento, señor. Moiseyev salió ayer para Moldavia, haciendo uso de su segunda licencia del año. No regresará durante ocho días. No estará aquí hasta el 12, señor.

—¡Maldito sea!— vociferó Malsin con furia y

fatiga—. ¿Cómo es posible que casos especiales como el de Moiseyev sean procesados junto con todos los demás? ¿Cómo es posible que no se me haya consultado? ¡Nunca tuve la intención de que él obtuviera licencia para ir a su casa!— Malsin estaba mirando furiosamente al soldado raso, avanzando hacia él con cada pregunta, de tal modo que éste palideció de temor.

—No lo sé, señor. Lo siento. Hubo algún error.

— ¡Lárguese de aquí!

La voz de Malsin estaba asfixiada por la ira. No era posible hacer un trabajo rodeado por la incompetencia. Su esposa estaba trabajando. Iría a su casa. Atestando el maletín con los papeles que estaban en una mesa junto al escritorio, intencionalmente se salió de la oficina, con la determinación de llevar pronto la perturbación de Moiseyev a su fin, con lo cual esperaba llenarse de nueva energía.

Todas las ventanas de la pequeña casa de madera estaban ampliamente abiertas para recibir la dulzura del sol mañanero del domingo de la primavera. Se necesitaba aire, pues los creyentes en Cristo se apiñaban adentro. Los jóvenes se quedaban inclinados hacia adentro en los antepechos de las ventanas por fuera. Sus voces llevaban el canto a través de exuberantes campos y agradables praderas. Esa mañana no estaba ausente ningún creyente, por cuanto el hermano Iván había recibido licencia del ejército para ir a su hogar. La joven Svetlana Petrovna se esforzaba en la ventana por ver a

Iván, pues se había sentado al frente del salón, en un lugar de honor con los pastores. El estaba vestido con la misma ropa que siempre había utilizado para ir a los cultos, pero parecía que tenía más años de edad. Svetlana se preguntaba si ella también habría cambiado tanto así. Estaban cantando los himnos que todos apreciaban en Moldavia, uno tras otro. Esa era la manera de celebrar el regreso de Iván y de estimularlo. Svetlana se unió al canto con todo su corazón. Ella había oído que Iván estaba pasando por dificultades.

Varios pastores hablarían, pero Svetlana estaba segura de que, antes de terminar el culto, se le pediría a Iván que predicara. Ella inclinó su mentón sobre el antepecho y vio que todos los Moiseyev estaban sentados juntos cerca de los pastores. Cada una de sus caras brillaba de emoción y gozo. Aun algunos vecinos no creyentes se pusieron curiosos y estaban empujando a los jóvenes que estaban en las ventanas, tratando de mirar hacia adentro. Una mujer de la cual Svetlana sabía que era capataz de una fábrica de seda la retiró de la ventana mientras preguntaba: “¿Qué es lo especial que hay hoy? ¿Qué pasa aquí?”

Otros aldeanos se abrieron camino a través de los jóvenes y, a empujones, llegaron hasta las ventanas para ver. Nina Kopnik, una prima hermana de Svetlana, suspiró exasperadamente. Todos los jóvenes habían tenido que abandonar sus posiciones junto a las ventanas. “Pero los que no son creyentes cristianos oirán el Evangelio—le susurró Svetlana. ¡Alégrate!”

Luego del canto, los pastores invitaron a Iván para que hablara primero. El tomó una Biblia prestada y comenzó a leer algunos versículos del Antiguo Testamento.

“Entonces Jehová abrió los ojos de Balaam, y vio al ángel de Jehová que estaba en el camino, y tenía su espada desnuda en su mano. Y Balaam hizo reverencia, y se inclinó sobre su rostro”. Iván quitó los ojos del pequeño libro con una radiante sonrisa. “Aun hoy, Dios puede revelar sus ángeles a sus seguidores para demostrar su poder”. La capataza de la fábrica de seda que estaba en las ventanas cambió de posición. Tenía sus ojos puestos con fascinación sobre Iván. Svetlana logró echar una mirada a la expresión de Iván, de amante sinceridad. “También quiero citar a *San Marcos 14:35*, que dice: ‘Yéndose un poco adelante, se postró en tierra, y oró que si fuese posible, pasase de él aquella hora’. De modo que, estimados hermanos y hermanas, tales horas de aflicción que nos llegan representan tiempos de gran dificultad, y muchos hemos tenido estas experiencias. En tal hora, el Señor acudió a la oración. El estaba consciente de todo lo que le esperaba, pero nosotros no tenemos tal conciencia. En vez de ofrecerles un sermón, quiero invitarlos a orar. Así como el Señor Jesús oró, unámonos en oración”.

Algo que había en la voz de él hizo que las lágrimas ardieran en los ojos de Svetlana. La capataza y otras personas se retiraron encogien-

do los hombros. Al fin y al cabo, no era nada especial. Los bautistas siempre estaban orando. Svetlana se movió hacia adelante con los otros jóvenes, hacia los puestos que antes estaban ocupando en las ventanas. De modo que Iván no iba a predicar. En vez de ello, había pedido que oraran.

No fue sino luego de haber terminado el largo servicio religioso cuando los adultos permitieron que los jóvenes buscaran puestos alrededor de Iván, haciendo que la sala, que ya estaba atestada, rebosara. En la bienvenida que le dieron los jóvenes había timidez. Ninguno quería hacer preguntas perturbadoras, sin embargo, todos querían saber los detalles de las dificultades por las cuales estaba atravesando. Alguien cerró suavemente las ventanas y la puerta del frente. Una abuelita que estaba sentada junto a él, levantándole el brazo lo estimuló: "Vanya, Vanya, díganos cómo ha sido todo eso"; la voz de ella estaba quebrantada con amante emoción.

Esa fue una tarde que Svetlana nunca olvidaría. ¡Qué cosas tan maravillosas había hecho el Señor! ¡El milagro de la sanidad de Iván! ¡El milagro del pan! ¡El de la licencia del sargento! A menudo surgían himnos de alabanza en respuesta a los relatos de Iván. Otras veces, algún hermano o alguna hermana oraba a favor de los oficiales de Iván, por los nuevos hermanos que estaban en el ejército, de los cuales les había contado Iván, por otros soldados que habían oído el Evangelio. Algunas veces las voces de todos caían en el silencio, e Iván, con su rostro

iluminado por la felicidad de estar en el hogar, hablaba otra vez de las maravillosas obras de Dios.

La oscuridad estaba cayendo cuando los Moiseyev se marcharon por el polvoriento camino que conducía de la casa de oración de Slabodzeya a la aldea de ellos, Volontirovka. Los niños más pequeños estaban soñolientos, tambaleándose al lado de la madre, sin pensar en la generosa luz que ponía una capa de oro sobre la curva de las montañas y un verde tierno sobre las copas de los árboles. La hermana de Iván y dos de los hermanos mayores iban cantando himnos, y de vez en cuando le echaban una mirada de soslayo a Iván. Todo árbol, todo sendero y toda cerca por donde pasaban le eran sumamente conocidos a Iván. A medida que seguían caminando, Iván pudo ver la casa de su hermano casado, cerca de una pequeña espesura donde él había recogido hongos en los veranos.

Su padre, que mantenía el paso junto a él, caminaba en silencio, pues no quería perturbar los recuerdos que casi le eran visibles en el rostro de su hijo. Una oropéndola que hacía un llamado desde un árbol rompió el silencio con dulzura. “¡Tan bella!” dijo Iván, con voz baja, como si temiera romper el silencio del crepúsculo. Vasilio Trofimovich sonrió benignamente. A lo lejos, en los campos, él podía ver el equipo pesado de la granja colectiva esperando para comenzar las tareas del cultivo por la mañana. Abruptamente, Iván detuvo el paso y, con sus ojos llenos de lágrimas, agarró los brazos de su padre: “Papá, me es difícil decirle esto,

pero quiero que lo sepa. Nunca volveré a ver a Moldavia”.

Cosas como máquinas grabadoras y micrófonos eran tan extrañas en la pequeña casa de campo de Moiseyev como hubieran sido en la corte de San Petersburgo en los días de los zares. Pero el hermano Zheluak, de Slabodzeya, había aparecido con su grabadora la última noche que Iván estuvo en casa, entusiasmado con un plan. Durante varios años, Zheluak había grabado los programas radiales que él sintonizaba en su aparato de radio de onda corta, y los reproducía para su familia y para los creyentes después de los servicios. Sería algo sencillo grabar lo que Iván había dicho sobre sus experiencias en el ejército. ¿Por qué los creyentes cristianos de Suvorovskiy debían ser los únicos que oyeran las maravillosas cosas que el Señor había hecho con Iván en el ejército? Se podía grabar una cinta magnetofónica que los pastores podían llevar a toda Moldavia y reproducirla de congregación en congregación. ¡Eso sería una gloria para Dios y un estímulo para los hermanos!

Por alguna razón, cuando Iván comenzó a grabar, Joanna Constantinova comenzó a llorar. Los meses habían sido difíciles para ella cuando trataba de leer y releer lo que se adivinaba entre las líneas de las cartas que Iván enviaba a casa. Vasilio había tenido la esperanza de que cuando ella viera a Iván se le desvanecerían los temores; pero desde el momento en que Iván regresó, la señora casi no había podido dormir, mirando

a su hijo con una cara tan llena de preocupación que Iván había tenido que reírse al decirle: “Mamá, creo que usted lucharía contra todo el ejército rojo a mi favor”, con lo cual le estaba echando broma, y agregó: “Esas cosas están en las manos de Dios. Usted tiene que orar, Sí, pero no podemos cambiar a nuestro favor lo que ha de suceder. Lo que sea la voluntad de Dios, eso sucederá. Nuestra única preocupación es la de ser dignos de El”.

Joanna había tratado de sonreír cuando sus ojos se encontraron con la mirada de Iván, pero había una despreocupación en él que le llenaba a ella las noches de temor, y los días de terror. Nada podía sucederle. El era su hijo.



12

*En la tierra de los
desnudos la gente se
avergüenza de cubrirse
con ropa.*

Malsin se paseaba en su pequeño apartamento, caminando de ventana a ventana fatigadamente, mirando hacia abajo, hacia la movida calle de Kerch, para ver si veía la rápida figura de su esposa que se abría paso por en medio de la multitud. Su hijo de diez años de edad ya estaba inclinado en la mesa de la sala haciendo las tareas de la escuela. Ocasionalmente levantaba la cabeza para observar la impaciencia de su padre.

—Mamá llegará pronto a casa—él tenía el mismo modo de calmar de la madre—. Creo que ella se detuvo a comprar algunas verduras en el mercado.

Malsin movió la cabeza afirmativamente y se tiró en una silla.

El asunto de Moiseyev iba a salir mejor de lo que pensaba. Se sentía satisfecho. Pero Galina debía estar aquí. El quería decirle qué bueno había sido que Moiseyev hubiera obtenido licen-

cia para ir a su hogar. El intervalo le había dado tiempo para pensar, para planear una estrategia, para conferenciar con la Dirección Política del distrito, para ver las cosas con más claridad. El muchacho levantó otra vez los pálidos ojos azules de los libros. Los tenía llenos de luz: “¡Llegó mamá!”

Galina Ivanova abrió la puerta del apartamento con el pie, colocó rápidamente la bolsa de cuerdas llena de remolachas en la mesa de la cocina y junto a ella descargó un brazado de paquetes. Miró a su esposo tímidamente, se recuperó, y le sonrió cordialmente al niño que estaba en el otro cuarto.

—¿Quieres tomar té?—le preguntó ella, inmediatamente se movió hacia el grifo del vertedero con la tetera. Sus brazos ya estaban algo curtidos por el caliente sol de la primavera.

—Sí, recibiré el té con gusto—contestó Malsin, mientras sacaba otro cigarrillo del bolsillo. Luego inhaló el humo profundamente: —Te sentirás feliz al saber que me estoy sintiendo satisfecho con respecto al asunto de Moiseyev.

Galina colocó la tetera sobre la llama de gas con elaborado cuidado. Haciendo un esfuerzo para mantenerse en calma, se sentó en la silla que estaba al frente de su esposo. Las remolachas y los paquetes que estaban sobre la mesa servían de pared entre ellos.

—Habíamos convenido en no discutir este asunto.

—Pero la dificultad estaba en el hecho de que yo estaba incierto en cuanto a cómo proceder. No es un caso ordinario. Su misma misteriosa

habilidad para publicar su fanatismo, ha sido sumamente extraña. Se me vino a la mente que lo esencial era llevar hasta su último detalle todas las preguntas con respecto al desarrollo de su caso. Al fin y al cabo, fue muy bueno que él fuera enviado a su hogar con licencia. Su ausencia me dio el respiro que necesitaba. He planeado una estratagema con la más absoluta precisión.

—¡Una estratagema!—Galina se movió hacia la humeante tetera y mecánicamente vertió el agua hirviente en el pequeño samovar, que era un regalo de bodas que habían recibido hacía muchos años. ¡Cuánto habían cambiado los dos!

—Por supuesto, esto ha estado en tu mente, Galina—dijo Malsin empujando a un lado los paquetes para poder colocar en la mesa la taza de té que su esposa le entregaba—, y te ha puesto nerviosa. Ha estado pendiente sobre nuestras cabezas durante muchos meses. ¿Cómo crees tú que yo sé que no has dormido bien? Pues porque yo no he dormido. Es un milagro que yo no haya tenido que darle una explicación al *Spetz-Otdel** por las irregularidades que ha habido hasta ahora. Parece no haber fin para los trucos de este Rasputin, que con su inocente carita puede sacar de la bolsa.

—¡Un milagro!—repitió ella. La taza de la señora permanecía invisible detrás de las verduras. Malsin se irritó por el modo desagra-

**Spetsialnij-Otdel* ("Departamento Especial", es decir, KGB).

dable en que ella lo miraba y repetía las palabras de él.

—He entendido—prosiguió ella—que el Partido Comunista no cree en milagros. Tú estás empleando un extraño vocabulario.

—Estoy tratando de recordarte que tú también has estado bajo una tensión por causa de esto. Vine a casa para decirte que las dificultades con Moiseyev pronto serán resueltas. He tomado la determinación de ejecutar una acción decisiva. Esta mañana, él regresó a Kerch. Ya ha sido arrestado. Supongo que te pudiera ayudar a aliviar la mente el saber que, por medio de los agentes de seguridad, se ha establecido un proceso legal para juzgarlo, y ha sido arrestado formalmente.

—No quiero saber nada de ese proceso. Ni quiero saber nada de Moiseyev. Te he dicho muchas veces que no me hables de él.

Le era difícil no desdeñar la increíble debilidad de las mujeres. Aun hasta ese día había pocas mujeres que habían logrado el ideal socialista de la objetividad necesaria para una plena liberación. Una vez Malsin había tenido esperanza de que Galina fuera tal clase de mujer.

—El problema ha sido que Moiseyev está bastante dispuesto a ir públicamente a la cárcel. Está tan perdido en el laberinto de su imaginación que no le preocupa dónde se encuentra. Un lugar sería tan bueno como el otro para sus actividades antisoviéticas, su predicación bautista y para que florezcan sus “milagros”. ¡Qué victoria! ¡El ejército rojo provee tal clase de predicador para los campos de prisión!—Malsin inhaló

profundamente—. Todo hombre tiene su punto débil. Moiseyev también lo tiene. Hasta ese punto hemos determinado llegar.

La furia sofocó la voz de Galina Ivanova y la redujo a un susurro: —Te he dicho que no me digas estas cosas. Te he dicho que no las toleraré.

Con la velocidad del rayo se colocó al frente del sumidero del lavaplatos con la taza de té de ella. Intencionalmente levantó la taza y la hizo añicos de un golpe violento contra el lado del lavaplatos. Y en seguida se hizo pedazos el platillo con redoblada violencia.

En un arranque de ira, Malsin le asestó un golpe a su esposa, que la lanzó contra la pared de la cocina. Cuando se le devolvió el brazo agarró el maletín y se colocó en el pasillo del apartamento, mirando fijamente su cara enrojecida y sus desafiantes ojos. Deliberadamente tendió su mano dentro del cuarto para agarrar el lado de la puerta y le dio un portazo en la cara. Luego, con fría calma, caminó lentamente hacia la suave luz del sol. Maldita sea Galina.

Pese a que el tiempo del año era clemente, la celda estaba fría. Arriba en la pared, cerca del techo raso, la pequeña ventana había sido pintada de azul brillante. Afuera, el firmamento se extendía sobre la prisión, sobre la ciudad de Simfernopol. Más allá estaba una inmensa bóveda que cubría campos y montañas que brotaban para los deslumbrantes ríos con la temprana primavera; y al fin, los fragantes viñedos de Moldavia.

Iván había estado mirando durante horas hacia la ventana. Finalmente retiró los ojos de lo azul y trató de concentrarse para orar. Una sensación de ingravidez y de incorporeidad se apoderó de él. Era como si la vida real se hubiera detenido y él estuviera suspendido en la celda, incapaz de saber si los eventos que estaban ocurriendo en torno a él eran genuinos. ¿Era un melodrama de su imaginación el que le hacía presentir que podía morir? ¿Realmente había querido decir Malsin que no iba a ser sentenciado a prisión ni licenciado del ejército, si se negaba a cambiar sus convicciones? Con toda seguridad había entendido mal a Malsin. La lengua rusa era difícil. Posiblemente, algunas veces no la entendía.

Durante todo ese tiempo, él no le había tenido temor a la muerte, sino a la posibilidad de negar a Cristo, de negar las visiones angélicas, la sanidad de su cuerpo, el amor de Dios que muchas veces había llenado literalmente su cuerpo con un calor que le daba vida. El no estaba seguro de lo que se le pudiera hacer a un hombre detrás de las puertas cerradas de celdas especiales para hacer que se retractara, que blasfemara, que abrazara todo aquello que detestaba. Le tenía miedo, pues, a su propia debilidad.

Pero algo así como una sombra persistente parecía saturar su celda. Era imposible deshacerse de un pensamiento atormentador que recurría a él en mil diferentes formas. Al fin, esta muerte no lograría nada. Con renovada angustia, Iván se paseaba por la celda. Si le

tocaba morir, si resistía, si por el poder de Dios él podía resistir, entonces él se acabaría. Sólo eso. Un tormento de pérdida retorció violentamente su mente. Una vez, su porvenir se había extendido delante de él con la promesa de bien y misericordia todos los días de su vida. Las imágenes de su vida, su hogar, sus amigos, su campo se atropellaban sobre él. Comenzó a pensar en la novia que nunca tendría. Rostros de niños pequeños flotaban en el aire de su celda.

“¡Me estoy volviendo loco!” Se decía que la religión causaba locura. Desesperadamente, Iván fijó su mente en la Biblia: “Sálvame, oh Dios, porque las aguas han entrado hasta el alma. Estoy hundido en cieno profundo, donde no puedo hacer pie; he venido a abismos de aguas, y la corriente me ha anegado. Cansado estoy de llamar; mi garganta se ha enronquecido; han desfallecido mis ojos esperando a mi Dios. Se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza los que me aborrecen sin causa. Se han hecho poderosos mis enemigos.

“Dios, tú conoces mi insensatez, y mis pecados no te son ocultos. No sean avergonzados por causa mía los que en ti confían, oh Señor Jehová de los ejércitos; no sean confundidos por mí los que te buscan, oh Dios de Israel”.

El rostro de Prokhorov, el sargento armenio, apareció en su mente. Vio otra vez la maravillosa sonrisa con que había recibido a Iván luego de su regreso de los campos de cosecha. Vez tras vez, Prokhorov había abrazado a Iván, lo había besado en ambas mejillas, y lo había abrazado

otra vez, llamándolo “mi hermano”. Había cumplido su promesa de creer. El recuerdo de Prokhorov mitigó el dolor de Iván. Se acostó tranquilamente en la camilla de metal que había en su celda. Muchos habían creído. La carne de Iván se retraía de la prueba severa que le esperaba, ¿pero no probaría Dios que El es fiel? “¡Firme!, ¡Firme!” Decía Iván en alta voz. “Marcha adelante con las órdenes de Cristo”.

El acusador militar de Simfernopol había reunido los mismos desconcertantes cargos conocidos que Iván había oído tantas veces cuando había tenido que comparecer ante los oficiales de la *Polit-Ruk* de Kerch. De acuerdo con el Artículo 142, él fue acusado de haber violado el Código, por cuanto era miembro de una congregación bautista no inscrita de Moldavia. En la misma ciudad de Kerch, él había asistido a cultos religiosos no registrados, en horas que el ejército había provisto para su descanso y relajación. Según el párrafo 9 del Artículo 194, del Código Criminal, él fue acusado además de distribuir literatura que contenía declaraciones intencionalmente falsas que calumniaban al Estado soviético. Se reprodujo una carta que él había enviado a sus padres en la cual se incluía una referencia al hecho de que él estaba sufriendo por Cristo. “La libertad de conciencia se garantiza a todo ciudadano de la U.R.S.S. Usted ha mancillado deliberadamente al ejército rojo de la Unión Soviética”. El oficial del tribunal había levantado un

pequeño papel y comenzó a leer algunas líneas:

“Decreto de Lenín, punto cinco: *Se garantiza la libre celebración de ritos religiosos en tanto que no perturben el orden público, ni infrinjan los derechos de los ciudadanos de la República Soviética*”. Le echó una detenida mirada a Iván antes de continuar. “Repetidamente, camarada Moiseyev, usted ha infringido los derechos de los compañeros soldados de su unidad y de su compañía, y de otras unidades con los cuales usted ha estado en contacto. Su continua práctica de la oración y la predicación son intolerables para otros que lo rodean. Repetidamente se le ha ordenado que desista de este hostigamiento de órdenes, pero usted ha rehusado. Sus observaciones religiosas sobre la propiedad del Estado han violado los reglamentos sobre la separación de la iglesia y el Estado. A usted no lo condena este tribunal, sino sus propias acciones. Aun hoy se le concede una oportunidad para que acepte el juicio del tribunal, para que confiese su actividad anti-soviética y para que cambie públicamente sus puntos de vista. Se le concederán tres días para que piense sobre eso.

De Simfernopol había sido enviado de regreso a Kerch durante los tres días de espera. Luego había sido llevado a la prisión militar allí mismo. Volvieron a comenzar los interrogatorios. El mayor Gidenko y el capitán Yarmak leían las listas de acusaciones, gritando que sería en Kerch donde pasaría sus siete años de prisión. Iván cambió inquietamente su posición en el banquillo de los acusados. Gidenko le estaba

dando otro ultimátum de tres días. ¿Por qué no estaban dispuestos a sentenciarlo los tribunales? El les había dicho a todos repetidamente que estaba dispuesto a aceptar la prisión.

Malsin bostezó. Esa había sido una larga sesión con Gidenko, y Malsin había permanecido todo el tiempo. El no había vuelto a su apartamento desde la discusión con Galina. Abrigaba la idea de ir a su hogar, luego la rechazaba. El asunto de Moiseyev requería toda su atención. La estrategia que se había planeado debía llevarse a cabo con absoluta precisión y sin los increíbles tropiezos que habían plagado este caso desde el comienzo. Al permanecer en el trabajo había visto todo el caso hasta ese punto. No era el momento de ir a descansar.

Con un sentimiento de satisfacción, Malsin revisó el progreso del caso hasta ese punto. Moiseyev ya había comparecido ante el comisario Dolotov en Simfernopol y había sido acusado. Puesto que él no había discutido su culpabilidad, se lo devolvió a la *Polit-Ruk* de Kerch, donde debía oír otra vez los cargos y ser examinado por sus propios oficiales políticos. Otra vez se le había dado un ultimátum. Si él no acataba lo que se le ordenaba (y Malsin estaba seguro de que no lo acataría), sería enviado, para que hiciera un examen del caso la Dirección Política distrital de Odesa, antes de ser devuelto a Simfernopol para lo que Malsin llamaba "el resultado final". Era de poca importancia el hecho de que los interrogatorios y amenazas no habían mostrado éxito hasta ese momento. Malsin se encogió de hombros. Para

él era de poca importancia en qué etapa habría de quebrantarse Moiseyev. Tendría que quebrantarse. Pronto estaría entrando en la fase de la sesión especial en Simfernopol.

A Iván se le estaba haciendo difícil recordar en qué día se encontraba. Había habido muchos cambios para atrás y para adelante entre las prisiones y las audiencias y la base de Kerch, tanto que estaba perdiendo el curso del tiempo. Estaba de pie tambaleante una vez más en el banquillo de los prisioneros acusados en Simfernopol. Tenía la cara pálida. Ya el color curtido con que había regresado de Moldavia le había dado paso al pálido característico del prisionero. Tenía hambre. Los guardias habían cometido abusos contra él. En las dos últimas semanas había dormido muy poco. Los oficiales lo miraban impasiblemente esperando que él diera su propio testimonio. Tenía la voz ronca como consecuencia de la fatiga, pero trató de hablar claramente en ese lenguaje ruso que todavía no dominaba bien.

—Sostengo que no soy culpable de los cargos de que se me acusa, y pido que se me permita hablar otra vez al tribunal.

El rostro apesadumbrado del comisario Dolotov indicó su asentimiento con un movimiento afirmativo de la cabeza.

—Cuando fui reclutado para el ejército, hice juramento de lealtad, y he tratado de no quebrantar nunca mi promesa de lealtad y obediencia a las Fuerzas Armadas de la R.R.S.S. He recibido algunas órdenes que para mí era

imposible obedecer. Ordenes que yo creo que son impropias y que violan la garantía de libertad de conciencia que garantiza la Constitución. No obedecí estas órdenes, no por ser desleal al ejército rojo, sino porque eran impropias, y sobre todo, por el hecho de que yo tengo Uno al cual le rindo una lealtad superior. Ese es Jesucristo. El me ha dado ciertas órdenes que no puedo desobedecer.

—¿Ha recibido usted órdenes específicas de Jesucristo?—pregunto Dolotov con un tranquilo interés.

—No las he recibido en un sentido distinto de las que recibe cualquier cristiano. Se nos ha ordenado decir las grandes cosas que el Señor ha hecho para nosotros, ser testigos de su gloria dondequiera que estemos. Camarada comisario, yo nunca he molestado a otros con la predicación del Evangelio. Donde ha habido interés, he hablado del amor de Dios y el cuidado que El ha tenido de mí y de todos los que lo aman. No considero que sea un crimen darle el pan al hambriento. Muchas de las cosas que me han sucedido y que les han sucedido a otros son milagros. Muchos en nuestro día dicen que no hay Dios, no obstante, El está haciendo milagros porque El ama a los hombres y quiere que sean salvos. La única actividad religiosa que he practicado en la base es la oración. ¿Y cuál es la ley que le prohíbe orar al ciudadano soviético? Ustedes me dicen que no hable acerca de mi fe, pero el amor de Dios no puede esconderse. Está escrito: “Yo dije: No me acordaré más de él, ni hablaré más en su nombre; no

obstante, había en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos; traté de sufrirlo, y no pude”. No le pido misericordia a este tribunal, porque la misericordia viene de Dios. Estoy dispuesto a aceptar con regocijo la prisión. Se me ha dicho que seré sentenciado a siete años. Entonces, permítanme aceptar esa sentencia. Es inútil que se me conceda otro período para reconsiderar. No puedo negar al Dios que me ha dado tanta felicidad. Sólo puedo alabarlo.

Sin decir palabra, Dolotov le hizo una brusca seña con la cabeza al guardia. Malsin controló la irritación que le hacía hervir el estómago. Tenía que ser paciente. Todo marchaba de acuerdo con el plan, aun cuando la compostura de Moiseyev podía causar furia. Haciéndoles señales a los agentes de seguridad del *Spetz-Otdel*, que habían estado observando desde una pequeña mesa en la parte de atrás de tribunal, Malsin llevó una silla a la mesa de ellos y allí se sentó. Su sonrisa era tenue, pero hizo un esfuerzo de sociabilidad: “Simplemente es un asunto de tiempo, camaradas. En este momento es llevado a las unidades de seguridad de la prisión, donde estará tanto tiempo cuanto sea necesario”.



13

*La muerte no se lleva
lo viejo, sino lo
maduro.*

Con creciente incertidumbre, Iván estaba logrando conciencia de lo que le esperaba. Los tribunales lo habían amenazado repetidamente con prisión, si él no cambiaba su manera de pensar, sólo para alargar el plazo en que él se había negado a obedecer. Con toda la claridad posible, Iván había dicho: "Jesucristo me ha dado la orden de proclamar su Palabra en cualquier ciudad en que me encuentre, en mi unidad militar, y a mis oficiales y soldados. Tengo que obedecer esa orden". Pero todavía se estaba reteniendo la sentencia.

Al principio, Iván había pensado que las autoridades estaban teniendo en cuenta las posibles reacciones de los hombres de su unidad, si él era enviado a prisión. Muchos soldados habían creído en Cristo. Y muchos más declaraban que Dios existe y que ellos habían visto milagros. Aun Sergio había llegado a ser el centro de atención de su propia unidad. Los soldados lo

buscaban para hacerle preguntas, para orar con él, para leer las porciones bíblicas que él tenía. Iván suspiró. Se apoderó de él un deseo de ver a Sergio. Repetidamente había pedido que se le permitiera a Sergio visitarlo en la prisión, pero sus guardias y celdas eran cambiados tan frecuentemente que él no estaba seguro de si su petición había sido entregada a los oficiales. Sergio y muchos soldados estarían orando por él. Eso lo sabía Iván. Pero las autoridades no tendrían temor de las reacciones de ellos. Luego de dictar una sentencia era común que se produjeran múltiples arrestos.

Repetidamente, el Señor había hablado. "Jesucristo va a la batalla". Sí, él sabía eso. ¿No habían sido una batalla los días transcurridos desde que regresó del disfrute de su licencia? El agua formaba charcos en el piso de su nueva celda. El aire estaba fétido. No había recibido pan para el desayuno. ¿No era eso una lucha? ¿No estaba él luchando contra sus temores, contra sus anhelos de llevar una vida natural, contra su temor ante lo desconocido? ¿No estaba él soportando con esfuerzo las repetidas amenazas, las audiencias, los interrogatorios, los plazos, los movimientos de una prisión a otra, de una celda a otra? ¿No le estaba él dando el testimonio a los guardias, a los que le hacían los interrogatorios? Pero algo le hacía presentir que la batalla no sería la prisión.

La celda en que estaba en ese momento era húmeda y no había en ella cama. Eso le hizo recordar dolorosamente la celda en que había tenido que acurrucarse en Sverdlovsk, hacía un

año. Se estremeció al recordar la pesadilla progresiva de las celdas: el cubículo en el cual caía del techo agua congelada; luego, la celda refrigerada; luego la agonía del traje de presión. "Jesucristo va a la batalla". A medida que estas palabras volvían vez tras vez a su mente, un sobrecogedor sentido de la presencia de Dios lo ponía en alerta. El gozo se extendía bondadosamente a través de él, abrigándolo, haciéndolo arder, llevándolo a ponerse de rodillas sobre el agua. "Vas a la batalla en mi nombre. Pero ten buen ánimo. Yo estoy contigo. Yo he vencido al mundo". "Jesucristo sale a la batalla". El había vencido al mundo. Iván también *lo vencería*. Las preguntas se le huían. No habría sentencia de presión ni licenciamiento. Las lágrimas inundaban la cara de Iván. Se inclinó hasta donde pudo en aquel estrecho espacio, y lloró y adoró.

Un guardia que estaba cumpliendo sus rondas echó una mirada hacia la celda con interés. Eso era algo que él podía informarle al tribunal. Con un pedacito de lápiz escribió en su libro: "Moiseyev yace en el agua llorando". El guardia confiaba que esto fuera una buena señal. Tal vez el joven soldado se quebrantaría pronto.

No era conveniente prolongar el procedimiento. A eso le daban ellos un nombre raro, pero no era otra cosa que tortura, todo era lo mismo.

Durante diez días Iván soportó la agonía. Al fin de ellos estaba orando con delirio que el Señor le concediera la muerte y el alivio que le había prometido. Finalmente, el tribunal se negó a continuar. Malsin había estado junto a él

con furia al oír el informe: "Dictaminamos que los esfuerzos persuasivos son inútiles. Este prisionero puede ser sentenciado inmediatamente y despachado. La continuación de los esfuerzos de seguridad producirá resultados imprevisibles". En otras palabras, si el proceso iba a continuar, que los "resultados" fueran responsabilidad de la KGB y no del tribunal de Simferopol. ¡Pero eso no estaba conforme al plan! Malsin tenía un intenso dolor de cabeza. Había hecho los planes con precisión. No tenía la intención de regresar a la base sin que Moiseyev se hubiera declarado culpable.

El cafetín de la prisión era un lugar inmundo. Las pocas mesas que allí habían estaban llenas de grasa y pegajosas. De ellas salía un olor a trapo podrido. Mientras movía su espeso café con una cucharita, Malsin anhelaba que fuera vodka. La KGB estaba planeando continuar el programa, trabajando con Moiseyev en su propia sede zonal de Kerch. Tal vez el hecho de que el asunto hubiera pasado a sus manos pudiera, al fin y al cabo, dar mejor resultado. Un tribunal militar tenía que tener escrúpulos legales que no eran necesarios para las fuerzas de seguridad. La KGB había determinado actuar administrativamente, en contra de los tribunales de ley y de las estrechas obligaciones legales cuando fuera necesario para la seguridad de la clase trabajadora. Pesadamente se puso de pie Malsin. La jaqueca lo estaba matando.

Fue necesario que pasaran unos pocos días a fin de que Moiseyev se recuperara lo suficiente

para regresar a Kerch, donde sería colocado en una celda especial. Malsin anhelaba que todo pareciera tan normal como fuera posible. No debía ocurrir ningún incidente con los hombres que estaban en la lista. Malsin adaptó su plan con un cuidado elaborado, concentrándose a pesar del terrible dolor de cabeza que no se le iba.

Recordaba que ese dolor le había comenzado durante la noche. El interrogador de Simferopol había colocado el pie de Iván en una unidad de congelación. Esa había sido una idea superflua. Malsin desaprobaba tales procedimientos de advertencia. Han debido colocar a Moiseyev inmediatamente en la celda congeladora misma. El sólo impacto de ese procedimiento hubiera sido tan efectivo como las temperaturas inferiores a cero grados centígrados, especialmente para una constitución que ya estaba debilitada. Pero el incidente de haberle colocado el pie en la unidad congeladora le había servido para indicarle que sus especulaciones con respecto a la rara capacidad de Moiseyev para soportar el frío habían sido correctas. Donde los hombres normales hubieran estado vociferando por el dolor, Moiseyev continuaba su alocada oración y afirmaba que sólo sentía un poco de dolor. Era obvio que su pie estaba congelado. Malsin extendió la mano para alcanzar su vodka que estaba en una mesa a su lado, y se corrigió a sí mismo. Era obvio que el pie de cualquier persona normal hubiera estado congelado. El interrogador insistió en que el pie estaba conge-

lado, en que el equipo estaba en perfectas condiciones. A pesar de sus deterioradas condiciones, Moiseyev había convertido este incidente en otro de sus milagros. Por supuesto, Dios había sanado su pie, en respuesta a sus oraciones. Lo que le había causado a Malsin su infernal dolor de cabeza fue la apariencia de temor que se dibujaba en la cara del interrogador. Se tomó Malsin su trago rápidamente para lograr el efecto máximo del alcohol. Eso no importaba.

Bueno, le había dado a Moiseyev el último plazo. Y el día siguiente terminaría. En medio de la oscuridad se sirvió otro trago. Pronto estaría en su casa con Galina y el niño Sasha. Se acabaría todo lo desagradable. Galina estaría feliz. Cayó en un sueño tranquilo, profundamente consciente del dolor tedioso y palpitante que le daba golpes en el fondo de la conciencia.

Toda la mañana del 16 de julio tuvo que detenerse atendiendo a una delegación de oficiales del partido de Yugoslavia. El tenía la esperanza de que pudieran ser atendidos por alguno de los oficiales subalternos, pero las instrucciones procedentes de Odesa habían especificado que el teniente coronel V. I. Malsin debía presentarles los saludos corteses de Kerch, y conducir a la delegación por la base a fin de que la conocieran. Era una locura estar describiendo los métodos de entrenamiento militar, los programas de ciencia política y los relacionados con el licenciamiento, mientras Moiseyev pasaba las horas de la mañana en libertad.

Ese día era el último del plazo. Se le apli-

caría la presión a Moiseyev hasta que se declarara culpable. Malsin tenía gran dificultad para mantener su mente en los yugoslavos. Difícilmente podría reprimir el anhelo que tenía de lograr el triunfo, lo cual hacía que estuviera embriagado con el pensamiento de ver a Moiseyev de pie ante el apiñado auditorio del Palacio de la Cultura de la base, repudiando humildemente sus propios conceptos religiosos y confesando sus calumnias contra el Estado soviético. ¡Que entonces los soldados que habían sucumbido a la fe vieran a su dirigente! Tal vez Moiseyev pediría clemencia y la oportunidad de corregir los conceptos de los hombres que él mismo había conducido hacia el error. Ese sería un informe impresionante para Dolotov.

Alrededor del mediodía, él pudo excusarse de no estar presente para las cortesías de despedida a los delegados yugoslavos, por causa de "asuntos urgentes". Los oficiales de la KGB habían estado esperándolo la mayor parte de la mañana en su oficina. El se quedó asombrado de la calma de ellos. Ahora cuando el tiempo apremiaba, se sentía satisfecho de haber elaborado un plan preciso. Todo detalle había sido bien pensado. El secreto que había sido posible mantener en Simfernopol también sería mantenido en Kerch. No habría rumores ni especulaciones entre los soldados de la unidad de Moiseyev.

Moiseyev iría conduciendo el vehículo hasta las oficinas de la KGB en la ciudad, como si estuviera cumpliendo cualquier asignación ordinaria. Malsin y los oficiales civiles de seguridad

saldrían de la base en un vehículo Pobeda. Una sensación de júbilo conmovió a Malsin. Era infortunado, por supuesto, que hubiera que tomar tan severas medidas de seguridad. Pero, teniendo en mente el fin—la purificación de las mentes de los hombres, la construcción del socialismo—había oportunidades en que se requerían estos procedimientos. Y los agentes de la KGB eran expertos. Echándole una mirada a su reloj, Malsin levantó el teléfono para dar las órdenes con respecto a los vehículos. En cosa de minutos ellos tendrían a Moiseyev en una oficina especial de la policía de seguridad, a prueba de ruidos. ¡Ese día Moiseyev reconocería su culpabilidad!

Por alguna razón, a Malsin nunca se le había ocurrido seriamente que Moiseyev preferiría morir. Tal eventualidad no había estado en sus planes. La muerte de él no preocupaba a la KGB, por supuesto. Ellos la habían previsto como una probabilidad. Pero para Malsin, el fin brutal de todo el trabajo acabó con su sueño de victoria.

El había estado sudando mucho durante la frenética tarde. Ahora estaba temblando de frío, a pesar de aquel calor de julio. Por causa del temor tenía la boca seca. La cabeza se le estallaba. Con incredulidad se quedó mirando el cuerpo inmóvil de Moiseyev que yacía en el piso a prueba de sonidos de la oficina. Habría que ofrecer explicaciones, hacer informes; habría que notificar a los padres del joven, y dar satisfacciones a los soldados de su unidad. El creyente cristiano, Sergio, pudiera ser detenido.

¿Pero cómo podría explicarse la muerte de Moiseyev a los soldados?

Los hombres de la KGB estaban limpiando silenciosamente el sitio. Malsin permanecía erecto de pie, controlando su temblor con los brazos cruzados sobre el pecho. Quería sentarse, acostarse. Si sólo hubiera tiempo para repasar el asunto y ver dónde se cometió la equivocación, para oír otra vez lo que Moiseyev había dicho antes que sus gemidos y oraciones fueran silenciados. “Cristo . . . ama a todos los pecadores”. ¿Era eso lo que él había dicho?

Gotas de sangre continuaban manando de las perforaciones que tenía en la zona correspondiente al corazón. Los agentes de la KGB tenían la confianza de que todavía no estuviera muerto y de que su muerte pudiera aparecer como un accidente. Estaban tratando a Malsin como si fuera uno de esos muchachos tontos, quitándolo del paso, envolviendo a Moiseyev hábilmente en una sábana. Ciertamente tendría que haber un médico para un dolor de cabeza como éste. Malsin se sentó sosteniéndose la cabeza. Dejó que ellos ahogaran a Moiseyev, si así lo querían. El Mar Negro estaba muy cerca. Malsin pensó que había algo que él tenía que recordar. Si solo cesara el martilleo. Era algo que el mismo Moiseyev había dicho.



14

*Lo recto no puede
llegar a ser más recto .*

Desde el momento en que había llegado a sus manos el telegrama, Joanna Constantinova determinó no llorar. Era como si una bala de cañón la hubiera atravesado, dejándole tan poca existencia que si la entregaba a las lágrimas malgastaría para siempre la decayente fuerza que le quedaba. Con la cara pálida, envió a un niño rápidamente a los campos de labor para que le dijera a su padre que viniera al hogar. Otro hijo, tan aterrado como su hermano, corrió hacia el sitio en que se hallaba el director de la granja colectiva para avisarle que la madre de él no iría al trabajo. Joanna trató de pensar. Habría que hacer algunos arreglos para poder reclamar el cuerpo de Iván.

Los ojos de ella habían estado secos durante el largo y caluroso viaje hasta Kerch. Los campos que se extendían a ambos lados del rechinante tren se asoleaban bajo aquel amarillo cegador del sol tórrido. Se admiraba ella de que Semyon

podiera quedarse mirando durante largo tiempo el resplandor del paisaje.

Era propio que Semyon, el mayor, hubiera ido con ellos para ayudarles en los arreglos, pero Joanna deseaba que él se hubiera quedado en la casa. Sentía opresión al no poder hablar libremente con su esposo cuando ella sentía que su corazón estallaba de dolor. Semyon había creído muy sinceramente en el telegrama. Se había imaginado algunos aspectos del ahogamiento. Algunas veces repetía preguntas angustiosas mientras miraba el paisaje que se iba moviendo hacia atrás. “¿Cómo pudo haberse ahogado si habían camaradas presentes? ¿Por qué no pudo ser revivido? ¿Por qué tuvo que ocurrir ese accidente sin sentido?”

En tales momentos, Joanna miraba a su esposo con indignación desesperada. ¿Qué oportunidad había tenido un joven aldeano de Volontirovka para aprender a nadar? Toda la familia sabía que Iván no sabía nadar. Aun si él no hubiera escrito las cartas, si nunca hubiera obtenido una licencia para ir a su casa y contar lo que realmente estaba sucediendo, todos ellos hubieran considerado todavía el accidente del ahogamiento como una falsedad.

Joanna se sorprendió al ver el tamaño de Kerch, su puerto marítimo, sus calles apiñadas de marineros y soldados, el olor del pescado y las columnas de humo de las chimeneas que se mezclaban con los ruidos del tránsito y llenaban el aire de la ciudad. Su fina cara se veía enrojecida por el calor que le producían su vestido negro y su pañoleta del mismo color en medio

de aquel calor de julio. Su esposo y su hijo se movían más fácilmente a través de las apiñadas calles, dirigidos por un vendedor de helados, hacia la parada del autobús que los llevaría directamente a la base militar.

Ella no tenía la esperanza de encontrarse con el coronel Malsin personalmente. Se aferraba fuertemente al brazo de su esposo, con su mente vuelta un tormento mientras él hablaba. Con toda seguridad, los Moiseyev se tomarían un té. Había que cumplir algunos procedimientos oficiales, pero su hijo Semyon sería muy útil en tal situación. El ejército deseaba molestar lo menos que fuera posible a los adoloridos padres. Había sido un terrible golpe para ellos.

Parecía haber sido un terrible golpe también para el coronel. Joanna miraba con asombro las temblorosas manos y la fruncida cara del oficial. Vio que él le estrechó a Semyon la mano, haciendo lo que parecía ser un enorme esfuerzo de civilidad. Semyon era un miembro de la *Komsomol* en la región Suvorovskiy de Moldavia. ¡Excelente! ¡Un buen hijo! El podría ayudar en los arreglos militares, y permitir así que sus padres descansaran luego de tan largo viaje. Malsin caminó unos pocos pasos con Semyon hacia su oficina. Al regresar, se detuvo vacilante en frente de los padres. Pasó un extraño momento antes que hiciera con la cabeza una señal hacia un grupo de sillas que estaban en la oficina externa. Con cautela, Joanna se sentó detrás de su esposo. La voz de Malsin estaba ronca por causa del humo y la fatiga.

Joanna tuvo dificultad para oírlo y entender el lenguaje del oficial. Tenía un cigarrillo encendido en la mano. “Camaradas Vasilio Moiseyev y Joanna de Moiseyev, hay algo que ustedes deben saber—bajó la voz aun más y habló vacilantemente—. Yo estuve presente cuando murió su hijo. El peleó contra la muerte. Murió luchando, pero murió como cristiano”. Esta palabra se quedó en el aire en aquella sofocante oficina. Joanna miró con estupefacción al coronel. ¿Había entendido ella? ¿Qué cosa tan increíble y extraña que un oficial del ejército rojo dijera eso!

La voz firme de su esposo rompió el silencio: “Gracias por darnos el informe. De eso no tenemos dudas en nuestras mentes. El Señor es fiel hasta la muerte”.

Malsin dio la vuelta y caminó a zancadas hacia su oficina. ¿Qué le pasaba a él? ¿Por qué se había sentido obligado a hablar con los Moiseyev? El se había ahogado. Eso era lo importante que había que recordar. Debía haberse concentrado en ese hecho. Discutiría todo eso con Galina cuando llegara a la casa. El hecho de contárselo a ella lo haría olvidar todo. Cerró la puerta de su oficina y miró a Semyon. Como éste era miembro de la Liga de Jóvenes Comunistas, no podía haber duda en cuanto a su lealtad. Había que hacerle comprender todas sus responsabilidades. Malsin respiró profundamente y encendió otro cigarrillo.

La brisa caliente de la noche soplaba en la

ventana levemente abierta del tren, mientras regresaban a Volontirovka. Joanna no se mostraba sorprendida de que Semyon no hubiera dicho nada sobre la larga entrevista que tuvo con Malsin. La luz que había dentro del coche ferroviario hacía que los vidrios de las ventanas se convirtieran en espejos. Joanna miraba el reflejo de su hijo que se veía en el vidrio. La luna creciente del verano que estaba allí afuera en el negro cielo parecía formar sobre la cabeza de Semyon una hoz. El coche estaba atestado de cansados temporadistas, algunos cabeceando de sueño, otros compartiendo rebanadas de salchichas o pedazos de queso que sacaban de los paquetes de mano que llevaban consigo. Pero Semyon iba sentado erguido, mirando la mampara de la noche que había caído sobre la ventana. El cabello le había caído sobre la cara, que la tenía como una piedra. Ninguna parte de él se movía.

Una vez durante la noche se había movido de la ventana y les había echado una larga mirada a sus padres. Sus ojos se posaron en el padre, que estaba inclinado en su asiento orando. Sin hablar, miró también a la madre y luego volvió silenciosamente a su ventana. Algo en aquella breve escena se pareció tanto al momento en que se cierra una puerta que Joanna volvió impulsivamente la cabeza hacia la puerta del coche. ¿Se había cerrado repentinamente? Era la imaginación de ella. El cierre de la puerta había ocurrido en Semyon. Ese fue el momento en que, finalmente, ella comenzó a

llorar. De algún modo que ella no podía comprender, también había perdido a su hijo Semyon.

Llevarían el cuerpo de Iván a través del pueblo en un ataúd abierto, como era la costumbre. Joanna Constantinova continuaba llorando en el otro lado del apiñado salón, mientras los hombres preparaban a Iván para el funeral. El extraño olor de las bombillas fotográficas quemadas saturaba el aire caliente, mientras los pastores trabajaban en silencio, levantando y luchando con el peso del cadáver mientras lo vestían con traje de civil. ¿Para qué tomar una fotografía de lo que el ejército le había hecho? Joanna trató de tomarse unos tragos de un vaso de agua que su hermana que estaba junto a ella en el sofá, le estaba ofreciendo, pero luego se lo apartó de la boca. Alguien le enjugó las lágrimas.

Joanna cerró sus adoloridos ojos. En el cuarto, los hermanos estaban recogiendo el uniforme de Iván y haciendo señales a las hermanas para que acercaran las flores que debían ir dentro del ataúd. Involuntariamente volvió a abrir los ojos, al oír el movimiento de pies que se arrastraban. Se llevó hacia el ataúd un papel. Vagamente recordó Joanna que Vasilio había preparado una declaración para que la firmaran los asistentes. El estaba determinado a demostrar y testificar que el cadáver de su hijo no se correspondía con el certificado de defunción, según el cual había muerto por "asfixia mecánica", el cual le había sido entregado por

el oficial Platonov. Las quemaduras, las heridas con cuchillo, las marcas dejadas por los golpes, serían verificadas antes del entierro. ¿Pero quién osaría creer ese testimonio, aunque el documento fuera firmado por todos los habitantes de Moldavia? Vasilio se inclinó y pronunció tiernamente el nombre de su esposa mientras lo escribía. Lo escribió a continuación del nombre de él. Tediosamente, ella observó mientras Vasilio se movía alrededor con el documento. Había mucho que no necesitaba explicación. Con mucha prudencia, él no sólo les entregaba la pluma a los creyentes cristianos que estaban presentes, sino también a otros vecinos y aldeanos que estaban allí.

Aparentemente sin que nadie los dirigiera, los creyentes en Cristo comenzaron a cantar. Joanna se enderezó torpemente, ayudada por las hermanas que estaban sentadas con ella en el sofá. La melodía del himno "Soy Peregrino en la Tierra" brotaba de las ventanas hacia las calles y hacia los fragantes campos de verano que estaban más allá. Muchos habitantes del pueblo ya estaban dentro de la pequeña casa. Muchos pegados al lado de la casita. Ella sabía que habría uno o dos mensajeros para predicar el Evangelio. Tal vez aun después de muerto, Iván podría ganar gente para el Señor. Ciertamente, la mayoría de las personas del pueblo nunca habían oído un sermón cristiano ni habían visto un funeral cristiano. Los creyentes continuaron cantando hasta que el hermano Chapkiy pasó al frente del ataúd con su Biblia abierta. Las últimas notas del himno murieron

en aquel aire inmóvil antes de hablar él. Tranquilamente comenzó: “Estimada es a los ojos de Jehová la muerte de sus santos”. Varias mujeres comenzaron a llorar suavemente. Joanna se sentó. No hablaba ni pensaba.

Parecía que el tiempo se había detenido. Ella sabía que varios de los hermanos en Cristo hubieran predicado, especialmente por el hecho de que había muchas personas no creyentes allí. Y los jóvenes hubieran leído poemas. Extrañamente, parecía que nada en absoluto hubiera sucedido. Sin embargo, marchaban por la calle en procesión funeral hacia el cementerio. El resplandor del sol casi la cegaba, mientras caminaba junto a su esposo en pos del féretro. ¡Que el mundo supiera lo que se le había hecho a su hijo! Se sintió satisfecha de que las banderas bíblicas estuvieran en alto, flameando sobre sus astas en las ondas de aquel calor que parecía surgir del camino rutinario. La mayor parte de los creyentes cristianos habían comenzado a cantar, pero Joanna no tenía el corazón para cantos. Los textos bíblicos que se habían escrito en los estandartes estaban en el lenguaje de Moldavia y en ruso. Joanna fijó su mirada en las palabras moldavas: “Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia”. “No temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar”. ¡Que eso sea un testimonio para el pueblo y para todo el país, y para cualquiera que oye, que no somos tan ignorantes como para no saber lo que se ha hecho! “Vi bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que

tenían". ¡Que estos textos digan lo que no podemos decir!

La procesión se movió lenta y sinuosamente a lo largo de la calle del pueblo hacia el cementerio, llevando tras sí a obreros de los campos y a personas de las pequeñas casas de campo por donde pasaba. Su hijo Volodia iba adelante del ataúd, con una gran fotografía de Iván sobre su pecho, la cual le había sido tomada cuando le concedieron licencia para ir a la casa. El rostro del joven parecía mirar elocuentemente hacia los observadores, como si estuviera comunicando alguna sabiduría profunda. Muchos provenientes de los campos se unieron curiosamente a la marcha funeral porque, al fin y al cabo, el que había fallecido era un joven soldado, y ése no era un funeral común. Los pastores marchaban juntos cantando. Fyodor Gorektoi, el más anciano de ellos llevaba las dos Biblias gastadas que tenía la congregación. Le ayudaba su primo hermano, Pyotr. Sus cabezas y sus barbas blancas resplandecían bajo aquel sol brillante del verano. Había una arboleda de abedules en la esquina del cementerio donde había sido cavada la fosa. La larga procesión formó un grupo debajo de los árboles. Los curiosos miraban de soslayo a través de aquel sol caliente. Los creyentes cantaban el himno "Un Pensamiento Dulcemente Solemne". El pastor Chelorskii abrió la Biblia y predicó una vez más, dirigiendo vez tras vez la mirada hacia el gran número de trabajadores granjeros y hacia los ancianos que tenían niños pequeños y escuchaban.

Había algo inexorable en el desenvolvimiento

de los eventos. Joanna agarró de repente el brazo de su esposo en el momento en que se colocó la tapa con los sellos militares rotos al ataúd y éste se bajó a la tumba. Entretanto, los creyentes cantaban: "Marchamos hacia Nuestro Hogar Arriba". Joanna miró con dolor hacia las cabezas inclinadas de sus pequeños hijos que sollozaban, y hacia los rostros de los jóvenes que habían sido amigos de Vanya. Ellos habían llevado las flores a través de las calles y las habían mantenido en sus brazos durante el largo servicio funeral. Ahora, mientras las paladas de tierra caían sobre la tapa del ataúd, ellos se movieron hacia adelante y fueron colocando las flores en pila alrededor de la tumba. Stefan Alexandrovich había llevado una guirnalda con el texto: "Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia". La había llevado en alto sobre una vara. Con un esfuerzo clavó la vara entre las hierbas de la tierra. Los jóvenes se movieron hacia la guirnalda, y se arrodillaron bajo ese estandarte. Una quietud cayó sobre toda la multitud. Aun los curiosos que habían estado esforzándose para ver la bajada del ataúd guardaron silencio. Bajo el cielo abierto, en tierra socialista, los jóvenes comenzaron a orar.

EPILOGO

Doce días después del funeral, los Moiseyev comenzaron a contar su historia al mundo. Mediante una protesta formal a Moscú, exigieron una pronta investigación y que la autopsia la practicara un equipo que incluyera a dos médicos cristianos de la localidad.

No hubo inmediata respuesta. Entretanto, la Unidad 61968T de Kerch, que era la de Moiseyev, fue desarticulada. Sus miembros fueron repartidos por toda la Unión Soviética, de tal modo que no quedaron dos de ellos en un mismo lugar.

El niño del coronel Malsin se cayó de una camioneta y murió como consecuencia de las heridas.

Galina de Malsin hubo de ser recluida en una institución siquiátrica.

El mismo Malsin fue removido de su cargo. Según informes, se halla perturbado y obseso, con la idea de que Dios lo está castigando.

El Concilio de Iglesias Cristianas Evangélicas Bautistas (CCECB), llamado también el Concilio de los Familiares de los Prisioneros, inmediatamente dio amplia publicidad al martirio a través de sus boletines clandestinos. Cartas de condolencia comenzaron a llegar al hogar de los *Moiseyev* de todos los puntos, desde Leningrado hasta Siberia. Pronto llegó la historia a las agencias noticiosas del Occidente, y fue publicada en los medios de comunicación social tanto seculares como religiosos de treinta países, con lo cual provocaron las amargas negaciones soviéticas.

Los creyentes cristianos que han ayudado a que se conozcan estos hechos han sido acusados y arrestados. Dos pastores de *Sverdlovsk* fueron sometidos a juicio: uno simplemente por haber mostrado la fotografía del cadáver de *Iván* en una reunión en la iglesia, aunque no había hecho ningún comentario. Los creyentes informan que 22 personas fueron arrestadas por ese motivo en los más disímiles lugares, hasta en Polonia.

Los hogares de creyentes rusos y las casas de oración son sometidos a repetidas revisiones en busca de documentos, cartas y cintas magnetofónicas grabadas con respecto a *Iván*. En algunas partes de *Moldavia*, los agentes sobresaltados arrancaron de las Biblias de los creyentes el Pentateuco, luego de ver que el nombre

Moiseyev (que en Castellano es MOISES) se encontraba en muchos lugares en todo el texto.

Una comisión investigadora llegó finalmente a Volontirovka a mediados de septiembre de 1972, 52 días después del entierro de Moiseyev. Comenzaron haciendo interrogatorios a cada aldeano que había firmado el documento del funeral. Cada uno de los no cristianos, aterrados ante semejante investigación, negaron haber visto el cadáver o haber dicho algo acerca de él.

El día siguiente fue exhumado el cadáver de Iván. No se permitió que vieran la exhumación sino a sus padres y a un hermano. La comisión, que no incluyó a médicos cristianos como se había pedido, extirpó del cuerpo el corazón y el tejido circundante, antes de volverlo a sepultar.

Nunca se ha hecho público el informe de esa comisión.

Las últimas noticias con respecto a Sergio, el amigo cristiano de Iván, indican que él también estaba siendo sometido a persecución en los días últimos de su servicio militar y que se le habían dado plazos para reformarse.

Otro hijo creyente de Vasilio Moiseyev está ahora en el ejército rojo.

Los documentos y el material de investigación que fueron usados para escribir la historia de Vanya, están disponibles por el editor en ruso e inglés. Favor de escribir si desea más detalles.

Si quieres más información escribanos:

Alas de Esperanza

Apdo. Aéreo 54582

Bogotá, Colombia

febajofuego@yahoo.com